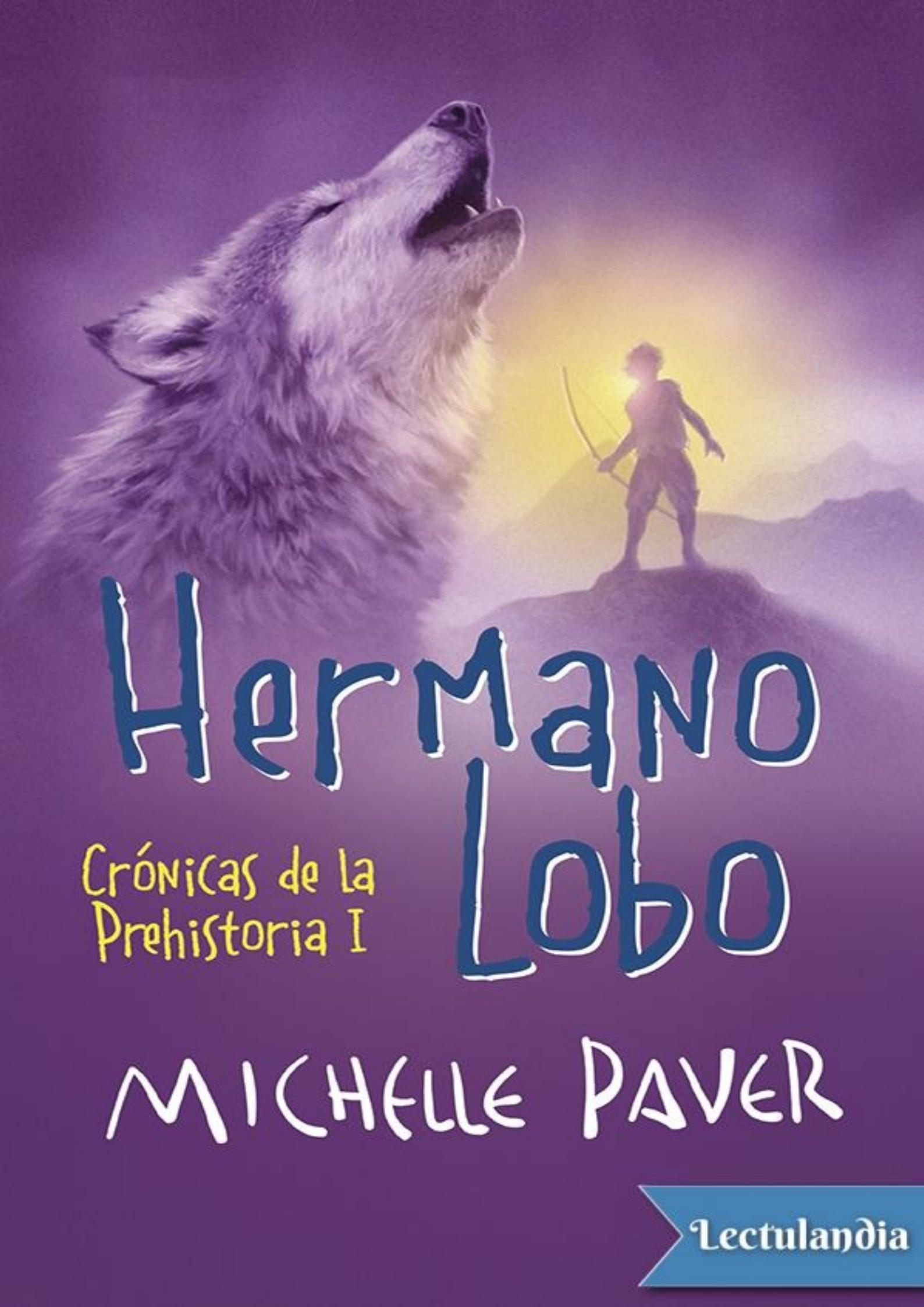


Hermano Lobo

Crónicas de la Prehistoria I

MICHELLE PAVER

Lectulandia

Hermano Lobo es la primera entrega de una serie de aventuras prehistóricas que encantarán a niños de todas las edades.

Hace miles de años, un niño llamado Torak vive feliz en el bosque, hasta el día en que un oso gigante ataca y hiere a su padre. Moribundo, éste le ordena que se dirija al Norte para encontrar la Montaña del Espíritu del Mundo, antes de que aparezca en el cielo la Luna del Sauce Rojo. Pero Torak sólo tiene doce años, desconoce qué camino tomar y no puede acudir a nadie en busca de ayuda. Sin embargo, perseguido por el enorme oso, el niño emprende el viaje acompañado de un lobezno que ha encontrado a la orilla del río. Pronto se unirán a ellos Renn, una niña perteneciente al Clan de los Cuervos, y juntos vivirán excitantes y peligrosas aventuras que pondrán a prueba su valor, su habilidad como cazadores, su inteligencia y su naciente amistad.

Lectulandia

Michelle Paver

Hermano Lobo

Crónicas de la Prehistoria - 1

ePub r1.0
FLeCos 04.08.16

Título original: *Wolf brother*
Michelle Paver, 2004
Traducción: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Sobre la autora

Michelle Paver nació en Malawi, África. Sus padres se trasladaron a Inglaterra cuando ella tenía tres años. Paver estudió Bioquímica en la Universidad de Oxford y es abogada, profesión que ejerció durante trece años, antes de dedicarse exclusivamente a la literatura.

Hermano Lobo es el primer libro de las *Crónicas de la Prehistoria*, que relatan las aventuras de Torak y su lucha para vencer a los Devoradores de Almas.

La serie *Crónicas de la Prehistoria* surge de la pasión de Michelle Paver por los animales, la antropología y la historia. Sus viajes a Noruega, Laponia, Islandia y los Cárpatos han sido importantes fuentes de inspiración, así como su encuentro con un gran oso en un valle remoto del sur de California.

1



Torak se despertó sobresaltado, pues no había pretendido quedarse dormido.

El fuego estaba casi apagado. El chico se puso en cuclillas en el frágil arco de luz y miró fijamente la negrura del Bosque que se cernía sobre él. No se veía nada. No se oía nada. ¿Habría vuelto? ¿Estaría ahí, observándolo con ojos ardientes y asesinos?

Notaba el estómago vacío y estaba helado. Se daba cuenta de que necesitaba desesperadamente comer algo, de que le dolía el brazo y tenía los ojos irritados de puro cansancio, pero en realidad no sentía nada de eso. Había montado guardia ante los restos del refugio de ramas de abeto rojo toda la noche, viendo sangrar a su padre. ¿Cómo podía estar pasando algo así?

El día anterior —tan sólo el día anterior— habían acampado durante el anochecer azulado del otoño. Torak había bromeado, y su padre se había reído. Pero entonces el Bosque se estremeció. Los cuervos graznaron. Los árboles crujieron. Y de la oscuridad bajo los árboles surgió una oscuridad más profunda aún: una gigantesca y arrasadora amenaza en forma de oso.

De pronto se les echó encima la muerte. Un frenesí de garras. Un estruendo tan espantoso que hacía sangrar los oídos. En un abrir y cerrar de ojos, aquella bestia había hecho añicos el refugio. En un abrir y cerrar de ojos, había desgarrado un costado de su padre dejándole una herida en carne viva. Luego había desaparecido y se había fundido con el Bosque tan silenciosamente como la niebla.

Pero ¿qué clase de oso acechaba a un hombre para desvanecerse sin terminar la matanza? ¿Qué clase de oso jugaba con su presa?

¿Y dónde estaba ahora?

Torak no veía nada más allá de la luz del fuego, pero estaba seguro de que el claro era también un caos de arbustos y helechos aplastados. Olía a sangre de pino y a tierra arañada, y oyó el dulce y triste burbujear del arroyo a treinta pasos de él. El oso podía estar en cualquier parte.

Su padre gimió junto a él. Abrió lentamente los ojos y miró a su hijo sin reconocerlo.

A Torak se le encogió el corazón.

—So… so… soy yo —tartamudeó—. ¿Cómo te encuentras?

El dolor convulsionó el moreno y delgado rostro de su padre, cuyas mejillas

tenían un matiz grisáceo que hacía resaltar el color morado de los tatuajes del clan. El sudor le apelmazaba el largo cabello oscuro.

La herida era tan profunda que, cuando Torak se la restañó torpemente con musgo de los árboles, vio brillar las entrañas de su padre bajo la luz del fuego y tuvo que apretar los dientes para no vomitar. Confió en que Pa no se hubiese dado cuenta, pero por supuesto lo había notado. Pa era un cazador. Se daba cuenta de todo.

—Torak… —jadeó. Tendió una mano y los ardientes dedos se aferraron a los del muchacho con la ansiedad de una criatura. Torak tragó saliva. Eran los hijos quienes aferraban las manos de sus padres, no al revés.

Trató de ser práctico, de ser un hombre en lugar de un chico.

—Aún me quedan algunas hojas de milenrama —dijo tanteando en busca de la bolsa de los remedios curativos con la mano libre—. Quizá eso detenga la…

—Quédatela. Tú también estás sangrando.

—No me duele —mintió Torak. El oso lo había arrojado contra un abedul, y tenía las costillas doloridas y un tajo en el antebrazo izquierdo.

—Torak… vete. Ahora. Antes de que vuelva. —Torak se quedó mirándolo. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno—. Tienes que irte —insistió su padre.

—No. No, no puedo.

—Torak… Me estoy muriendo. Habré muerto cuando salga el sol.

Torak aferró la bolsa de los remedios. Sentía un estruendo en los oídos.

—Pa…

—Dame… lo que necesito para el Viaje a la Muerte. Luego coge tus cosas.

El Viaje a la Muerte. No. No.

Pero el rostro de su padre era severo.

—Mi arco —pidió—. Tres flechas. Tú… quédate con lo demás. Donde yo voy… la caza es fácil.

Había un desgarrón en las calzas de ante de Torak a la altura de la rodilla. Se clavó la uña del pulgar en el muslo. Le dolió. Y se esforzó en concentrarse en su propio dolor.

—La comida —jadeó su padre—. La carne seca. Quédatela tú… toda.

La rodilla de Torak había empezado a sangrar, pero siguió clavándose la uña. Trató de no imaginar a su padre en el Viaje a la Muerte. Trató de no imaginarse solo en el Bosque. Solamente tenía doce veranos. No podría sobrevivir por sí mismo. No sabía cómo lo lograría.

—¡Torak! ¡Vamos!

Parpadeando furiosamente, Torak alcanzó las armas de su padre y las colocó a su lado. Separó las flechas y se pinchó los dedos con las afiladas puntas de sílex. Entonces se echó al hombro el arco y el carcaj, y escarbó en los restos del refugio en busca de su pequeña hacha de basalto. Como su fardo de madera de avellano había quedado destrozado en el ataque, tendría que embutirse sus cosas en el jubón o atárselas al cinto.

A continuación, agarró el saco para dormir de piel de reno.

—Llévate el mío —dijo su padre—. Nunca llegaste a… reparar el tuyo. Y cambiémonos los cuchillos.

Torak se horrorizó.

—¡Tu cuchillo no! ¡Lo necesitarás!

—Tú lo necesitarás más que yo. Y… estará bien que me lleve algo tuyo en el Viaje a la Muerte.

—Pa, por favor. No…

En el Bosque, una ramita se quebró.

Torak se volvió en redondo.

La oscuridad era absoluta. Allí donde miraba, las sombras tenían forma de oso.

No soplaba el viento.

Los pájaros no cantaban.

Tan sólo se oía el restallar del fuego y el retumbar del corazón de Torak. Hasta el Bosque contenía el aliento.

—Aún no está aquí —dijo el padre después de lamerse el sudor de los labios—. Pronto. Pronto vendrá por mí… Rápido. Los cuchillos.

Torak no quería intercambiar los cuchillos porque eso significaba que todo había acabado. Pero su padre lo estaba mirando con una intensidad que no permitía una negativa.

Apretando las mandíbulas con tanta fuerza que le dolieron, Torak sacó su propio cuchillo y se lo puso en la mano a Pa. Luego desató la funda de ante del cinturón de su padre. El cuchillo de Pa era hermoso y mortífero: tenía la hoja de pizarra ribeteada de azul y en forma de hoja de sauce, y el mango de asta de ciervo estaba forrado de tendón de alce para sujetarlo mejor. Al contemplarlo, Torak cayó en la cuenta de la verdad: se estaba preparando para una vida sin Pa.

—¡No pienso dejarte! —exclamó—. Lucharé…

—¡No! ¡Nadie puede luchar contra este oso! —Unos cuervos levantaron el vuelo desde los árboles. Torak contuvo el aliento—. Escúchame —siseó el padre—. Un oso, cualquier oso, es el cazador más fuerte en el Bosque. Ya lo sabes. Pero este oso… es mucho más fuerte.

Torak sintió que se le erizaban los pelos de los brazos. Al dirigir la mirada hacia los ojos de su padre, vio en ellos unas minúsculas venas escarlatas, y en las pupilas, una oscuridad insondable.

—¿Qué quieres decir? —susurró—. ¿Qué…?

—Está… poseído. —Su padre tenía el rostro sombrío. Ya no parecía Pa—. Algún… demonio… del Otro Mundo… ha entrado en él y lo ha vuelto malvado.

Una brasa chisporroteó, y los árboles se inclinaron un poco más para escuchar.

—¿Un demonio? —preguntó Torak.

Su padre cerró los ojos, en un intento de reunir fuerzas.

—Vive sólo para matar —dijo al fin—. Cada vez que mata… su poder aumenta.

Lo destrozará… todo: las presas, los clanes. Todo morirá. El Bosque morirá… —Se interrumpió—. Dentro de una luna… será demasiado tarde. El demonio será… demasiado fuerte.

—¿Una luna? Pero ¿qué…?

—¡Piensa, Torak! Cuando el ojo rojo está en lo más alto en el cielo nocturno es cuando los demonios son más poderosos. Tú ya lo sabes. Entonces el oso será… invencible. —Tuvo que esforzarse mucho en respirar. A la luz del fuego, Torak vio latir muy débil el pulso en el cuello de su padre, como si fuera a detenerse en cualquier momento. Pa añadió—: Necesito… que me jures algo.

—Lo que sea.

Pa tragó saliva.

—Dirígete al norte, a muchos días de camino. Encuentra… la Montaña… del Espíritu del Mundo.

—¿Qué? —Torak se quedó mirándolo.

Su padre abrió los ojos y observó fijamente las elevadas ramas, como si viera cosas en ellas que nadie más fuera capaz de ver.

—Encuéntrala —repitió—. Es la única esperanza.

—Pero… nadie la ha hallado jamás. Nadie puede hacerlo.

—Tú puedes.

—¿Cómo? Yo no…

—Tu guía… te encontrará.

Torak estaba desconcertado. Su padre nunca le había hablado de esa forma. Era un hombre práctico, un cazador.

—¡No entiendo nada! —exclamó—. ¿Qué guía? ¿Por qué debo encontrar la Montaña? ¿Estaré a salvo allí? ¿Es eso? ¿A salvo del oso?

Muy despacio, la mirada de Pa se apartó del cielo para fijarse en la cara de su hijo. Parecía que se preguntaba cuánto más podría asumir Torak.

—¡Ah, eres demasiado joven! —dijo—. Pensé que dispondría de más tiempo. Hay tantas cosas que no te he contado, pero no… no me odies más adelante por ello.

Torak lo miró horrorizado. Luego se puso en pie de un salto.

—No puedo hacerlo yo solo. Debería tratar de encontrar a…

—¡No! —repuso su padre con una fuerza asombrosa—. Te he mantenido apartado toda tu vida, incluso… de nuestro propio Clan del Lobo. ¡Permanece alejado de los hombres! Si ellos descubren… lo que puedes hacer…

—¿Qué quieres decir? Yo no…

—No queda tiempo —lo interrumpió su padre—. Ahora júralo sobre mi cuchillo. Jura que encontrarás la Montaña, o que morirás en el intento.

Torak se mordió el labio con fuerza. A través de los árboles, desde el este, empezaba a llegarles una luz grisácea.

«Todavía no —se dijo, presa del pánico—. Por favor, todavía no.»

—Júralo —siseó el padre.

Torak se arrodilló y cogió el cuchillo. Pesaba mucho; era un cuchillo de hombre, demasiado grande para él. Con torpeza, tocó con la hoja la herida de su antebrazo. Luego se lo llevó al hombro, donde tenía cosida al jubón una tira de pelaje de lobo, el animal de su clan, y pronunció el juramento con voz insegura.

—Juro, por mi sangre en esta hoja y por cada una de mis tres almas, que encontraré la Montaña del Espíritu del Mundo, o moriré en el intento.

—Bien. Bien —suspiró Pa—. Ahora, ponme las Marcas de la Muerte. Date prisa. El oso… no está lejos.

Torak sintió el escozor salado de las lágrimas. Se las enjugó, furioso.

—No me queda ocre —musitó.

—Coge… el mío.

Sin apenas ver nada, Torak encontró el pequeño cuerno para los remedios curativos hecho con una púa de cornamenta, que había sido de su madre, arrancó el tapón de roble negro y se vertió un poco de ocre rojizo en la palma de la mano. De pronto se detuvo.

—No puedo.

—Sí puedes. Hazlo por mí.

Torak escupió en la palma, amasó una pasta pegajosa con el ocre y trazó pequeños círculos en la piel de su padre que ayudarían a las almas a reconocerse unas a otras y a permanecer unidas después de la muerte.

En primer lugar, con toda la suavidad que pudo, le quitó a su padre las botas de piel de castor y dibujó un círculo en cada talón para marcar el alma del nombre. Después trazó otro círculo sobre el corazón para marcar el alma del clan, aunque no le resultó fácil, pues su padre tenía en el pecho una vieja cicatriz, de manera que Torak sólo consiguió dibujar un óvalo torcido. Confió en que fuera suficiente.

Finalmente, hizo la marca más importante de todas: un círculo en la frente para señalar el Nanuak, el alma del mundo. Cuando acabó, estaba tragándose las lágrimas.

—Así está mejor —murmuró su padre. Pero Torak sintió una punzada de terror al ver que el pulso latía más débil todavía en el cuello de Pa.

—¡No puedes morirte! —soltó. Su padre le dirigió una mirada de dolor y de anhelo—. Pa, no pienso dejarte; yo…

—Torak, has hecho un juramento. —Volvió a cerrar los ojos—. Vamos. Quédate tú… con el cuerno. Yo ya no lo necesito. Recoge tus cosas y tráeme agua del río. Después… vete.

«No voy a llorar», se dijo Torak mientras enrollaba el saco para dormir de su padre y se lo ataba a la espalda, se enfundaba el hacha en el cinturón y se embutía la bolsa de los remedios en el jubón.

Se puso en pie y miró alrededor en busca del odre de agua. Estaba hecho jirones, así que tendría que traer agua en una hoja de acedera. Estaba a punto de marcharse cuando su padre lo llamó con un murmullo. Torak se dio la vuelta.

—¿Qué, Pa?

—Acuérdate. Cuando estés cazando, mira detrás de ti. Siempre… te lo digo. —Se esforzó en sonreír—. Tú siempre te… olvidas. Mira detrás de ti, ¿de acuerdo?

Torak asintió con la cabeza e intentó devolverle la sonrisa. Entonces se alejó hacia el arroyo dando traspiés por entre los húmedos helechos.

Cada vez había más luz, y el olor del aire era fresco y dulce. Junto a él los árboles sangraban: de los tajos que les había infligido el oso manaba la sangre dorada de los pinos, al tiempo que algunos espíritus de los árboles gemían muy suavemente en la brisa del amanecer.

Torak llegó al riachuelo, donde la niebla flotaba sobre los helechos, y los sauces se mojaban los dedos en la fría agua. Tras mirar rápidamente alrededor, arrancó una hoja de acedera y avanzó hacia el arroyo, mientras las botas se le hundían en el blando barro rojizo.

Se quedó inmóvil.

Junto a su bota derecha había una huella de oso: la de una zarpa delantera. Era el doble de grande que la cabeza de Torak, y tan reciente que se veía hasta dónde habían penetrado las largas y feroces garras.

«Mira detrás de ti, Torak.»

Se giró.

Sauces. Alisos. Abetos.

Ni rastro del oso.

Un cuervo se posó en una rama cercana y Torak dio un brinco. El pájaro plegó las tiesas alas negras y le clavó un ojo redondo y brillante como una gota de agua. Luego ladeó la cabeza, emitió un único graznido y levantó el vuelo.

Torak miró fijamente en la dirección que parecía que el ave había indicado.

Oscuros tejos. Abetos rojos de los que goteaba agua. Densos. Impenetrables.

Pero un poco más allá, a no más de diez pasos de donde él estaba, las ramas se agitaron. Había algo ahí. Algo gigantesco.

Torak trató de impedir que sus horrorizados pensamientos se le escaparan, pero la mente se le había quedado en blanco.

«El problema con un oso —decía siempre su padre— es que es capaz de moverse tan silenciosamente como el aliento. Podría estar mirándote a diez pasos de distancia, y tú ni siquiera te darías cuenta. No hay defensa posible contra un oso. No puedes correr más rápido que él, ni trepar más alto, ni luchar tú solo contra él. Lo único que puedes hacer es aprender sus costumbres y procurar convencerlo de que no eres ni una amenaza ni una presa.»

Torak se esforzó por permanecer inmóvil.

«No corras —se dijo—. No corras. A lo mejor no sabe que estás aquí.»

Se oyó un siseo. De nuevo las ramas se agitaron.

A continuación oyó unos susurros furtivos cuando la criatura se dirigió hacia el refugio, hacia su padre. Esperó en absoluto silencio hasta que hubo desaparecido.

«¡Cobarde! —chilló una voz en su cabeza—. ¡Dejas que se vaya sin intentar

siquiera salvar a Pa!» «Pero ¿qué podías hacer? —le dijo la pequeña parte de la mente todavía capaz de pensar como era debido—. Pa sabía que esto iba a ocurrir. Por eso te ha enviado a buscar agua. Sabía que iría por él…»

—¡Torak! —le llegó el grito desesperado de su padre—. ¡Corre!

Los cuervos graznaban entre los árboles. Un rugido sacudió el Bosque y se prolongó más y más hasta que Torak sintió la cabeza a punto de estallar.

—¡Pa! —gritó.

—¡Corre!

De nuevo se estremeció el Bosque. De nuevo le llegó el grito de su padre. Entonces, de pronto, el grito se interrumpió.

Torak se llevó un puño a la boca.

A través de los árboles vislumbró una gran sombra oscura en los restos del refugio.

Torak se dio la vuelta y echó a correr.

2



Torak corría a trompicones entre las ramas de los alisos y se hundía hasta la rodilla en los tremedales. Los abedules susurraban a su paso, y él les rogó en silencio que no delataran su presencia al oso.

Le ardía la herida del brazo, y con cada aliento las costillas magulladas le provocaban un dolor terrible, pero no se atrevía a parar. El Bosque estaba lleno de ojos. Se imaginó al oso yendo en su busca y continuó corriendo.

Asustó a un jabalí joven que escarbaba en busca de castañuelas y murmuró entre dientes una rápida disculpa para prevenir un ataque. El jabalí soltó un bufido malhumorado, lo dejó pasar y siguió buscando tubérculos.

Un glotón le gruñó que no se acercara, y Torak le devolvió el gruñido con toda la ferocidad que pudo, pues lo único que escuchan los glotones son las amenazas. El animal se convenció de que aquélla iba en serio y desapareció hacia lo alto de un árbol.

Por el este, el cielo tenía un tono gris lobuno. En ese momento bramó un trueno. Bajo la luz de la tormenta, los árboles lucían un verde resplandeciente.

«Lluvia en las montañas —pensó Torak, medio atontado—. ¡Cuidado con las riadas!» Se esforzó por pensar en esa posibilidad y apartar de sí el terror, pero no dio resultado, y siguió corriendo.

Al final tuvo que detenerse para recobrar el aliento, y se dejó caer contra el tronco de un roble. Cuando levantó la cabeza para observar las hojas verdes que se agitaban, el árbol murmuró secretos para sí e ignoró la presencia de Torak.

Por primera vez en la vida estaba completamente solo y ya no se sentía parte del Bosque. Era como si su alma del mundo hubiese roto los lazos con todos los demás seres vivos: árbol y pájaro, cazador y presa, río y roca. Nada en el mundo sabía cómo se sentía Torak. Nada quería saberlo.

El dolor en el brazo lo arrancó de sus pensamientos. De la bolsa de los remedios curativos sacó la última tira de albura que le quedaba y se vendó toscamente la herida con ella. Luego se apartó del árbol y miró alrededor.

Torak había crecido en esa parte del Bosque. Cada ladera, cada claro le resultaba familiar. En el valle hacia el oeste se hallaba el Río Rojo, poco profundo para las canoas, pero lleno de buena pesca en primavera, cuando el salmón remontaba el río

desde el mar. Hacia el este, hasta llegar al límite del Bosque Profundo, se extendían los amplios bosques soleados donde las presas engordaban durante el otoño y había gran cantidad de bayas y frutos secos. Hacia el sur se hallaban los páramos donde los renos comían musgo en invierno.

Pa decía que lo mejor de esa parte del Bosque era que apenas había gente. Muy de vez en cuando un grupo del Clan del Sauce llegaba del oeste por el mar, o del Clan de la Víbora desde el sur, pero nunca se quedaban mucho tiempo. Tan sólo pasaban de camino a otro sitio y cazaban libremente, como hacía todo el mundo en el Bosque, sin percatarse de que Torak y Pa cazaban allí también.

Torak nunca se había cuestionado esa situación. Siempre había vivido así: a solas con Pa, apartado de los clanes. Ahora, sin embargo, ansiaba ver gente. Quiso gritar, chillar pidiendo ayuda.

Pero Pa le había advertido que permaneciera alejado de la gente.

Además, si gritaba podía atraer al oso.

El oso…

Sintió que el pánico le oprimía la garganta. Tragó saliva para controlarlo. Inspiró profundamente y echó a correr de nuevo, a un ritmo más constante en esta ocasión, y se dirigió hacia el norte.

Mientras corría, iba detectando indicios de presas: huellas de alce, excrementos de uro, el sonido de un caballo de bosque moviéndose entre los helechos… El oso no los había asustado. Al menos aún no.

Así pues, ¿se habría equivocado su padre? ¿Le habría fallado la cabeza al final?

—¡Tu padre está loco! —habían dicho los niños burlándose de Torak cinco años antes, cuando él y Pa habían viajado hasta la costa para la reunión anual del clan. Era la primera vez que Torak asistía a una reunión del clan, y había sido un desastre. Pa no lo había llevado nunca más.

—Dicen que se tragó el aliento de un fantasma —habían dicho con desprecio los niños—. Por eso abandonó su clan y vive solo.

Torak, a sus siete años, se había puesto furioso. Se habría enfrentado a todos ellos de no haber aparecido su padre para sacarlo de allí.

—Torak, no les hagas caso —había dicho Pa riendo—. No saben lo que dicen.

Había tenido razón, por supuesto.

Pero ¿tenía razón en lo del oso?

Camino adelante, los árboles daban paso a un claro. Torak salió a tropezones al sol… y sintió el golpe de un espantoso olor a podrido.

Dio un traspié y se detuvo.

Los caballos de bosque yacían donde el oso los había arrojado como si fueran juguetes rotos. Ningún carroñero se había atrevido a alimentarse de ellos, y ni siquiera las moscas los tocaban.

No se parecían a ninguna víctima de oso que Torak hubiese visto hasta entonces. Cuando un oso normal se alimenta, arranca la piel a su presa y le devora las tripas y

los cuartos traseros, y se lleva el resto para comérselo más tarde. Como cualquier cazador, no desperdicia nada. Pero ese oso no había arrancado más que un único bocado de cada animal muerto. No había matado por hambre. Había matado para divertirse.

A los pies de Torak yacía un potrillo muerto, todavía con una costra de arcilla del río en los pequeños cascos, de la última vez que había ido a beber. Torak sintió náuseas. ¿Qué clase de criatura mata a una manada entera? ¿Qué clase de criatura mata por placer?

Se acordó de los ojos del oso, vislumbrados durante un atroz instante. Jamás había visto unos ojos así: en ellos no había más que rabia y odio hacia todo ser viviente. El caos ardiente y turbulento del Otro Mundo.

¡Pues claro que su padre tenía razón! Ese animal no era un oso. Era un demonio. Y mataría y mataría hasta que el Bosque estuviera muerto.

«Nadie puede luchar contra este oso», había dicho su padre. ¿Significaba eso que el Bosque estaba condenado? ¿Y por qué él, Torak, tenía que encontrar la Montaña del Espíritu del Mundo, la Montaña que nadie había visto jamás?

La voz de su padre le resonó en la mente:

«Tu guía te encontrará.»

¿Cómo? ¿Cuándo?

Torak salió del claro para volver a hundirse en las sombras bajo los árboles, y echó a correr de nuevo.

Corrió durante una eternidad. Corrió hasta que ya no sintió las piernas. Pero al final llegó a una larga pendiente boscosa y tuvo que detenerse, doblado en dos y respirando agitadamente.

De pronto sintió un hambre voraz. Hurgó en la bolsa de comida y soltó un bufido de indignación. Estaba vacía. Demasiado tarde, recordó los pulcros atados de carne de ciervo seca, olvidados en el refugio.

¡Qué tonto eres, Torak! ¡Mira que echarlo todo a perder en tu primer día solo!

Solo.

No era posible. ¿Cómo podía haberse ido Pa, y para siempre?

Gradualmente captó un sonido, como un maullido débil, procedente del otro lado de la colina.

El sonido se repitió. Algún animal joven que llamaba a su madre.

A Torak le dio un vuelco el corazón. ¡Oh, gracias al Espíritu! Una presa fácil. El vientre se le puso tenso al pensar en carne fresca. No le importaba lo que fuera, pues tenía tanta hambre que se comería un murciélago.

Torak se echó al suelo y reptó a través de los abedules hasta lo alto de la colina.

Miró hacia abajo, hacia un angosto barranco a través del cual fluía una veloz corriente de agua. La reconoció: era el Río Rápido. Más hacia el oeste, él y Pa solían acampar en verano para recoger corteza de tilo con que hacer cuerdas, pero esa parte no le resultaba familiar. Entonces comprendió por qué.

Una riada procedente de la ladera había dejado un caos de maleza y arbolillos arrancados. También había destrozado una guarida de lobos al otro lado del barranco. Allí, bajo una gran roca roja y lisa con forma de uro dormido, yacían dos lobos ahogados que semejaban dos pieles empapadas, mientras que tres lobeznos muertos flotaban en un charco.

El cuarto estaba sentado junto a ellos, temblando.

El lobezno parecía tener unos tres meses. Estaba flaco y mojado, y se quejaba suavemente con un lloriqueo continuo y apenas audible.

Torak parpadeó. Sin previo aviso, el sonido le había hecho aparecer en la mente una visión asombrosa: pelaje negro; una cálida penumbra; leche rica y grasa; la madre que lo lamía para limpiarlo; arañazos de minúsculas garras y leves empujones de unos hocicos, pequeños y fríos, de suaves y esponjosos cachorros que le pasaban por encima a él, el lobezno más reciente de la carnada.

La visión fue tan vivida como un relámpago. ¿Qué significaba?

Apretó fuertemente con una mano el mango del cuchillo de su padre.

«No importa qué signifique —se dijo—. Las visiones no van a mantenerte con vida. Si no te comes a ese lobezno, estarás demasiado débil para cazar. Y te está permitido matar a la criatura de tu clan para no morirte de hambre. Ya lo sabes.»

El lobezno levantó la cabeza y profirió un aullido de desconcierto.

Torak lo escuchó… y entendió su significado.

De algún extraño modo, que le pareció indescifrable, reconoció los agudos y temblorosos sonidos porque la mente de Torak conocía sus formas. Las recordaba.

«No puede ser», se dijo.

Escuchó los aullidos del lobezno y sintió que le penetraban en la mente.

«¿Por qué no jugáis conmigo? —preguntaba el lobezno a su carnada muerta—. ¿Qué os he hecho?»

Lo repetía una y otra vez. Mientras Torak escuchaba, algo se despertó en él. Se le tensaron los músculos del cuello, y en lo más hondo de la garganta notó que empezaba a formarse una respuesta. Pero luchó contra el urgente deseo de echar la cabeza hacia atrás y aullar.

¿Qué estaba ocurriendo? Ya no se sentía Torak. No se sentía un chico, ni hijo, ni miembro del Clan del Lobo; o al menos no se sentía sólo esas cosas. Una parte de él era lobo.

Se levantó una brisa que le heló la piel.

En el mismo momento, el lobezno dejó de aullar y se dio la vuelta para mirar en dirección a él. Tenía la mirada extraviada, pero había levantado las largas orejas y olisqueaba el aire. Lo había olido.

Torak miró al pequeño y ansioso animal y se mostró inflexible.

Sacó el cuchillo del cinturón y empezó a descender la ladera.

3



El lobezno no entendía en absoluto qué estaba pasando.

Se hallaba explorando la cuesta que había sobre la Guarida cuando había llegado rugiendo el Agua Rápida, y ahora su madre, su padre y sus hermanos de carnada estaban tendidos en el barro, ¡y no le hacían caso!

Mucho antes de que llegara la Luz había estado empujándolos con el hocico y mordiéndoles la cola, pero seguían sin moverse. No hacían ruido y olían raro: olían a presa. Pero no era el olor a la presa que huye, sino a la del No Aliento, la presa que se come.

El lobezno tenía frío y estaba mojado y muy hambriento. Había lamido muchas veces el hocico de su madre para pedirle que, por favor, vomitara un poco de comida para él, pero ella no se había movido. ¿Qué habría hecho mal esta vez?

Sabía que era el lobezno más travieso de la carnada. Siempre lo estaban regañando, pero no podía evitarlo. Sencillamente, le encantaba probar cosas nuevas. Así que le parecía un poquito injusto que ahora que se había quedado en la Guarida como un buen lobezno, nadie se diera cuenta.

Se acercó sin hacer ruido al borde del charco donde estaban tumbados sus hermanos y lamió un poco del agua que quedaba. Tenía mal sabor.

Comió un poco de hierba y un par de aranas.

Se preguntó qué iba a hacer.

Empezó a sentirse asustado. Echó la cabeza hacia atrás y aulló. Al hacerlo se animó un poco porque le recordó los buenos aullidos que había compartido con la manada.

Pero a medio aullido se interrumpió. Olía a lobo.

Se dio la vuelta, tambaleándose un poco a causa del hambre, giró las orejas y olisqueó. Sí. Lobo. Lo oyó descender ruidosamente la pendiente del otro lado del Agua Rápida, y olió que era macho, crecido a medias, y que no era de la manada.

Pero había algo extraño en él: olía a lobo, pero también a no lobo. Olía a reno, a ciervo y a castor, a sangre fresca… ya algo más: un olor nuevo que no conocía aún.

Le pareció muy raro. A menos que… a menos que… significara que el lobo no lobo fuera en realidad un lobo que había comido muchas presas distintas ¡y viniera ahora a traerle un poco de comida!

Temblando de entusiasmo, el lobezno meneó la cola y soltó unos ruidosos gañidos a modo de bienvenida.

Por un momento el extraño lobo se detuvo. Luego empezó a avanzar otra vez. El lobezno no lo veía con mucha claridad porque no tenía los ojos tan agudos como la nariz o las orejas, pero cuando lo vio chapotear para cruzar el Agua Rápida se dio cuenta de que, desde luego, aquél era un lobo muy raro.

Caminaba sobre las patas de atrás, y el pelaje de la cabeza era negro y tan largo que le llegaba a los hombros, aunque lo más raro de todo era que ¡no tenía cola!

Y aun así sonaba a lobo, pues emitía un sonido bajo entre el gañido y el aullido que parecía que dijera: «Todo va bien, soy un amigo.» Eso resultaba tranquilizador, aunque daba la impresión de que todo el rato se saltaba los gañidos más agudos.

Pero algo andaba mal. A pesar del tono amistoso captaba una nota tensa. Y aunque aquel lobo raro sonreía, el lobezno no sabía decir si era una sonrisa sincera.

La bienvenida del lobezno cambió y se convirtió en un lloriqueo.

«¿Me estás cazando? ¿Por qué?»

«No, no», le llegó aquel sonido entre gañido y aullido amistoso pero no amistoso.

Entonces el lobo raro dejó de gañir y aullar y avanzó en medio de un silencio aterrador.

Sin fuerzas para correr, el lobezno retrocedió.

El lobo raro se abalanzó, cogió al lobezno por el pescuezo y lo levantó en alto.

Débilmente, el lobezno meneó la cola para rechazar un ataque.

El lobo raro levantó la otra pata delantera y oprimió con una garra gigantesca la barriga del lobato.

Éste soltó un gañido y, con una mueca de terror, metió la cola entre las patas.

Pero el lobo raro también estaba asustado. Le temblaban las patas delanteras y tragaba saliva y enseñaba los dientes. El lobezno captó soledad, incertidumbre y dolor.

De pronto el lobo raro tragó saliva otra vez y apartó de un tirón su enorme garra del vientre del lobezno. Entonces se sentó pesadamente en el barro y estrechó al cachorro contra el pecho.

El terror del lobato se desvaneció, pues a través del extraño pellejo sin pelo que olía más a no lobo que a lobo, oyó un consolador golpeteo, como el sonido que percibía cuando se le subía encima a su padre para dormir un poco.

El lobezno se escabulló del abrazo del lobo raro, le apoyó las patas delanteras en el pecho y se sostuvo sobre las de atrás. Entonces empezó a lamerle el hocico.

Molesto, el lobo raro lo apartó de un empujón, y el lobato cayó hacia atrás. Sin dejarse intimidar, se incorporó para sentarse y alzar la mirada hacia el lobo raro.

¡Vaya cara tan extraña, tan plana y sin pelo tenía! Los labios no eran negros, como los de un auténtico lobo, sino pálidos; y las orejas también eran pálidas, ¡y no se movían! Pero los ojos eran de un gris plateado y estaban llenos de luz: eran los ojos de un lobo.

El lobezno se encontraba mejor de lo que se había sentido desde que había llegado el Agua Rápida. Había hallado a un hermano de carnada.

Torak estaba furioso consigo mismo. ¿Por qué no había matado al lobezno? ¿Qué iba a comer ahora?

El cachorro le dio un golpe con el hocico en las costillas magulladas que lo hizo gemir.

—¡Lárgate! —exclamó apartándolo de una patada—. ¡No te quiero conmigo! ¿Me entiendes? ¡No me sirves para nada! ¡Lárgate ya!

Ni siquiera intentó decírselo en la lengua de los lobos porque se había dado cuenta de que no la hablaba muy bien. Tan sólo conocía los gestos más simples y cómo se formaban algunos sonidos. Pero el lobezno lo comprendió. De modo que se alejó trotando unos cuantos pasos, y después se sentó y lo miró esperanzado mientras barría el suelo con la cola.

Torak se puso en pie… y se mareó. Tenía que comer algo cuanto antes.

Paseó la vista por la ribera del río en busca de comida, pero sólo vio a los lobos muertos, y olían demasiado mal para pensar en comérselos. Torak se dejó llevar por la desesperación. El sol estaba descendiendo en el cielo. ¿Qué debía hacer? ¿Acampar ahí? Pero ¿qué había pasado con el oso? ¿Habría acabado con Pa e iría tras él?

Algo se le retorció dolorosamente en el pecho.

«No pienses en Pa. Piensa en qué vas a hacer. Si el oso te hubiese seguido, ya te habría alcanzado. Así que a lo mejor estás a salvo aquí, al menos por esta noche.»

Los cuerpos de los lobos eran demasiado pesados para arrastrarlos, de manera que decidió acampar un poco más río arriba. Antes, sin embargo, utilizaría uno de los cuerpos muertos como carnaza para una trampa, con la esperanza de atrapar durante la noche algo que comer.

Le costó mucho esfuerzo montar la trampa: apoyó una roca plana contra un palo, y luego apuntaló éste con otro palo cruzado que actuaría de desencadenante. Si tenía suerte, podía aparecer un zorro durante la noche que hiciera caer la piedra. No supondría una delicia, pero sería mejor que nada.

Acababa de terminar cuando el lobezno se acercó trotando y olfateó la trampa con gesto inquisitivo. Torak lo agarró del hocico y se lo aplastó contra el suelo.

—No —dijo con firmeza—. ¡No te acerques!

El lobezno se retorció para liberarse y retrocedió con aire ofendido.

«Más vale ofendido que muerto», pensó Torak.

Sabía que había sido injusto porque debería haber gruñido primero para avisar al cachorro que no se acercara, y sólo si no le hacía caso agarrarlo del hocico. Pero estaba demasiado cansado para preocuparse por algo así.

Además, ¿por qué se había molestado siquiera en avisarlo? ¿Qué más le daba si el lobezno se acercaba vacilante durante la noche y acababa aplastado? ¿Qué le

importaba si lo entendía o no, o por qué? ¿De qué le serviría que lo hiciera?

Se levantó, y casi se le doblaron las rodillas.

«Olvídate del lobezno. Encuentra algo de comer.» Se obligó a trepar por la cuesta que había tras la gran roca roja en busca de moras boreales. Cuando llegó arriba, se acordó de que esas moras crecían en páramos y pantanos, pero no en bosques de abedules, y que de todas formas ya no era temporada.

Torak advirtió que en ciertos puntos el terreno estaba alfombrado de excrementos de urogallo, de forma que dispuso algunos cepos hechos con hierbas retorcidas: dos cerca del suelo, y dos más en las ramas bajas por las que a veces correteaban esas aves, teniendo buen cuidado de ocultarlos con hojas para que no los vieran. Entonces regresó al río.

Sabía que estaba demasiado mareado para pescar un pez atravesándolo con una lanza improvisada, así que dispuso una hilera de anzuelos que consistían en espinas de zarza con caracoles de agua como cebo. A continuación echó a andar río arriba en busca de bayas y raíces.

Durante un rato el lobezno lo siguió; luego se sentó y empezó a maullar pidiéndole que volviera. No quería dejar a su manada.

«Estupendo —se dijo Torak—. Quédate ahí. No quiero que me molestes.»

Mientras buscaba, el sol descendió aún más y el aire se volvió cortante. El jubón le refulgía con el neblinoso aliento del Bosque. Pensó vagamente que debería estar construyéndose un refugio en lugar de buscar comida, pero desechó la idea.

Al final encontró un puñado de camarinas y las engulló, después unos pocos arándanos rojos, un par de caracoles y unos cuantos hongos de la ciénaga, que tenían algunos gusanos, pero no sabían del todo mal.

Ya era casi oscuro cuando tuvo un golpe de suerte y encontró una mata de castañuelas. Con un palo afilado cavó cuidadosamente siguiendo los retorcidos tallos hasta la pequeña y nudosa raíz. Masticó la primera; tenía un sabor dulce y a nuez, pero apenas daba para un bocado. Tras mucho cavar de forma agotadora, consiguió desenterrar cuatro más; se comió dos y se guardó las otras dos en el jubón para más tarde.

Con un poco de comida en su interior, volvió a recuperar algo de fuerza en los miembros, pero continuaba teniendo la mente extrañamente confusa.

«¿Qué hago ahora? —se preguntó—. ¿Por qué me resulta tan difícil pensar?» El refugio. Eso era. Luego un fuego. Luego dormir.

El lobezno lo estaba esperando en el claro. Temblando y dando gañidos de placer, se arrojó sobre él con una gran sonrisa de lobo. No sólo arrugó el hocico y enseñó los dientes, sino que le sonrió con todo el cuerpo: estiró las orejas hacia atrás y ladeó la cabeza, meneó la cola y movió las patas delanteras, y dio grandes saltos en el aire, haciendo cabriolas.

Torak se sintió mareado al observarlo, así que no le hizo caso. Además, tenía que construir un refugio.

Miró alrededor en busca de ramas secas, pero la riada se lo había llevado casi todo. De modo que tendría que cortar algunos arbolillos, si es que aún tenía fuerzas.

Sacó el hacha del cinturón, se dirigió a un grupo de abedules y apoyó una mano sobre el más pequeño. Musitó una rápida advertencia al espíritu del árbol para que encontrara otro hogar enseguida, y empezó a talar.

El esfuerzo hizo que la cabeza le diera vueltas, al tiempo que el tajo en el brazo le palpitaba ferozmente. Pero se esforzó en continuar talando.

Se hallaba en una especie de oscuro e interminable túnel en que debía talar y arrancar ramas y volver a talar aún más. Pero cuando los brazos se le habían vuelto tan flojos como el agua y ya no pudo continuar, comprobó con alarma que sólo había conseguido cortar dos enclenques abedules y un raquítico abeto rojo.

Tendría que apañarse con eso.

Juntó los arbolillos y los amarró con una raíz de abeto rojo para formar un burdo cobertizo bajo, lo cubrió por tres lados con ramas de abeto y metió dentro unas cuantas para tenderse sobre ellas.

El resultado fue bastante desastroso, pero le serviría. No tenía fuerzas para impermeabilizarlo con limo y hojas, así que si llovía tendría que confiar en que el saco para dormir lo mantendría seco, y rogar por que el espíritu del río no enviara otra riada, puesto que había construido el refugio demasiado cerca del agua.

Mientras masticaba otra castañuela, paseó la vista por el claro en busca de leña. Pero en cuanto se hubo tragado la castaña, las tripas le dieron un vuelco y la vomitó.

El lobezno soltó un gañido de alegría y se zampó el vómito.

«¿Por qué he hecho eso? —se preguntó Torak—. ¿Habré comido un hongo malo?»

Pero no le pareció que se tratara de un hongo malo. Debía de ser otra cosa. Estaba sudando y temblando y, aunque no le quedaba nada que vomitar en la tripa, aún se sentía mareado.

Una horrible sospecha se apoderó de él. Se quitó el vendaje del antebrazo, y el miedo lo invadió como una niebla helada. La herida estaba hinchada y de un rojo furioso, y olía mal. Torak notaba el calor que emanaba de ella. Al tocarla, el dolor fue como una llamarada.

Del pecho del muchacho brotó un sollozo. Estaba agotado, hambriento y asustado, y necesitaba desesperadamente a Pa. Y ahora tenía un nuevo enemigo: la fiebre.

4



Torak tenía que hacer un fuego. Era una carrera entre él y la fiebre, y el premio era su propia vida.

Hurgó en el cinturón en busca de la bolsita de la yesca. Las manos le temblaban al sacar unas tirillas de corteza de abedul, y todo el rato se le caía el pedernal y no conseguía un solo golpe certero. Gruñía de frustración cuando finalmente consiguió que prendiera una chispa.

Una vez que tuvo el fuego encendido, continuaba temblando de forma incontrolada y apenas sentía el calor de las llamas. Los ruidos retumbaban con una intensidad fuera de lo corriente: el gorgoteo del río, el ulular de un búho y los famélicos gañidos del exasperante lobezno. ¿Por qué el animal no lo dejaba en paz?

Se acercó tambaleante al río para beber agua. Justo a tiempo, recordó que Pa le había dicho que no se inclinara demasiado: «Cuando estés enfermo, nunca veas reflejada tu alma del nombre en el agua. Verla hará que te marees. Podrías caerte y ahogarte.»

Con los ojos cerrados, bebió hasta hartarse, y luego trastabilló de vuelta al refugio. Necesitaba descansar, pero sabía que primero tenía que ocuparse de su brazo, o no le quedaría ninguna oportunidad.

Cogió un poco de corteza de sauce seca de la bolsa de los remedios y la mordisqueó, pero sintió náuseas por su sabor amargo y arenoso. Se embadurnó el antebrazo con la pasta obtenida y volvió a vendarlo con la albura de abedul. El dolor fue tan intenso que casi se desmayó. Apenas pudo quitarse las botas y reptar hasta meterse en el saco. El lobezno trató de meterse también, pero Torak lo apartó de un empujón.

Con desánimo y castañeteándole los dientes, Torak observó que el lobezno se acercaba al fuego y lo estudiaba con curiosidad. El animal extendió entonces una larga pata gris y dio unos golpecitos con ella sobre las llamas, pero retrocedió de un salto con un gañido de indignación.

—Lo tienes bien empleado —musitó Torak.

El lobezno se sacudió y desapareció en la penumbra.

Torak se hizo un ovillo para acunarse el brazo palpitante y pensar amargamente en el tremendo apuro en que se había metido.

Toda la vida había vivido en el Bosque con Pa; acampaban durante un par de noches para después seguir caminando. Conocía las reglas: «Nunca escatimes a la hora de construir un refugio. Nunca emplees más esfuerzo del necesario en la búsqueda de comida. Nunca dejes para muy tarde el momento de acampar.»

Se llevó la mano sana a los tatuajes del clan para acariciar el par de finas líneas punteadas que le dibujaban cada pómulo. Cuando él tenía siete años, Pa se los había hecho frotándole jugo de gayuba en la piel perforada.

«No los mereces —se dijo Torak—. Si mueres, será culpa tuya.»

Una vez más sintió que el pecho se le encogía de pena. Jamás en su vida había dormido solo. Nunca sin Pa. Por primera vez la mano de su padre, áspera pero delicada, no le daba las buenas noches. Ni captaba el familiar olor a ante y sudor.

Empezó a notar escozor en los ojos. Los cerró con esfuerzo y se sumió en un sueño diabólico.

Camina hundido hasta la rodilla en el musgo intentando escapar del oso. Los gritos de su padre le resuenan en los oídos. El oso viene por él.

Trata de correr, pero sólo se hunde todavía más en el musgo. Éste lo absorbe. Su padre grita.

Los ojos del oso arden con el fuego letal del Otro Mundo, el fuego demoníaco. El animal se yergue sobre las patas de atrás: una imponente amenaza, inconcebiblemente enorme. Las grandes mandíbulas se abren de par en par cuando ruge su odio hacia la luna…

Torak despertó con un alarido.

Los últimos rugidos del oso resonaban aún a través del Bosque. No eran un sueño. Eran reales.

Torak contuvo el aliento. Vio la luz azul de la luna a través de las rendijas del refugio y observó que el fuego casi se había extinguido. El muchacho sintió los latidos de su propio corazón.

Una vez más, el Bosque se estremeció. Los árboles se quedaron inmóviles para escuchar. Pero en esa ocasión Torak se dio cuenta de que los rugidos venían de lejos, de muchos días andando hacia el oeste. Exhaló el aire muy despacio.

A la entrada del refugio, el lobezno estaba sentado contemplándolo. Los ojos rasgados del cachorro eran de un extraño tono dorado oscuro. «Ámbar», se dijo Torak al acordarse del pequeño amuleto que Pa había llevado en una tira de piel en torno al cuello.

Esa coincidencia se le antojó extrañamente tranquilizadora. Al menos no estaba solo.

A medida que los latidos de su corazón volvían a la normalidad, el dolor producido por la fiebre lo invadía de nuevo; la piel le ardía y sentía el cráneo a punto de estallar. Luchó por sacar más corteza de sauce de la bolsa de los remedios, pero la dejó caer y no consiguió encontrarla en la penumbra. Cogió con esfuerzo otra rama para echarla al fuego y volvió a tenderse jadeando.

No podía quitarse aquellos rugidos de la cabeza. Pero ¿dónde estaba ahora el oso? El claro de los caballos muertos se hallaba más al norte del río donde el animal había atacado a Pa, pero el oso parecía estar ahora hacia el oeste. ¿Continuaría dirigiéndose hacia ese punto? ¿O habría captado el olor de Torak y habría regresado? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que llegara a donde estaba y lo encontrara indefenso y enfermo?

Una voz tranquila y firme pareció susurrarle en la mente, casi como si Pa estuviese con él: «Si el oso vuelve, el lobezno te avisará. Recuerda, Torak: el olfato de un lobo es tan agudo que puede oler el aliento de un pez, y su oído es tan fino que puede oír pasar una nube.»

«Sí —se dijo Torak—, el lobezno me avisará. Algo es algo. Quiero morir con los ojos abiertos, enfrentándome al oso como un hombre. Como Pa.» En algún lugar en la lejanía, ladró un perro. No era un lobo, sino un perro.

Torak frunció el entrecejo. Los perros significaban gente, pero no había gente en esa parte del Bosque.

¿O sí la había?

Se hundió de nuevo en la oscuridad. De vuelta a las garras del oso.

5



Casi había oscurecido cuando Torak se despertó. Había dormido todo el día.

Se sentía débil y muerto de sed, pero la herida estaba más fría y le dolía mucho menos. La fiebre había desaparecido.

Y el lobezno también.

A Torak le extrañó que le preocupara la desaparición del animal. Pero ¿por qué tenía que preocuparse? El lobezno no significaba nada para él.

Se acercó a trompicones al río y bebió, y luego reavivó el fuego casi extinguido con más leña. El esfuerzo lo dejó tembloroso. Descansó un poco y se comió la última castañuela y unas cuantas hojas de acedera que encontró en la ribera del río. Estaban duras y muy amargas, pero lo fortalecieron.

El lobezno seguía sin aparecer.

Consideró la posibilidad de llamarlo con un aullido. Pero, si acudía, no haría sino pedirle comida. Además, si aullaba podía atraer al oso. De manera que, en lugar de llamar al cachorro, se puso las botas y fue a echar un vistazo a las trampas.

Los anzuelos estaban vacíos a excepción de uno, que sujetaba la raspa de un pequeño pez que habían dejado limpia a mordiscos. En cambio tuvo más suerte con los cepos, pues en uno de ellos había atrapado un urogallo que forcejeaba débilmente. ¡Carne!

Musitando un rápido agradecimiento al espíritu del ave, Torak le retorció el pescuezo, le abrió de un tajo el vientre y engulló de un trago el hígado, crudo y caliente. Tenía un sabor amargo y viscoso, pero tenía demasiada hambre para que le importara.

Sintiéndose ligeramente mejor, se ató el urogallo al cinturón y se dirigió a comprobar la trampa de la piedra.

Para su alivio, no contenía un lobezno muerto, sino que éste se hallaba sentado junto a su madre propinando golpecitos con una pata al apestoso cuerpo muerto. Al acercarse Torak, empezó a dirigirse hacia él, pero se detuvo y volvió a mirar a la loba mientras emitía gañidos de indignación. Quería que Torak arreglara esa situación.

Torak suspiró. ¿Cómo podía explicarle lo que era la muerte si ni él mismo lo comprendía?

—Vamos —dijo sin molestarse en hablar lobo.

Las grandes orejas del lobezno giraron para captar el sonido.

—Aquí no hay nada —insistió Torak con impaciencia—. Vámonos.

De vuelta en el refugio, desplumó el urogallo, lo ensartó y lo dispuso sobre el fuego para asarlo. El lobezno se abalanzó hacia él, pero Torak lo agarró del hocico y se lo aplastó contra el suelo.

—¡No! —refunfuñó—. ¡Es mío!

El lobezno obedeció y se quedó inmóvil dando golpetazos con la cola. Cuando Torak le soltó el hocico, el animal rodó hasta quedar con la pálida y sedosa barriga hacia arriba y esbozó una silenciosa sonrisa a modo de disculpa. Entonces se alejó correteando para quedarse a cierta distancia, con la cabeza cortésmente gacha.

Torak asintió, satisfecho. El lobezno tenía que aprender que él era el jefe de la manada, o en el futuro tendrían interminables problemas.

«Pero ¿en qué futuro?», se dijo con el entrecejo fruncido. Su futuro no incluía al lobezno.

El olor a carne asada le impidió pensar en cualquier otra cosa. La grasa chisporroteaba sobre el fuego, y se le hizo la boca agua. Rápidamente, arrancó una pata del urogallo, la insertó en la horqueta de un abedul a modo de ofrenda para el guardián de su clan, y se dispuso a comer.

Era lo mejor que había probado jamás. Succiono cada pedazo de carne y de grasa de los huesos y mascó cada bocado de piel, crujiente y salada. Y se esforzó por ignorar aquellos grandes ojos ambarinos que observaban cada mordisco que daba.

Cuando hubo acabado, se enjugó la boca con el dorso de la mano. El lobezno seguía con la vista todos sus movimientos.

Torak exhaló profundamente.

—Bueno, está bien —musitó. Arrancó la pata que quedaba del cuerpo del urogallo y se la arrojó.

El lobezno se la zampó en unos instantes. Después miró a Torak esperanzado.

—No tengo más —le dijo Torak.

El lobezno soltó un gañido impaciente y se quedó mirando fijamente los restos que el muchacho tenía en las manos.

Torak había dejado los huesos limpios, pero aún podría obtener de ellos agujas, anzuelos de pesca y caldo; aunque, sin un pellejo para cocinar, no podría hacer ningún caldo.

Con la sensación de que bien podía estar buscándose problemas, le arrojó la mitad de los huesos al lobezno.

El animal los trituró con sus poderosas mandíbulas, y a continuación se hizo un ovillo y se durmió de inmediato: era una bola de cálido pelaje gris que respiraba suavemente.

Torak también deseaba dormir, pero sabía que no podía hacerlo. Se quedó sentado mirando el fuego a medida que caía la noche y llegaba el frío. Ahora que se había librado de la fiebre y había comido algo de carne, podía reflexionar por fin con la

mente despejada.

Pensó en el claro de los caballos muertos y en los ojos demoníacos del oso.

«Está poseído —había dicho Pa—. Algún demonio ha entrado en él y lo ha vuelto malvado.»

«Pero ¿qué es en realidad un demonio?», se preguntó Torak. No lo sabía. Sólo sabía que los demonios odian a todo ser vivo y que a veces escapan del Otro Mundo para surgir de la tierra y provocar enfermedades y destrucción.

Mientras pensaba en eso se dio cuenta de que, aunque tenía bastantes conocimientos sobre cazadores y presas, sobre linces y glotones, uros y caballos y ciervos, ignoraba muchas cosas sobre las demás criaturas del Bosque.

Lo único que sabía era que los guardianes de los clanes vigilan los campamentos, y que los fantasmas gimen en los árboles sin hojas las noches de tormenta, en su eterna búsqueda del clan que han perdido. También sabía que la Gente Oculta vive dentro de las rocas y los ríos, al igual que los clanes viven en refugios, y que esos seres parecen hermosos hasta que te dan la espalda, que la tienen tan hueca como un árbol podrido.

En cuanto al Espíritu del Mundo, que envía la lluvia y la nieve y las presas… de eso era de lo que menos sabía Torak. Hasta entonces ni siquiera se había detenido a pensar en ese tema. Era algo demasiado remoto: un espíritu inconcebiblemente poderoso que habitaba muy lejos, en su Montaña; un espíritu al que nadie había visto jamás, pero del que se decía que en verano aparecía como un hombre con la cornamenta de un ciervo, y en invierno como una mujer con las ramas desnudas de un sauce rojo por cabello.

Torak apoyó la cabeza en las rodillas. El peso de su juramento a Pa lo oprimía como una roca.

De pronto el lobezno dio un respingo y emitió un gruñido tenso.

Torak se puso en pie de un salto.

Los ojos del lobezno estaban fijos en la oscuridad; tenía las orejas tiesas y el pelo del lomo erizado. Entonces se alejó como un rayo de la luz del fuego y desapareció.

Torak se quedó muy quieto, con la mano en el cuchillo de Pa. Sintió que los árboles lo observaban y los oyó susurrarse unos a otros.

En algún lugar no muy lejos de allí, un petirrojo empezó a entonar su lastimero canto nocturno. El lobezno reapareció, con las orejas gachas y una leve sonrisa en el suave hocico.

Torak relajó los dedos que aferraban el cuchillo. Fuera lo que fuese lo que había en el exterior, o se había marchado o no representaba una amenaza. De haber estado cerca el oso, el petirrojo no habría cantado. Torak lo sabía muy bien.

El muchacho volvió a sentarse.

«Tienes que encontrar la Montaña del Espíritu del Mundo antes de la próxima luna», se dijo. Eso era lo que había dicho Pa.

«Cuando el ojo rojo está en lo más alto… es cuando los demonios son más

poderosos. Tú ya lo sabes.» «Sí, lo sé —pensó Torak—. Sé lo del ojo rojo. Lo he visto.» Cada otoño, el Gran Uro, un toro gigantesco y el demonio más poderoso del Otro Mundo, huye hacia el cielo nocturno. Al principio tiene la cabeza gacha porque está piafando, de manera que sólo se ve el resplandor estrellado de su lomo. Pero a medida que se acerca el invierno, se yergue y se vuelve más fuerte. Y entonces se le ven los relucientes cuernos y el ojo rojo inyectado en sangre, la estrella roja del invierno.

Y durante la Luna del Sauce Rojo, cabalga en lo más alto, y el mal es más poderoso. Es entonces cuando los demonios caminan. «Es entonces cuando el oso será invencible.» Al alzar la mirada a través de las ramas, Torak vio el frío titilar de las estrellas. Y exactamente encima de la distante negrura de las Montañas Altas, en el horizonte oriental, descubrió el estrellado lomo del Gran Uro.

Se acercaba el final de la Luna de los Venados Rugientes. En la luna siguiente, la Luna del Endrino, aparecería el ojo rojo, y el poder del oso aumentaría. Y cuando llegara la Luna del Sauce Rojo, sería invencible.

«Dirígete al norte —había dicho Pa—. A muchos días de camino.» Torak no quería ir más al norte porque lo conduciría más allá de la pequeña zona del Bosque que conocía, y se internaría en lo desconocido. Sin embargo, Pa debía de creer que tenía alguna posibilidad, o de lo contrario no le habría hecho jurar.

Tendió la mano para coger un palo y removió las brasas.

Sabía que las Montañas Altas quedaban lejos hacia el este, más allá del Bosque Profundo, y que trazaban una curva de norte a sur al arquearse en el confín del Bosque, como el espinazo de una ballena gigantesca. Y también sabía que se decía que el Espíritu del Mundo vivía en la montaña más al norte. Pero nadie había llegado nunca a aproximarse a ella, pues el Espíritu siempre los hacía retroceder con ventiscas huracanadas y traicioneros desprendimientos de rocas.

Torak había estado todo el día huyendo hacia el norte, pero aún se hallaba a la altura del extremo meridional de las Montañas Altas, y no tenía ni idea de cómo iba a llegar tan lejos por sí solo. Todavía se sentía débil a causa de la fiebre y no estaba en condiciones de iniciar un viaje.

«Pues no lo hagas —se dijo—. No tropieces dos veces con la misma piedra: no te dejes llevar por el pánico hasta casi matarte por pura estupidez. Quédate aquí al menos otro día. Ponte más fuerte y después emprende el camino.» Tomar una decisión hizo que se sintiera un poco mejor.

Añadió más ramas al fuego y comprobó, sorprendido, que el lobezno estaba observándolo. Los ojos del animal lo miraban con fijeza y no parecían los de un lobezno; eran los ojos de un lobo.

Una vez más, la voz de Pa resonó en sus recuerdos:

«Los ojos de un lobo son distintos de los de cualquier otra criatura, a excepción de los del hombre. Los lobos son nuestros hermanos más cercanos, Torak, y se les nota en los ojos. La única diferencia es el color. Los suyos son dorados, mientras que

los nuestros son grises. Pero eso el lobo no lo ve porque su mundo no tiene colores. Sólo percibe los plateados y los grises.»

Torak le había preguntado cómo sabía todo eso, pero Pa había sonreído, había negado con la cabeza y le había dicho que se lo explicaría cuando fuera mayor. Había montones de cosas que iba a explicarle cuando fuera mayor.

Frunció el entrecejo y se frotó la cara.

El lobezno continuaba mirándolo.

El cachorro ya tenía algo de la belleza de un lobo adulto: el fino hocico gris pálido, las grandes orejas plateadas y ribeteadas de negro y unos ojos elegantes, perfilados en oscuro.

Aquellos ojos… tan claros como la luz del sol en el agua de un manantial.

De pronto Torak tuvo la sensación de que el lobezno sabía lo que él estaba pensando.

«Más que otros cazadores en el Bosque —le susurró Pa en la mente—, los lobos se parecen a nosotros: cazan en manada; disfrutan de la charla y del juego; sienten un amor intenso por sus compañeros y por sus crías, y cada lobo se esfuerza por el bien de la manada.» Torak se sentó más derecho. ¿Sería eso lo que Pa había tratado de decirle?

«Tu guía te encontrará.» ¿Era posible que el lobezno fuera su guía?

Decidió ponerlo a prueba. Aclarándose la garganta, se puso a cuatro patas, y como no sabía decir «montaña» en la lengua de los lobos, se lo inventó: haciendo gestos con la cabeza y emitiendo por lo bajo esos gañidos y aullidos que forman parte del lenguaje lobuno, le preguntó si conocía el camino.

El lobezno hizo girar las orejas y lo miró, para luego apartar la vista, pues en el lenguaje de los lobos mirar demasiado fijo entraña una amenaza. Entonces el lobezno se incorporó, se estiró y meneó perezosamente la cola.

Nada en los movimientos del animal le reveló a Torak que había entendido su pregunta. Volvía a ser simplemente un lobezno.

¿O no?

¿Podía en realidad haberse imaginado la mirada del cachorro?

6



Habían pasado muchas Luces y Penumbras desde que Alto Sin Cola había llegado.

Al principio dormía constantemente, pero ahora ya se comportaba más como un lobo normal. Si estaba triste, permanecía en silencio, y si estaba enfadado, gruñía. Le gustaba jugar al corre que te pillo con un pedazo de piel de liebre, y cuando el lobezno le saltaba encima, rodaba por la tierra profiriendo esos extraños gañidos que el lobezno sospechaba que eran la forma que tenía de reírse.

A veces Alto Sin Cola se unía al lobezno en un aullido, y los dos le cantaban sus sentimientos al Bosque. El aullido de Alto Sin Cola era ronco y no muy afinado, pero estaba lleno de emoción.

El resto de su charla era igual: tosca pero expresiva. Por supuesto que no tenía cola, ni podía mover las orejas o erizar el pelaje, ni llegar a los gañidos más altos, pero por lo general conseguía hacerse entender.

Así pues, en muchos sentidos era exactamente igual que cualquier otro lobo, aunque no en todo.

El pobre Alto Sin Cola apenas podía oler u oír siquiera, y durante la Penumbra le gustaba mirar fijamente la Bestia Brillante que Muerde Caliente. Más de una vez, la había pisado sin querer con las patas traseras, y en una terrible ocasión había tenido que apartar el pellejo. Lo más raro de todo era que se pasaba la vida durmiendo. Por lo visto no sabía que un lobo debe dormir sólo a ratos y que ha de levantarse con frecuencia para estirarse y dar vueltas, de manera que esté preparado para cualquier cosa.

El lobezno trató de enseñarle a Alto Sin Cola a despertarse más a menudo dándole empujones con el hocico y mordiéndole las orejas. Pero en lugar de mostrarse agradecido, Alto Sin Cola no hizo sino enfadarse mucho. Al final el lobezno lo dejó dormir; y cuando llegó la Luz siguiente, Alto Sin Cola se levantó tras un sueño ridículamente largo, y de un mal humor horroroso. Bueno, y qué esperaba, si no había dejado que su hermano de carnada lo despertara.

Ese día, sin embargo, Alto Sin Cola se había levantado antes de la Luz y con un estado de ánimo muy distinto. El lobezno sentía su nerviosismo.

Con curiosidad, el lobezno observó que Alto Sin Cola echaba a andar por el sendero que discurría agua arriba. ¿Iría de caza?

El lobezno lo siguió dando saltos, pero de repente soltó un gañido para que se detuviera. Eso no era una cacería. Y Alto Sin Cola se estaba equivocando de camino.

No era sólo que estuviera siguiendo el Agua Rápida, que era lo que el lobezno más odiaba y temía, sino que ése era el camino equivocado porque… pues porque no era el correcto. El camino correcto se hallaba subiendo la colina y luego se prolongaba durante muchas Luces y Penumbras.

El lobezno no sabía cómo sabía eso, pero lo sentía en su interior: era una fuerza débil y profunda que lo atraía, como la fuerza de la Guarida cuando se había alejado demasiado de ella; aunque era más débil porque venía de muy lejos.

Más adelante, Alto Sin Cola seguía caminando sin darse cuenta.

El lobezno profirió un «¡Uff!» de advertencia en tono grave, como hacía su madre cuando quería que la carnada volviera a la Guarida de inmediato.

Alto Sin Cola se giró y preguntó algo en su propio lenguaje. Sonó como «¿Quépassa?»

—¡Uff! —soltó el lobezno. Trotó hasta el pie de la colina y se quedó mirando el camino correcto. Entonces dirigió la vista hacia Alto Sin Cola, y de nuevo al camino: «Es por aquí. No por ahí.»

Impaciente, Alto Sin Cola repitió la pregunta. El lobezno esperó a que captara lo que le decía.

Alto Sin Cola se rascó la cabeza, dijo algo más en la lengua de los sin cola, y entonces empezó a retroceder hacia el lobezno.

Torak observó que el cuerpo de Lobo se ponía en tensión.

Las orejas de Lobo se movieron hacia delante y su negro hocico se estremeció. Torak siguió su mirada. Sin embargo, no pudo ver nada a través de la maraña de avellanos y adelfillas, pero estaba seguro de que el corzo estaba allí, porque Lobo sabía que así era, y Torak había aprendido a confiar en él.

Lobo alzó la vista hacia Torak, aunque apenas fijó sus ambarinos ojos en los del chico, y después volvió a concentrarse en el Bosque.

Silenciosamente, Torak arrancó un diente de león y lo deshizo con la uña del pulgar para dejar que las minúsculas semillas flotaran en la brisa. Estupendo. El viento seguía soplando en contra, de modo que el corzo no captaría el olor de sus cuerpos. Además, antes de partir, Torak había disimulado su olor frotándose la piel con ceniza de leña, como hacía siempre.

Sin hacer ruido, sacó una flecha del carcaj y la colocó en el arco. No se trataba más que de un pequeño corzo, pero si lograba abatirlo supondría la primera presa de envergadura que conseguía por sí mismo. La necesitaba. Las presas eran mucho más escasas de lo que deberían serlo en aquella época del año.

El lobezno agachó la cabeza.

Torak se agazapó.

Avanzaron con sigilo los dos juntos.

Llevaban todo el día rastreando al corzo; Torak le había seguido la pista de ramitas arrancadas y huellas de pezuñas hendidas, tratando de sentir lo que el animal sentía, y de adivinar adónde se dirigía.

«Para seguirle el rastro a una presa, primero debes aprender a conocerla como lo harías con un hermano. Has de saber qué come, y cuándo y cómo lo hace; dónde descansa y cómo se mueve.» Pa le había enseñado bien. Torak sabía cómo seguir un rastro: uno debe detenerse con frecuencia a escuchar y ha de abrir los sentidos a lo que el Bosque le dice…

En ese momento, estaba convencido de que el corzo se estaba cansando, pues en las primeras horas del día las huellas de cada pezuña habían sido profundas y estaban separadas unas de otras, lo cual significaba que iba al galope. En cambio, ahora las huellas eran más superficiales y estaban más juntas; había aminorado el paso.

Debía de estar hambriento porque no había tenido tiempo de pastar, y también sediento porque se había mantenido al abrigo de los matorrales más densos, donde no había agua.

Torak miró alrededor en busca de indicios de un arroyo. Hacia el oeste a través de los avellanos, unos treinta pasos más allá del sendero, vislumbró un grupo de alisos, que sólo crecen cerca del agua. Era ahí adonde debía de dirigirse el corzo.

Con mucha suavidad, él y el lobezno avanzaron a través de la espesura. Al llevarse una mano ahuecada a la oreja, Torak captó el leve murmullo del agua.

De pronto Lobo se quedó inmóvil con las orejas apuntando hacia delante y una pata delantera levantada.

Sí. Ahí estaba, al otro lado de los alisos. El corzo se había inclinado para beber agua.

Cautelosamente, Torak apuntó con el arco.

El corzo levantó la cabeza, mientras el agua le goteaba del hocico.

Torak lo observó olisquear el aire y vio que se le erizaba el pálido pelaje de la grupa en señal de alarma. Un instante más, y el animal habría desaparecido. Disparó la flecha.

Ésta se clavó con un ruido sordo entre las costillas del corzo, por detrás de la paletilla. Con un elegante estremecimiento, el corzo dobló las rodillas y cayó al suelo.

Torak soltó un grito y se abrió paso hacia él a través de la espesura. Lobo corrió con él y lo ganó con facilidad, pero se detuvo para dejar que Torak lo alcanzara. El lobezno estaba aprendiendo a respetar al jefe de la manada.

Jadeando, Torak se detuvo junto al corzo que aún respiraba, pero la muerte estaba cercana. Las tres almas del animal estaban a punto de abandonarlo.

Torak tragó saliva. Ahora debía llevar a cabo lo que había visto hacer a Pa incontables veces. Pero para él sería la primera vez, y tenía que hacerlo bien.

Arrodillándose junto al corzo, tendió una mano y le acarició suavemente el áspero y sudoroso carrillo. El corzo yació tranquilo bajo la palma del chico.

—Lo has hecho bien —le dijo Torak. Su voz sonaba torpe—. Has sido valiente y

listo, y has aguantado todo el día. Te prometo que mantendré el pacto con el Espíritu del Mundo y te trataré con respeto. Ahora, vete en paz.

Observó cómo la muerte vidriaba el ojo, grande y oscuro.

Se sintió agradecido para con el corzo, pero también orgulloso de sí mismo. Ésa era su primera presa importante. Dondequiera que estuviese Pa en su Viaje a la Muerte, se sentiría complacido.

Torak se volvió hacia Lobo y ladeó la cabeza, al tiempo que arrugaba la nariz y enseñaba los dientes con una sonrisa lobuna.

«Bien hecho, gracias.»

Lobo le saltó encima y estuvo a punto de derribarlo. Torak rió y le dio un puñado de moras de su bolsa de comida, que Lobo se zampó.

Habían pasado siete días desde que partieran del Río Rápido, y seguía sin haber rastro del oso, ni huellas, ni pelo enredado en las zarzas, ni más rugidos que sacudieran el Bosque.

Algo andaba mal, sin embargo. En esa época del año, deberían resonar en el Bosque los bramidos de los ciervos rojos en celo y el entrechocar de las cornamentas en sus luchas por las hembras. Pero todo estaba en silencio. Era como si el Bosque se estuviese vaciando lentamente; como si las presas huyeran de aquella amenaza invisible.

En siete días las únicas criaturas que Torak había encontrado eran pájaros y ratones de campo, y una vez, de forma tan inesperada que le dio un vuelco el corazón, una partida de caza: tres hombres, dos mujeres y un perro. Por suerte, se las apañó para escabullirse sin que lo vieran.

«Permanece alejado de los hombres —le había advertido Pa—. Si ellos descubren lo que puedes hacer…»

Torak no sabía qué significaba eso, pero sí sabía que Pa tenía razón. El chico había crecido alejado de los hombres y no quería tener nada que ver con ellos. Además, ahora tenía a Lobo. Cada día que pasaba se comprendían mejor el uno al otro.

Torak estaba logrando entender que el habla de los lobos consistía en una compleja mezcla de gestos, miradas, olores y sonidos, y que los gestos podían hacerse con el hocico, las orejas, las patas, la cola, el lomo, el pelaje o con el cuerpo entero. Muchos de esos gestos eran muy sutiles: una mera inclinación, un levísimo movimiento. Y la mayoría de ellos no entrañaban sonido alguno. Para entonces, Torak ya conocía muchos gestos, pero no le daba la sensación de haber tenido que aprenderlos. Era más bien como si los estuviese recordando.

Aun así, era consciente de que había una cosa que jamás sería capaz de dominar, porque él no era un lobo. Se trataba del «sentido lobuno», y era el asombroso don que tenía el lobezno de captarle los pensamientos y los cambios de humor.

Lobo también tenía sus propios cambios de humor. A veces era el lobezno que adoraba las bayas y las moras, o se mostraba incapaz de permanecer quieto, como

aquella ocasión en que se había meneado sin cesar mientras Torak celebraba un rito del nombre para él, y se había lamido el jugo rojo de aliso con que el chico le había embadurnado las patas. Al contrario que Torak, que se había puesto nervioso al llevar a cabo un rito tan importante, no parecía que Lobo se hubiera impresionado, sino que sólo se había impacientado por que terminara de una vez.

En otras ocasiones, sin embargo, Lobo era el guía, misteriosamente seguro del camino que debía seguir. Pero si Torak trataba de hacerle preguntas al respecto, nunca le daba una respuesta satisfactoria. «Simplemente lo sé.» Eso era todo.

En ese momento, Lobo no estaba siendo el guía, sino el lobezno. Tenía el hocico morado de jugo de moras y emitía insistentes gañidos para que le diera más.

Torak rió y lo apartó con una palmada.

—¡Ya está! Tengo trabajo que hacer.

Lobo se sacudió y sonrió, y se alejó para dormir un poco.

A Torak le llevó dos días enteros descuartizar el cuerpo del corzo. Le había hecho una promesa al animal, y cumplirla significaba no desperdiciar nada. Ése era el antiquísimo pacto entre los cazadores y el Espíritu del Mundo. Los cazadores debían tratar a las presas con respeto, y a cambio el Espíritu les mandaría más.

Era una ardua tarea, pues requería muchos veranos de práctica aprender a darles buen uso a las presas. El de Torak no fue un trabajo excelente, pero lo hizo lo mejor que pudo.

En primer lugar, rajó el vientre del corzo y cortó una tajada del hígado para el guardián del clan. El resto del hígado lo cortó en tiras y las puso a secar. Pero se apiadó de Lobo y separó un trozo para él, que se lo zampó.

Luego Torak despellejó el cuerpo y quitó toda la carne de la piel con su espátula de asta. Lavó el pellejo en una mezcla de agua con corteza de roble desmenuzada para soltar los pelos, y después lo extendió entre dos arbolillos, fuera del alcance de los saltos de Lobo. A continuación se dedicó a raspar el pelo de forma inexperta, pues hizo varios agujeros, y suavizó la piel frotándola con los sesos del corzo triturados. Tras una última ronda en que volvió a empaparla y a secarla, obtuvo una aceptable piel sin curtir que podía utilizar para hacer cuerdas e hilos de pescar.

Mientras la piel acababa de secarse, cortó la carne en finas tiras y las colgó sobre un humeante fuego de madera de abedul. Cuando estuvieron secas, las golpeó entre dos rocas para hacerlas más finas, y las enrolló hasta formar pequeños paquetes apretados. La carne era deliciosa. Cada paquetito le duraría medio día.

Lavó entonces las tripas del corzo, las empapó en agua de corteza de roble y las dejó secar sobre un arbusto de enebro. El estómago le serviría de odre, con la vejiga tendría una bolsa de yesca de repuesto y los intestinos le serían útiles para guardar nueces. Los pulmones le correspondían a Lobo, aunque todavía no, pues Torak los mascaría en las comidas y en las cenas, y luego los escupiría para el lobezno. Pero como no tenía un pellejo para cocinar en el que hacer cola, dejó que Lobo disfrutara de inmediato de los cascos del animal. El lobezno jugó con ellos infatigablemente

antes de hacerlos pedazos entre sus mandíbulas.

Después Torak lavó los largos tendones de las patas de atrás que había salvado del descuartizamiento, los golpeó hasta aplanarlos y sacó estrechas fibras para utilizarlas como hilo, una vez secas y frotadas con grasa para hacerlas flexibles. Los hilos resultantes no le quedaron tan lisos ni regulares como los que solía hacer su padre, pero le servirían. Y eran tan resistentes que durarían más que cualquier prenda que cosiera con ellos.

Finalmente, raspó los cuernos y los huesos largos hasta dejarlos limpios, e hizo un fardo con ellos para astillarlos más tarde y convertirlos en anzuelos de pescar, agujas y puntas de flecha.

Ya caía la tarde del segundo día cuando hubo terminado. Se sentó junto al fuego, que estaba gratamente lleno de carne, para tallar un silbato de un pedazo de hueso de urogallo porque necesitaba llamar de alguna forma al lobezno cuando anduviese por ahí en uno de sus solitarios paseos, pero de una manera más silenciosa que con un aullido. Como aquella partida de caza aún podía seguir en los alrededores, no podía arriesgarse a continuar aullando.

Acabó de tallar y probó si el silbato sonaba. Para su consternación, no produjo sonido alguno. Pa había elaborado incontables silbatos exactamente iguales que ése, y siempre producían un claro gorjeo parecido al de un pájaro. ¿Por qué no sonaba el que había hecho él?

Frustrado, Torak volvió a intentarlo y sopló tan fuerte como pudo. Seguía sin sonar. Pero se sorprendió cuando Lobo se levantó de un salto como si lo hubiese picado un avispón.

La mirada de Torak iba del sobresaltado lobezno al silbato. Sopló una vez más.

De nuevo no se produjo ningún sonido. En esa ocasión Lobo profirió un leve gruñido, y luego un gemido, para demostrar que estaba molesto, aunque no quería pasarse de la raya y ofender a Torak.

El chico le pidió perdón rascándole suavemente bajo el hocico, y el lobezno agachó la cabeza. La expresión de Lobo lo dejó bien claro: Torak no debía llamarlo a menos que pretendiese algo concreto al hacerlo.

El día siguiente amaneció despejado y radiante, y cuando partieron de nuevo, Torak se sintió muy animado.

Hacía doce días que el oso había matado a Pa. En ese tiempo Torak había luchado contra el hambre y había derrotado a la fiebre, había encontrado a Lobo y había cazado su primera presa importante. También había cometido muchos errores, pero seguía vivo.

Se imaginó a su padre en el viaje a la Tierra de los Muertos, la tierra en que hay flechas de sobra y caza abundante.

«Por lo menos —se dijo—, lleva consigo sus armas, y mi cuchillo que lo acompaña.» Ese pensamiento suavizó un poquito su dolor.

Torak sabía que la tristeza por la pérdida de su padre nunca lo abandonaría, que la llevaría en el pecho toda su vida, como una piedra. Pero esa mañana la piedra no se le antojaba tan pesada. Había sobrevivido por el momento, y su padre estaría orgulloso de él.

Se sintió casi feliz mientras se abría paso entre la maleza por el sendero moteado por el sol. Un par de tordos reñían en lo alto. El lobezno, gordo y contento, se mantenía junto a él, con la peluda cola plateada bien alta.

Gordo, contento y descuidado.

Torak oyó que una ramita se quebraba tras él en el mismo instante en que una mano enorme le tiraba del jubón y lo levantaba en el aire.

7



Tres cazadores.

Tres armas de sílex, letales, que lo apuntaban todas a la vez.

A Torak le daba vueltas la cabeza. No podía moverse ni ver a Lobo.

El hombre que lo sujetaba por el jubón era enorme. La rojiza barba era una maraña como el nido de un pájaro; tenía una mejilla desgarrada por una fea cicatriz, y fuera lo que fuese lo que le había mordido, le había arrancado una oreja. En la mano libre sostenía un cuchillo con hoja de sílex, cuya punta presionaba debajo de la mandíbula de Torak.

Junto a él había un hombre joven y alto y una chica más o menos de la misma edad de Torak. Los dos tenían el pelo rojo oscuro, caras tersas y despiadadas, y le apuntaban al corazón con flechas también de sílex.

Torak trató de tragar saliva y confió en no parecer tan asustado como se sentía.

—Soltadme —jadeó. Intentó darle un golpe al hombre grandote, pero falló.

—Bueno, ¡así que aquí tenemos a nuestro ladrón! —gruñó el hombre grandote, e izó a Torak más alto, tan alto que casi lo ahogó.

—Yo no soy… un ladrón —repuso Torak entre toses tratando de aferrarse el cuello.

—Miente —dijo el joven con frialdad.

—Nos quitaste a nuestro corzo —intervino la chica, que le dijo entonces al grandullón—: Oslak, creo que lo estás ahogando.

Oslak dejó que los pies de Torak se apoyasen en el suelo, pero no lo soltó y su cuchillo siguió contra el cuello del muchacho.

Con cuidado, la chica volvió a colocar la flecha en el carcaj y se echó el arco al hombro, pero el joven no lo hizo. Por el brillo de sus ojos, era obvio que se estaba divirtiendo. No dudaría en disparar.

Torak tosió y se frotó el cuello, y deslizó una furtiva mano hacia el cuchillo.

—Eso me lo quedo yo —dijo Oslak. Todavía sujetando a Torak, lo despojó de sus armas y se las arrojó a la chica.

Ella estudió el cuchillo de Pa con curiosidad.

—¿También has robado esto?

—¡No! —exclamó Torak—. Era de… mi padre. —Quedó claro que no le creían.

Torak miró a la chica—. Has dicho que yo os quité vuestro corzo. ¿Cómo podía ser vuestro?

—Ésta es nuestra parte del Bosque —repuso el joven.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Torak, perplejo—. El Bosque no le pertenece a nadie…

—Ahora sí —soltó el joven—. Se acordó que así fuera en la reunión de los clanes. A causa de… —se interrumpió, y frunció el entrecejo—. Lo que importa es que te apropiaste de nuestra presa. Eso significa la muerte.

Torak empezó a sudar. ¿La muerte? ¿Cómo podía significar la muerte apropiarse de un corzo? Tenía la boca tan seca que apenas podía hablar.

—Si… si es el corzo lo que queréis —dijo—, cogedlo y dejadme marchar. Está en mi fardo. He comido muy poco.

Oslak y la muchacha intercambiaron miradas, pero el joven movió la cabeza en señal de desprecio.

—La cosa no es tan simple. Eres mi prisionero. Oslak, átale las manos. Vamos a llevarlo a Fin-Kedinn.

—¿Dónde está eso? —quiso saber Torak.

—No es un sitio —contestó Oslak—. Es un hombre.

—¿No sabes nada o qué? —se burló la chica.

—Fin-Kedinn es mi tío —explicó el joven, que se puso muy tieso—. Es el jefe de nuestro clan. Yo soy Hord, el hijo de su hermano.

—¿De qué clan? ¿Adónde me lleváis?

No le contestaron.

Oslak le dio un empujón que lo hizo caer de rodillas. Mientras forcejeaba para ponerse en pie, miró hacia atrás… y, horrorizado, vio que Lobo había vuelto a buscarlo. Permanecía con aire vacilante a unos veinte pasos de ellos, olisqueando el aroma de los extraños.

No lo habían visto. ¿Qué harían si lo descubrían? Era probable que incluso ellos respetaran la antigua ley que prohibía dar muerte a otro cazador. Pero ¿y si perseguían a Lobo para espantarlo? Torak se lo imaginó perdido en el Bosque. Hambriento. Aullando.

Para avisar a Lobo que no se dejara ver, profirió por lo bajo un urgente «uff».

«¡Peligro!» Oslak casi le cayó encima de pura sorpresa.

—¿Qué has dicho?

—¡Uff! —repitió Torak. Consternado, vio que Lobo no retrocedía, sino que echaba hacia atrás las orejas y salía disparado hacia Torak.

—¿Qué es esto? —murmuró Oslak. Tendió una mano y cogió a Lobo por el pellejo del lomo.

Lobo se retorció y gruñó mientras colgaba de aquella enorme mano roja.

—¡Suéltalo! —gritó Torak forcejeando—. ¡Suéltalo o te mataré! —Oslak y la chica se echaron a reír—. ¡Suéltalo! ¡No te está haciendo ningún daño!

—Espántalo de una vez y vayámonos —dijo Hord con irritación.

—¡No! —exclamó Torak—. Es mi guí… ¡no!

—¿Que es tu qué? —le preguntó la chica dirigiéndole una mirada de sospecha.

—Va conmigo —musitó Torak. Sabía que no debía revelar su búsqueda de la Montaña, o que podía hablar con Lobo.

—Vamos, Renn —gruñó Hord—. Estamos perdiendo el tiempo.

Pero Renn seguía mirando fijamente a Torak. Entonces se volvió hacia Oslak.

—Dámelo. —De su fardo, la chica extrajo un saco de ante, metió dentro al lobezno y cerró bien fuerte la abertura. Mientras se echaba al hombro el saco, que no paraba de retorcerse y de gimotear, le dijo a Torak—: Será mejor que vengas por las buenas, o lo reventaré contra un árbol.

Torak la miró echando chispas por los ojos. Probablemente, no haría una cosa así, pero acababa de asegurarse la obediencia del chico con mucha más eficacia que Oslak u Hord.

Oslak le propinó otro empujón a Torak, y se pusieron en marcha por un sendero de ciervos, en dirección noroeste.

Las ataduras de cuero sin curtir estaban bien prietas, y a Torak empezaron a dolerle las muñecas.

«Bueno, pues que me duelan», se dijo. Estaba furioso consigo mismo. «Mira detrás de ti», le había dicho su padre. No lo había hecho, y ahora estaba pagando por ello, y Lobo también. Ya no se oían gemidos amortiguados procedentes del saco. ¿Estaría ahogándose? ¿O habría muerto ya?

Torak le rogó a Renn que abriera el saco y dejara entrar un poco de aire.

—No es necesario —repuso ella sin darse la vuelta—. Noto cómo se retuerce.

Torak apretó los dientes y continuó a trompicones. Tenía que encontrar alguna forma de escapar.

Oslak estaba detrás de él, pero Hord iba justo delante. Éste debía de tener unos diecinueve veranos y era fornido y guapo, aunque demostraba tanta arrogancia como inseguridad, pues se le veía dispuesto a ser el primero, pero temeroso de llegar en segundo lugar. Su ropa estaba bien hecha y era de colores vivos: el jubón y las calzas estaban cosidos con tendones trenzados y teñidos de rojo, y ribeteados con alguna clase de piel de ave con tintura verde. Sobre el pecho llevaba un magnífico collar de dientes de ciervo.

Torak estaba intrigado. ¿Por qué iba a querer un cazador lucir tantos colores? Además, el collar tintineaba, que era lo último que a uno le convenía.

Renn tenía unas facciones parecidas a las de Hord, y Torak se preguntó si serían hermanos, aunque ella era cuatro o cinco veranos más joven. Los tatuajes de clan de Renn —tres finas franjas de un negro azulado en los pómulos— se veían con claridad sobre la pálida piel y le daban una expresión de perspicacia y desconfianza. Torak supuso que no le pediría ayuda a ella.

El jubón y las calzas de ante de Renn estaban sucios, pero el arco y el carcaj eran

preciosos, y las flechas estaban hábilmente empendoladas con plumas de búho para que su trayectoria fuese silenciosa. En los dos primeros dedos de la mano izquierda, la chica llevaba unas protecciones de cuero, y en el antebrazo derecho una muñequera de pizarra verde pulida atada con cintas. Torak sospechó que la gente que vivía de lo que cazaba con su arco llevaba esa clase de adornos.

«Eso es lo que le importa a ella —se dijo—, y no la ropa elegante, como a Hord.»

Pero ¿de qué clan era Renn? La chica, al igual que Hord y Oslak, llevaba cosida en el lado izquierdo del jubón la piel de la criatura de su clan: una franja de plumas negras. ¿De cisne? ¿De águila? Como las plumas estaban demasiado hechas jirones, Torak no supo decir de qué eran.

Anduvieron toda la mañana sin detenerse para comer ni beber, cruzaron valles cenagosos atiborrados de álamos temblones que no paraban de parlotear, y ascendieron colinas ensombrecidas por pinos siempre alertas. Cuando Torak pasó por debajo de ellos, los árboles suspiraron quejumbrosos, como si ya lamentaran su muerte.

Unas nubes oscurecieron el sol, y Torak se desorientó. Llegaron a una cuesta en que el suelo del Bosque era desigual a causa de unos hormigueros altos hasta la cintura, y como las hormigas rojas que los construían sólo lo hacían en el lado sur de los árboles, Torak dedujo que se dirigían al oeste.

Por fin se detuvieron junto a un arroyo para beber.

—Vamos muy despacio —refunfuñó Hord—. Tenemos que cruzar un valle entero antes de llegar al Río del Viento.

Torak aguzó los oídos. A lo mejor se enteraba de algo que le resultaba útil, pero Renn se dio cuenta de que estaba escuchando.

—El Río del Viento —le explicó ella despacio, como si hablara con un bebé— está hacia el oeste, en el próximo valle. Es donde acampamos en otoño. Y a un par de días de camino hacia el norte está el Río Ancho, donde acampamos en verano. Por los salmones. Son unos peces. A lo mejor has oído hablar de ellos.

Torak sintió que se ruborizaba. Pero ahora sabía adónde se dirigían: al campamento de otoño de sus captores. Sonaba mal. Un campamento significaría más gente, y menos oportunidades de escapar.

Mientras caminaban, el sol se hundía cada vez más y los captores de Torak estaban también cada vez más nerviosos y se detenían con frecuencia a escuchar y a mirar en torno a sí. El muchacho supuso que conocían la existencia del oso. Quizá por eso habían adoptado esa medida tan insólita de «poseer» presas, porque empezaban a escasear; el oso las estaba ahuyentando.

Descendieron a un gran valle de robles, fresnos y pinos, y no tardaron en llegar a un ancho río plateado. Ése debía de ser el Río del Viento.

De pronto Torak olió a humo de leña. Estaban acercándose al campamento.

8



Mientras los cuatro cruzaban el río a través de un puente de madera, Torak se quedó mirando las aguas que se deslizaban y consideró la posibilidad de saltar a ellas. Pero tenía las manos atadas. Se ahogaría. Además, no podía dejar a Lobo.

A unos diez pasos río abajo, los árboles daban paso a un claro. Torak olió a humo de pino y a sangre fresca, y vio cuatro grandes refugios de piel de reno, distintos de los que había visto hasta entonces, y un número apabullante de personas, todas ellas muy atareadas y que hasta entonces no se habían percatado de la presencia del chico. Con una claridad nacida del miedo, captó cada detalle.

En la ribera del río, dos hombres despellejaban un oso colgado de un árbol. Como ya le habían rajado el vientre, habían enfundado los cuchillos y estaban arrancándole el pellejo a mano, para evitar rasgarlo. Ambos llevaban el pecho desnudo y delantales de piel de pescado sobre las calzas. Daban miedo: eran muy fuertes y tenían abultadas cicatrices que les recorrían los musculosos brazos. La sangre goteaba lentamente del cuerpo del animal y caía en un balde de corteza de abedul.

En la parte menos profunda del río, dos jovencitas con túnicas de ante soltaban risitas mientras lavaban las tripas del oso, al tiempo que tres niños pequeños hacían con gesto solemne tortas de barro y les clavaban ramitas de sicómoro. Había dos bonitas canoas de cuero fuera del agua, y la tierra en torno a ellas estaba reluciente de escamas de pez. Un par de perros grandotes rondaban por ahí en busca de sobras.

En medio del claro, cerca de un gran fuego de leña de pino, había un grupo de mujeres sentadas en esteras de rama de sauce, que hablaban suavemente mientras pelaban avellanas y picaban de una cesta de bayas de enebro. Ninguna se parecía en nada a Hord ni a Renn; Torak se preguntó por un momento si, al igual que él, ambos habrían perdido a sus padres.

Algo apartada de las mujeres, una anciana ponía puntas de flecha insertando astillas de sílex finas como agujas en los astiles, y luego las fijaba con una pasta hecha de sangre de pino y cera de abejas. En la pechera del jubón, la anciana llevaba cosido un amuleto redondo de hueso en el que había grabada una espiral. Al ver el amuleto, Torak pensó que debía de ser la hechicera del clan. Pa le había hablado de los magos: gente que puede curar la enfermedad, soñar dónde se esconde una presa o qué tiempo va a hacer. Pero daba la sensación de que aquella anciana podía hacer

cosas mucho más peligrosas que ésas.

Junto al fuego, una muchacha muy guapa se inclinaba sobre un pellejo de cocinar. El vapor le ondulaba el cabello mientras utilizaba un palo ahorquillado para dejar caer en el interior del pellejo piedras al rojo vivo. El sabroso olor de lo que estaba cocinando provocó que a Torak se le hiciera la boca agua.

Cerca de ella, un hombre algo mayor estaba arrodillado ensartando un par de liebres en un palo. Al igual que Hord, tenía el pelo castaño rojizo y una corta barba roja, pero ahí acababa el parecido. De su rostro emanaban una calma y una presencia tan marcadas que Torak pensó en la piedra tallada. Olvidó el olor a comida, y supo, sin que se lo dijeran, que ese hombre era quien ejercía el poder.

Oslak le soltó las ataduras a Torak y lo empujó hacia el claro.

Los perros se incorporaron de un salto ladrando con ferocidad. Pero la anciana hizo un gesto con la palma de la mano, como si cortara, y los dos se calmaron y solamente profirieron gruñidos. Todo el mundo se quedo mirando a Torak. Todo el mundo excepto el hombre junto al luego, que siguió ensartando tranquilamente las liebres. Cuando hubo acabado, se frotó las manos en el polvo y se incorporó para esperar en silencio a que ellos se acercaran.

La muchacha guapa miró a Hord y esbozó una tímida sonrisa.

—Te he guardado un poco de caldo —dijo.

Torak sospechó que o era su compañera, o bien deseaba serlo.

Renn se volvió hacia Hord y puso los ojos en blanco.

—Dyrati te ha guardado un poco de caldo —se burló.

«Decididamente es su hermana», pensó Torak.

Hord las ignoró a ambas y se acercó a hablar con el hombre junto al fuego. Le contó rápidamente lo que había pasado. Torak advirtió que hacía ver que había sido él, en vez de Oslak, quien había pillado al «ladrón». No pareció que a Oslak le importara, pero Renn le dirigió a su hermano una agria mirada.

Entretanto, los perros habían olido a Lobo. Con el pelo del lomo erizado, avanzaron hacia Renn.

—¡Atrás! —ordenó ella. La obedecieron. Renn se agachó para entrar en el refugio más cercano y volvió a salir con un rollo de cuerda de corteza trenzada. Ató un extremo en torno al cuello del saco que contenía a Lobo, arrojó el otro por encima de la rama de un roble e izó el saco bien alto, fuera del alcance de los perros.

«Y fuera de mi alcance», se percató Torak.

Ahora, ni siquiera podría escapar aunque tuviera la oportunidad de hacerlo. No se iría sin Lobo.

Renn captó su mirada y le dirigió una irónica sonrisa.

Él la miró con cara de pocos amigos, pero por dentro estaba muerto de miedo.

Hord había acabado de hablar. El hombre que estaba junto al fuego asintió una sola vez con la cabeza, y esperó a que Oslak empujara a Torak hacia él. Tenía los ojos de un color azul intenso y casi no parpadeaba; unos ojos llenos de vida en aquel

rostro impenetrable. A Torak se le hizo difícil mirarlos, pero más difícil aún apartar la mirada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre en un suave tono de voz que por el hecho de ser tan suave daba más miedo todavía.

Torak se lamió los labios.

—Torak… ¿Y tú? —Pero ya se lo imaginaba.

Fue Hord quien contestó.

—Es Fin-Kedinn, jefe del Clan del Cuervo. Y tú, miserable canalla, deberías aprender a mostrar más respeto.

Fin-Kedinn hizo callar a Hord con una mirada, y se volvió hacia Torak.

—¿De qué clan eres?

—Lobo —respondió alzando la barbilla.

—Pues vaya sorpresa —comentó Renn, y varios de los presentes se rieron.

Fin-Kedinn no fue uno de ellos. Ni por un instante apartó los intensos ojos azules de la cara de Torak.

—¿Qué estás haciendo en esta parte del Bosque?

—Me dirijo hacia el norte —contestó Torak.

—Ya le he dicho que esta parte nos pertenece ahora a nosotros —intervino rápidamente Hord.

—¿Cómo iba yo a saberlo? —preguntó Torak—. No estuve en la reunión de los clanes.

—¿Por qué no? —quiso saber Fin-Kedinn.

Torak no respondió.

Los ojos del jefe de los Cuervos taladraron los del muchacho.

—¿Dónde está el resto de tu clan?

—No lo sé —contestó Torak con sinceridad—. Nunca he vivido con ellos. Vivo… vivía… con mi padre.

—¿Dónde está?

—Muerto. Lo mató… un oso.

Se propagó un siseo entre los que observaban. Algunos miraron temerosos hacia atrás, otros se llevaron una mano a la piel de su criatura del clan, o hicieron la señal con la mano para conjurar el mal. La anciana dejó sus flechas y se acercó a ellos.

El rostro de Fin-Kedinn no traslució emoción alguna.

—¿Quién era tu padre?

Torak tragó saliva. Sabía, como también debía de saberlo Fin-Kedinn, que está prohibido pronunciar el nombre de una persona muerta durante cinco veranos después de su muerte. Sólo se puede hacer referencia a ella nombrando a sus padres. Pa apenas le había hablado de su familia, pero Torak conocía sus nombres y sabía de dónde procedían. La madre de Pa había sido del Clan de la Foca; el padre, del Clan del Lobo. Torak reveló los nombres de ambos.

La expresión del reconocimiento es una de las más difíciles de ocultar. Ni siquiera

Fin-Kedinn logró disimularla del todo.

«Conocía a Pa», se dijo Torak, aterrado.

Pero ¿cómo? Pa nunca le había mencionado a Fin-Kedinn ni al Clan del Cuervo. ¿Qué significaba eso?

Observó a Fin-Kedinn, que se pasó lentamente el pulgar por el labio inferior. Era imposible saber si el padre de Torak había sido su mejor amigo o su mayor enemigo.

Por fin habló Fin-Kedinn:

—Repartid las cosas del chico entre todos —le dijo a Oslak—. Después, llevadlo río abajo y matadlo.

9



A Torak se le doblaron las rodillas.

—¿Có… cómo? —jadeó—. ¡Si ni siquiera sabía que el corzo era vuestro! ¿Cómo puedo ser culpable si no lo sabía?

—Es la ley —repuso Fin-Kedinn.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por que tú lo digas?

—Porque los clanes dicen que es así.

Oslak apoyó una pesada mano en el hombro de Torak.

—¡No! —exclamó el chico—. ¡Escuchadme! Decís que es la ley, pero… existe otra ley, ¿no es así? —Cogió aliento—. El juicio por combate. Lu… luchemos para decidirlo. —No estaba seguro de si lo había entendido bien, pues Pa lo había mencionado tan sólo una vez cuando le enseñaba las leyes de los clanes, pero Fin-Kedinn aguzó la mirada—. Tengo razón, ¿verdad? —insistió Torak esforzándose por aguantar la mirada del jefe de los Cuervos—. Tú no estás convencido de que sea culpable porque no tienes la seguridad de que yo supiera que el corzo era vuestro. De manera que vamos a luchar. Tú y yo. —Tragó saliva—. Si gano, soy inocente. Viviré. Quiero decir, yo y el lobo. Si pierdo, los dos moriremos.

Varios hombres soltaron risillas, y una mujer se daba golpecitos con un dedo en la frente y negaba con la cabeza.

—Yo no lucho con críos —dijo Fin-Kedinn.

—Pero está en lo cierto, ¿no? —intervino Renn—. Es la ley más antigua de todas. Tiene derecho a luchar.

—Yo pelearé con él —se ofreció Hord dando un paso adelante—. Mi edad es más cercana a la suya. Será más justo.

—No mucho más —repuso secamente Renn.

Estaba apoyada contra el árbol del que se hallaba suspendido Lobo. Torak vio que Renn había aflojado un poco el cuello del saco, de modo que sobresalía la cabeza del animal. Tenía aspecto desaliñado, pero miraba con curiosidad a los dos perros que estaban debajo babeando.

—¿Qué dices entonces, Fin-Kedinn? —intervino la hechicera—. El chico tiene razón. Déjalos luchar.

Fin-Kedinn miró a los ojos a la anciana, y por un momento pareció que se

entablaba entre ellos una batalla de voluntades. Pero él dijo que sí con la cabeza, despacio.

Torak sintió una oleada de alivio.

Todo el mundo pareció excitarse ante la perspectiva de una pelea. Se pusieron a hablar en corrillos pateando el suelo y exhalando vaho en el gélido aire de la tarde.

Oslak le arrojó a Torak el cuchillo de Pa.

—Vas a necesitarlo. Y una lanza y un brazal.

—¿Un qué? —preguntó Torak.

El hombretón se rascó la cicatriz donde había estado la oreja.

—Sabes cómo se lucha, ¿no?

—No —repuso Torak.

Oslak puso los ojos en blanco. Se dirigió al refugio más cercano y volvió con una lanza de madera de fresno, que acababa en una dañina punta de basalto, y con algo similar a un pedazo de piel de reno de triple grosor.

Torak cogió la lanza con cierta vacilación y observó perplejo cómo Oslak le ataba la piel curtida en torno al antebrazo derecho. Le pareció tan pesada y rígida como una pierna de venado, y se preguntó qué se suponía que debía hacer con ella.

Oslak indicó con la cabeza el vendaje en el otro brazo de Torak y esbozó una mueca.

—Al parecer tienes pocas posibilidades de ganar.

«Bien pocas», pensó Torak.

Cuando había sugerido un combate, había pensado en una lucha con asaltos, quizá utilizando el cuchillo, que era la clase de pelea que él y Pa habían practicado con bastante frecuencia, pero sólo por diversión. Estaba claro que para los Cuervos un combate significaba otra cosa. Torak se preguntó si habría reglas especiales y si daría la impresión de flaqueza por su parte preguntar cuáles eran.

Fin-Kedinn atizó el fuego, del que volaron chispas. Torak lo observó a través de una resplandeciente bruma de calor.

—Sólo hay una regla —dijo Fin-Kedinn, como si le hubiese adivinado el pensamiento a Torak—. No puedes utilizar fuego. ¿Entendido? —Su mirada se clavó en los ojos del chico, y se la mantuvo.

Torak asintió firmemente. No poder utilizar fuego era la última de sus preocupaciones. Torak vio cómo le ponían el brazal a Hord, que estaba detrás de Fin-Kedinn. El joven se había quitado el jubón y parecía gigantesco y terriblemente fuerte. Torak decidió no quitarse su jubón. No hacía falta poner de relieve el contraste.

Se desató todo lo que llevaba en el cinturón y lo dejó en un montón en el suelo. Luego se ató un pedazo de hierba trenzada en la frente para impedir que el cabello se le metiera en los ojos. Como tenía las manos resbaladizas de sudor, se agachó y se las frotó en el polvo.

Alguien lo tocó en el hombro, y eso le hizo dar un respingo.

Era Renn. Sostenía un cuenco de corteza de abedul.

Torak lo cogió, agradecido, y bebió de él. Se sorprendió al ver que contenía jugo de bayas de saúco, ácido y fortalecedor.

Renn advirtió su sorpresa y se encogió de hombros.

—Hord ha bebido un trago. Es justo que tú lo hagas. —Señaló un balde junto al fuego—. Ahí tienes agua si la necesitas.

—No creo que la cosa dure tanto —dijo Torak devolviéndole el cuenco.

—¿Quién sabe? —titubeó Renn.

Se hizo el silencio. Los espectadores formaron un anillo en torno al borde del claro; Torak y Hord se hallaban en el centro, cerca del fuego. No hubo formalidades. El combate había dado comienzo.

Con recelo, describieron círculos uno frente al otro.

Pese a su gigantesco tamaño, Hord se movía con la elegancia de un lince, flexionando las rodillas y cambiando la posición de los dedos sobre el cuchillo y sobre la lanza. Tenía el rostro tenso, pero le asomaba a los labios una leve sonrisa. Le encantaba ser el centro de atención.

A Torak no le gustaba serlo. El corazón le latía con fuerza contra las costillas. Oía vagamente a los espectadores animar a gritos a Hord, pero sus voces sonaban amortiguadas, como si estuviera bajo el agua.

La lanza de Hord arremetió contra el pecho de Torak, y él la esquivó a tiempo. Sintió que el sudor empezaba a perlarle la frente.

Torak intentó hacer el mismo movimiento, confiando en que no pareciera que imitaba a Hord.

—¡No va a servirte de mucho que te limites a copiar! —exclamó Renn.

A Torak se le encendió el rostro.

Él y Hord se movían más rápido ahora. En determinados puntos, el terreno estaba resbaladizo por la sangre del oso que había caído. Torak resbaló y estuvo a punto de caerse.

El chico no tenía esperanzas de ganar por la fuerza, así que tendría que utilizar el ingenio. Pero sólo conocía dos trucos de combate y no los había practicado más que unas cuantas veces.

«Pues ahí va», se dijo, temerario. Arremetió con la lanza contra el cuello de Hord. Como era de prever, el brazo protegido de éste se alzó para detenerla. Torak trató entonces de asestarle un rápido golpe bajo al vientre, pero Hord lo paró con alarmante facilidad, y la lanza de Torak se deslizó por el brazal de su contrincante sin causarle daño alguno.

«Ése lo conocía», pensó Torak. Con cada movimiento resultaba más obvio que Hord era un luchador experimentado.

—¡Vamos, Hord! —exclamó un hombre—. ¡Tíñele la piel de rojo!

—Dadme tiempo —contestó Hord con una mueca de desprecio en los labios.

Hubo una oleada de risas.

Torak puso a prueba su segundo truco: fingiendo una total incompetencia —lo cual no le fue muy difícil— se lanzó como un loco y dejó que Hord le viera por un instante el pecho al descubierto para tentarlo. Hord mordió el anzuelo, pero cuando arremetió con la lanza, Torak blandió el brazo protegido para interceptarla. La punta de la lanza de Hord se hundió en el grueso brazal de piel, y a punto estuvo de derribar a Torak, pero éste se las apañó para seguir con su plan de torcer con rapidez el brazo protegido y levantarlo bruscamente. De tal manera que el asta de la lanza de Hord se partió en dos. Los espectadores se lamentaron, y Hord retrocedió tambaleante, sin lanza.

Torak estaba perplejo, pues no había confiado en que diera resultado.

Hord se recuperó con rapidez. Abalanzándose, atacó con su cuchillo contra la mano armada de Torak. Éste gritó cuando el sílex se la desgarró entre el índice y el pulgar. Perdió pie y dejó caer la lanza. Hord volvió a atacar. Torak tuvo el tiempo justo de rodar sobre sí mismo y ponerse apresuradamente en pie.

Los dos se habían quedado sin lanza y ambos tenían que recurrir al cuchillo.

Para descansar un poco, Torak se puso detrás del fuego. Respiraba agitadamente, y la mano herida le palpitaba. El sudor le empapaba los costados. Lamentó con amargura no haber imitado a Hord quitándose el jubón.

—¡Date prisa, Hord! —chilló una mujer—. ¡Acaba con él!

—¡Vamos, Hord! —gritó un hombre—. ¿Es eso lo que te enseñaron en el Bosque Profundo?

En esos momentos, sin embargo, no todos los vítores eran para Hord, sino que había algún que otro grito de ánimo para Torak, aunque él sospechaba que se trataba menos de un sincero apoyo que de grata sorpresa porque estaba resistiendo más de lo que esperaban.

Él sabía que no aguantaría mucho, pues se cansaba enseguida y ya no le quedaban más trucos. Hord estaba haciéndose con el control.

«Lo siento, Lobo —se dijo pensando en el lobezno—. No creo que consigamos salir de ésta.»

Por el rabillo del ojo, vislumbró al animal que se retorcía y gimoteaba entre la bruma de su propio aliento en lo alto del árbol.

«¿Qué está pasando? —preguntaba—. ¿Por qué no vienes a liberarme?» Torak dio un salto para esquivar una cuchillada dirigida a su cuello.

«Concéntrate —se dijo con severidad—. Olvídate de Lobo.»

Y sin embargo… algo le daba vueltas en la cabeza; algo con respecto a Lobo. ¿Qué era?

Volvió a echarle un vistazo al lobezno, que aullaba en el árbol entre la nubecilla de vapor producida por su respiración.

«No puedes utilizar fuego», había dicho Fin-Kedinn.

De pronto la mente de Torak se despejó, y él supo lo que tenía que hacer. Fingiendo arremetidas, se fue trasladando hacia un lado hasta que puso una vez más

el fuego entre su contrincante y él.

—¿Escondiéndote otra vez? —se burló Hord.

Torak indicó con la cabeza el balde de corteza de abedul con el agua.

—Quiero echar un trago. ¿Te parece bien?

—Bueno, si tienes que hacerlo, niño.

Con la mirada fija en Hord, Torak se agachó y cogió agua con la mano para bebería. Lo hizo despacio, para hacer creer a Hord que tramaba algo con el balde de agua, y para distraer su atención del pellejo de cocinar que burbujeaba en el fuego.

Funcionó. Hord se acercó más al fuego y se inclinó sobre él para intimidar a Torak.

—¿Quieres echar un trago tú también? —preguntó Torak todavía agachado.

Hord soltó un bufido de desprecio.

De repente Torak arremetió, pero esta vez contra el pellejo de cocinar. Hundiendo su cuchillo en la dura piel, lo volcó y vertió caldo hirviendo sobre las ardientes brasas. Siseantes nubes de vapor se elevaron hacia la cara de Hord.

Los espectadores profirieron gritos ahogados. Torak aprovechó la oportunidad y se lanzó contra la muñeca de su adversario. Cegado, Hord aulló de dolor y dejó caer el cuchillo. Torak lo apartó de un puntapié y luego se abalanzó sobre Hord y lo hizo caer al suelo.

Mientras Hord yacía sin aliento, Torak se montó a horcajadas sobre el pecho de su adversario y le inmovilizó los brazos con las rodillas. Durante un furioso instante, la mente de Torak se nubló de rojo y sintió el insistente deseo de matar. Agarró a Hord del cabello rojo oscuro y le golpeó la cabeza contra el suelo.

Entonces sintió unas fuertes manos en los hombros que lo apartaban.

—Ya basta —dijo Fin-Kedinn detrás de él.

Torak se retorció bajo las manos del jefe. Hord se puso en pie de un salto y se precipitó hacia su cuchillo. Jadeantes y furiosos, se miraron el uno al otro.

—He dicho que se acabó —dijo con brusquedad Fin-Kedinn.

Se desató el caos entre los espectadores porque no creían en absoluto que la lucha hubiera terminado.

—¡Ha hecho trampa! Ha usado fuego.

—¡No, ha ganado limpiamente!

—¿Quién sabe? Tendrán que volver a luchar.

Tanto Torak como Hord parecieron horrorizarse ante esa posibilidad.

—El chico ha vencido —concluyó Fin-Kedinn, y soltó a Torak.

Torak se sacudió y se enjugó el sudor de la frente mientras observaba a Hord envainar de nuevo su cuchillo. Hord estaba furioso, aunque se hacía difícil decir si lo estaba consigo mismo o con Torak. Dyrati le puso una mano en el brazo, pero él la rechazó, enfadado, se abrió paso por entre la gente y se metió en uno de los refugios.

Ahora que la sed de sangre lo había abandonado, Torak se percató de que estaba tembloroso y mareado. Enfundó el cuchillo y miró alrededor en busca de sus cosas.

Entonces vio a Fin-Kedinn que lo contemplaba.

—Has roto la regla —le dijo con tranquilidad el jefe de los Cuervos—. Has utilizado fuego.

—No, no es verdad —repuso Torak. Aparentaba mucha más confianza en sí mismo de la que sentía—. No he utilizado fuego; he utilizado vapor.

—Habría preferido —dijo Fin-Kedinn— que usaras agua en lugar de caldo. Ha sido un desperdicio de un buen alimento.

Torak no contestó.

Fin-Kedinn lo escudriñó, y por un instante le relucieron los azules ojos con un brillo de diversión.

Oslak se abrió paso para llegar hasta ellos llevando en los brazos el saco que contenía a Lobo.

—¡Toma, aquí tienes a este lobezno tuyo! —exclamó, y le arrojó el saco a Torak con tal fuerza que lo hizo trastabillar.

Lobo se retorció y lamió la barbilla de Torak, y al mismo tiempo le explicó lo espantosamente mal que lo había pasado. Torak quiso decirle algo consolador, pero se contuvo. Sería una estupidez meter la pata en esos momentos.

—La ley es la ley —declaró Fin-Kedinn con energía—. Has ganado. Eres libre de marcharte.

—¡No! —exclamó una voz femenina, y todas las cabezas se volvieron. Era Renn, que corría hacia ellos—. ¡No puedes dejarlo marchar!

—Acaba de hacerlo —repuso Torak—. Ya lo has oído. Soy libre.

—No podemos dejarlo marchar —dijo Renn a su tío—. Esto es demasiado importante. Podría tratarse de… —Se llevó a un lado a Fin-Kedinn para hablarle en urgentes susurros.

Torak no consiguió captar lo que decía, pero, horrorizado, vio que otras personas se acercaron a escuchar. La hechicera frunció el entrecejo y asintió. Hasta Hord emergió de su refugio, y cuando oyó lo que estaban diciendo, le dirigió a Torak una mirada extraña, cautelosa.

Fin-Kedinn estudió a Renn, pensativo.

—¿Estás segura de lo que dices?

—No lo sé —respondió ella—. Quizá lo sea. Quizá no. Necesitamos tiempo para descubrirlo.

—¿Qué te hace sospechar que…? —preguntó Fin-Kedinn mesándose la barba.

—La forma en que ha vencido a Hord. Y he encontrado esto entre sus cosas. —Abrió la palma, y Torak vio en ella su silbato de hueso de urogallo; la chica le preguntó—: ¿Para qué lo usas?

—Para llamar al lobezno —contestó Torak.

Renn sopló en el silbato, y Lobo se retorció en los brazos de Torak. Un estremecimiento de inquietud recorrió a la gente. Renn y Fin-Kedinn intercambiaron miradas.

—No produce ningún sonido —le dijo Renn a Torak con tono acusador.

Torak no respondió. Se percató con un respingo de que ella no tenía los ojos azul claro como su hermano, sino negros; negros como el carbón. Y se preguntó si también sería una hechicera.

—No podemos dejarlo marchar hasta que lo sepamos seguro —afirmó Renn volviéndose hacia Fin-Kedinn.

—Tiene razón —dijo la hechicera—. Sabes lo que dice tan bien como yo. Todo el mundo lo sabe.

—¿Lo que dice qué? —quiso saber Torak con tono suplicante—. ¡Fin-Kedinn, hemos hecho un pacto! Hemos dicho que si ganaba el combate, Lobo y yo seríamos libres de marcharnos.

—No —repuso Fin-Kedinn—; lo que hemos dicho ha sido que viviríais. Y así será. Al menos por ahora. Oslak, átalo otra vez.

—¡No! —gritó Torak.

—Has dicho que a tu padre lo mató un oso —dijo Renn levantando la barbilla—. Conocemos la existencia de ese oso, y algunos de nosotros incluso lo han visto. —Junto a ella, Hord se estremeció y empezó a morderse la uña del pulgar—. Llegó hace una luna —prosiguió Renn en voz baja—. Igual que una sombra, oscureció el Bosque y mató gratuitamente; mataba incluso a otros cazadores: lobos, linces… Era como si… como si anduviera en busca de algo. —Hizo una pausa—. Pero hace trece días desapareció. Un corredor del Clan del Jabalí le siguió la pista hacia el sur. Creímos que se había marchado, de modo que le dimos las gracias al guardián de nuestro clan. —Tragó saliva—. Pero ha vuelto. Ayer nuestros exploradores volvieron del oeste. Encontraron muchísimos animales muertos, que llegaban hasta la orilla misma del mar. Los del Clan de la Ballena les contaron que hace tres días se llevó a un niño.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —comentó Torak pasándose la lengua por los labios.

—Hay una Profecía en nuestro clan —continuó Renn como si él no hubiese hablado—: «Una sombra asola el Bosque. Nadie puede contra ella…» —Se interrumpió y frunció el entrecejo.

—«Entonces llega El Que Escucha —continuó la hechicera en su lugar—. Lucha con aire y habla con silencio.» —La mirada de la mujer se posó en el silbato que reposaba en la mano de Renn.

Todo el mundo callaba mientras miraban a Torak.

—Yo no soy ese El Que Escucha del que habláis —dijo el chico.

—Creemos que podrías serlo —respondió la hechicera.

Torak recordó la Profecía: «El Que Escucha… lucha con aire…» Era lo que él acababa de hacer: había utilizado vapor.

—¿Y qué le pasa? —preguntó en voz baja—. ¿Qué le pasa a El Que Escucha en la Profecía? —Pero tenía la terrible sensación de que ya lo sabía.

El silencio en el claro se hizo más intenso aún. La mirada de Torak fue desde los

rostros atemorizados que lo rodeaban hasta el cuchillo de sílex que Oslak llevaba en el cinturón. Miró también el reluciente cuerpo del oso que pendía del árbol y la oscura sangre que goteaba en el balde debajo del animal. Sintió clavada en él la mirada de Fin-Kedinn y se dio la vuelta para enfrentarse a aquellos ardientes ojos azules.

—«El Que Escucha —citó Fin-Kedinn— le entrega la sangre de su corazón a la Montaña. Y la sombra es aplastada.» La sangre de su corazón.

Bajo el árbol, la sangre goteaba suavemente en el balde.

Una gota, y otra, y otra más…

10



—¿Qué vais a hacerme? —preguntó Torak cuando Oslak le ató las muñecas a la espalda y luego al poste que sostenía el techo—. ¿Qué vais a hacer?

—No tardarás en saberlo —repuso Oslak—. Fin-Kedinn quiere que quede resuelto antes del amanecer.

«El amanecer», pensó Torak.

Miró hacia atrás y vio a Oslak, que ataba a un reacio Lobo al mismo poste con una corta correa de pellejo sin curtir. A Torak empezaron a castañetearle los dientes.

—¿Quién decide qué ha de pasarme? ¿Por qué no puedo estar presente para defenderme? ¿Quién es toda esa gente alrededor del fuego?

—¡Ay! —exclamó Oslak, y se chupó el dedo mordido—. Fin-Kedinn envió corredores para convocar una reunión de los clanes en la que hablar del oso. Ahora están decidiendo también qué hacer contigo.

Torak inspeccionó a las figuras encorvadas en torno al fuego: eran entre veinte y treinta hombres y mujeres, cuyos rostros, iluminados por las llamas, se mostraban severos. No le pareció que tuviera muchas posibilidades.

Al amanecer. De alguna forma, antes de que amaneciera, tenía que salir de ahí.

Pero ¿cómo? Estaba dentro de un refugio, atado a un poste, sin armas ni fardo; y aunque consiguiera escapar, el campamento se hallaba fuertemente vigilado, pues como ya había oscurecido, alrededor de él había surgido un anillo de hogueras, y unos hombres con lanzas y cuernos de corteza de abedul montaban guardia. Fin-Kedinn no quería correr riesgos con el oso.

Oslak le quitó las botas a Torak con sendos tirones y le ató los tobillos; luego se marchó llevándose consigo las botas.

Torak no oía lo que se decía en la reunión del clan, pero al menos podía ver a los asistentes, gracias a la extraña construcción del refugio de los Cuervos: el techo de piel de reno descendía en picado por detrás de él, pero por delante no había ninguna pared, sino tan sólo una viga transversal que parecía desviar el humo de la pequeña hoguera que restallaba justo delante de ella, pero impedía que saliera el calor de dentro.

En un esfuerzo por enterarse de lo que pasaba, Torak vio que varias personas se levantaban de una en una para hablar: un hombre de anchos hombros que sujetaba

una enorme hacha arrojadiza; una mujer de largo cabello de color de nuez, con un rizo en la sien tiznado de ocre rojizo; una chica de ojos muy abiertos con la cabeza extrañamente cubierta de arcilla amarilla para conferirle la dureza de la corteza de roble…

No veía a Fin-Kedinn, pero, algo apartada de los demás, la hechicera se hallaba en cuclillas en el polvoriento suelo observando a un cuervo grande y lustroso. El ave batía las alas sin temor y profería de vez en cuando graznidos poco amistosos.

A Torak le habría gustado saber si era el guardián del clan. ¿Qué le estaría diciendo a la hechicera? ¿Cómo tenían que sacrificarlo a él? ¿Lo destriparían como a un salmón o lo descuartizarían como a una liebre? Nunca había oído hablar de clanes que sacrificaran a la gente, excepto en el pasado muy remoto, en los malos tiempos que siguieron a la Gran Ola. Pero también era cierto que nunca había oído hablar del Clan del Cuervo.

«Fin-Kedinn quiere que quede resuelto antes del amanecer… El Que Escucha le entrega la sangre de su corazón a la Montaña…» ¿Habría sabido Pa lo de la Profecía? No, no podía ser. No habría enviado a la muerte a su propio hijo.

Y, sin embargo, había hecho jurar a Torak que encontraría la Montaña. Le había dicho: «No me odies más adelante por ello.» Más adelante. Cuando descubras ciertas cosas.

El hecho de sentir la áspera lengua del lobezno en las muñecas lo hizo volver al presente. A Lobo le gustaba el sabor del pellejo sin curtir. Torak experimentó una oleada de esperanza: si pudiera hacer que Lobo mordiera en lugar de lamer…

Precisamente cuando se estaba preguntando cómo expresar eso en la lengua de los lobos, un hombre se levantó de su lugar junto al fuego y cruzó el claro hacia él.

Era Hord.

Frenético, Torak le gruñó a Lobo que parase, pero éste estaba demasiado hambriento para darse cuenta y siguió lamiendo.

Sin embargo, Hord no estaba interesado en Lobo, así que permaneció en pie junto a la pequeña hoguera ante el umbral, mordiéndose la uña del pulgar y mirando furibundo a Torak.

—Tú no eres El Que Escucha —le espetó—; no puedes serlo.

—Pues díselo a los demás —contestó Torak.

—No necesitamos que un chico nos ayude a matar al oso. Podemos hacerlo nosotros. Yo lo haré. Seré yo quien salve a los clanes.

—No tendrías ni una sola posibilidad —repuso Torak. Notó que Lobo empezaba a mordisquear las ataduras de pellejo con los afilados incisivos y se quedó muy quieto para no distraerlo. Rogó por que Hord no mirase detrás del poste y viera lo que estaba haciendo Lobo.

Pero Hord parecía demasiado agitado para advertir algo así. Caminó de un lado para otro y luego se volvió hacia Torak.

—Tú lo has visto, ¿verdad? Has visto al oso.

Torak se sobresaltó.

—Por supuesto que lo he visto. Mató a mi padre.

Hord lanzó una mirada furtiva hacia atrás.

—Yo también lo he visto.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

Hord retrocedió, como si rechazara un golpe.

—Yo estaba en el sur, con el Clan del Ciervo Rojo. Estaba aprendiendo hechicería. —Indicó con un gesto de la cabeza a la anciana que hablaba con el cuervo —. Saeunn, nuestra hechicera, quiso que fuera. —Una vez más se mordió la uña del pulgar, que había empezado a sangrarle—. Estuve allí cuando atraparon al oso. Vi… vi cómo lo creaban.

Torak lo miró fijamente.

—¿Que viste cómo lo creaban? ¿Qué quieres decir?

Pero Hord se había ido.

Pasó la medianoche, la moribunda luna ascendió en el cielo y la reunión de los clanes todavía proseguía. Lobo continuaba lamiendo y mordisqueando el pellejo. Pero Oslak había apretado bien los nudos y no parecía que Lobo consiguiera deshacerlos entre sus mandíbulas.

«No pares —rogó silenciosamente Torak—. Por favor, no pares.»

Estaba demasiado asustado para tener hambre, pero se sentía magullado y agarrotado por la pelea con Hord y le dolían los hombros de estar atado tanto tiempo. Aunque Lobo lograra romper a mordiscos las ataduras de Torak, el chico no estaba seguro de que fuera a tener fuerzas para huir corriendo y escabullirse entre los guardias.

No paraba de pensar en lo que había dicho Hord: «Vi cómo lo creaban…»

Y había algo más: Hord había estado con el Clan del Ciervo Rojo, y la madre de Torak había pertenecido a ese clan. No la había conocido, pues había muerto siendo él pequeño, pero si los Cuervos tenían amistad con el clan de su madre, a lo mejor podía convencerlos de que lo dejaran marchar…

En el exterior unas botas restregaron el polvo. Rápido. No debían pillar a Lobo afanándose en las muñecas del chico.

Torak tuvo el tiempo justo de proferir un rápido «¡uff!» de advertencia, que por suerte Lobo obedeció, antes de que Renn apareciera en el umbral mordisqueando una pata de liebre asada.

La aguda mirada de la chica captó a Lobo, sentado inocentemente tras Torak, antes de que Renn se fijase en el muchacho, que la miró a su vez deseando que no se acercara más.

Torak indicó con la cabeza la reunión de los clanes y preguntó si se hallaba presente algún miembro del Clan del Lobo.

—No quedan muchos miembros del Clan del Lobo últimamente —respondió ella

—. De manera que no van a rescatarte, si es en eso en lo que estás pensando.

Torak no contestó. Acababa de dar un tirón de la cuerda que le ataba las muñecas y la había sentido ceder un poco, pues empezaba a estirarse, como le sucede al pellejo sin curtir cuando se moja. ¡Ojalá Renn se marchase!

Pero ella se quedó exactamente donde estaba.

—No hay nadie del Clan del Lobo —dijo con la boca llena—, pero hay muchas personas de otros clanes. Ése de ahí, Cabeza de Arcilla, es del Clan del Uro. Son gente del Bosque Profundo, que rezan muchísimo. Creen que es así como deberíamos lidiar con el oso: rezándole al Espíritu del Mundo. El hombre del hacha es del Clan del Oso, y quiere hacer un muro de fuego para conducir al oso hacia el mar. La mujer con sangre de tierra en el cabello es del Ciervo Rojo. No estoy segura de lo que piensa. Con esa gente resulta difícil saberlo.

Torak se preguntó por qué estaría hablando tanto Renn. ¿Qué quería? Fuera lo que fuese, decidió seguirle la corriente para desviar su atención de Lobo.

—Mi madre era del Ciervo Rojo —dijo Torak—. A lo mejor esa mujer es pariente mía. A lo mejor…

—Ella dice que no. No va a ayudarte.

—Los de tu clan tienen amistad con los del Ciervo Rojo, ¿no es así? —preguntó Torak después de pensar unos instantes—. Tu hermano me ha dicho que aprendió hechicería con ellos.

—¿Y?

—Me ha contado que vio cómo «creaban» al oso. ¿Qué ha querido decir?

Renn lo miró con los ojos entrecerrados y llenos de desconfianza.

—Necesito saberlo —insistió Torak—. El oso mató a mi padre.

Renn examinó detenidamente la pata de liebre.

—Los del Ciervo Rojo tuvieron adoptado a Hord. Sabes lo que significa adoptar a alguien, ¿no? —En su voz había un dejo de desprecio—. Es cuando vives una temporada con otro clan para hacer amigos, y quizá para encontrar pareja.

—He oído hablar de ello —respondió Torak. Tras él, sintió que Lobo volvía a husmearle las muñecas. Trató de ahuyentarlo con los dedos, pero no dio resultado.

«Ahora no —se dijo—. Por favor, ahora no.» —Estuvo con ellos durante nueve lunas —continuó Renn dando otro mordisco—. Son los mejores en hechicería en todo el Bosque. Por eso fue Hord. —Esbozó una mueca exenta de humor—. A Hord le gusta ser el mejor. —De pronto frunció el entrecejo—. ¿Qué está haciendo ese lobezno?

—Nada —contestó Torak demasiado rápido. Y forzó la voz para decirle a Lobo: «Vete, vete.» Lobo, por supuesto, no le hizo caso, y Torak se volvió de nuevo hacia Renn—. ¿Qué pasó entonces?

Renn le lanzó otra de aquellas miradas suyas.

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué estás tú hablando conmigo?

El rostro de Renn se volvió impenetrable. Era tan hábil como Fin-Kedinn en no dejar traslucir las emociones.

Pensativa, se quitó un pedacito de carne de entre los dientes.

—Hord no llevaba mucho tiempo con los del Ciervo Rojo —explicó— cuando llegó un extraño a su campamento. Un vagabundo del Clan del Sauce, tullido por un accidente de caza. O eso dijo al menos. Los del Ciervo Rojo lo acogieron. Pero… —titubeó, y de pronto pareció más pequeña y mucho menos confiada—. Él los traicionó, pues no era sólo un vagabundo, sino que sabía hechicería. Ese hombre buscó un lugar secreto en los bosques y conjuró a un demonio. Y después lo encerró en el cuerpo de un oso. —Hizo una pausa—. Hord lo descubrió, pero fue demasiado tarde.

Más allá del refugio, las sombras parecían haberse tornado más profundas. En el Bosque se oyó gañir a un zorro.

—¿Por qué? —preguntó Torak—. ¿Por qué hizo eso el… vagabundo?

—Quién sabe —contesto Renn moviendo negativamente la cabeza—. Quizá para tener una criatura que hiciera lo que a él se le antojara. Pero le salió mal. —La luz del fuego hacía relucir los oscuros ojos de Renn—. Una vez que el demonio estuvo dentro del oso, se volvió demasiado poderoso. Se liberó. Mató a tres personas antes de que los del Ciervo Rojo consiguieran alejarlo. Pero cuando lo lograron, el vagabundo tullido había desaparecido.

Torak guardó silencio. Los únicos sonidos que se oían eran el susurrar de los árboles en la brisa nocturna y el raspar de la lengua de Lobo al lamerle las ataduras de pellejo.

El lobezno pellizcó sin querer la piel de Torak con los dientes. El muchacho giró la cabeza y le soltó un brusco gruñido de advertencia.

Al instante Lobo retrocedió de un salto y esbozó una sonrisa de disculpa.

Renn soltó un grito ahogado.

—¡Puedes hablar con él!

—¡No! —exclamó Torak—. No, te equivocas.

—¡Te he visto! —La cara de Renn estaba más pálida que nunca—. De modo que es cierto. La Profecía es verdad. Tú eres El Que Escucha.

—¡No!

—¿Qué le estabas diciendo? ¿Qué estáis tramando?

—Ya te lo he dicho, no puedo…

—No voy a darte la oportunidad de hacerlo —susurró Renn—. No pienso dejar que conspiréis contra nosotros. Y tampoco lo permitirá Fin-Kedinn. —Sacó el cuchillo, cortó la correa de Lobo, lo cogió en brazos y echó a correr hacia la reunión de los clanes.

—¡Vuelve! —gritó Torak. Tironeó con fuerza de sus ataduras, pero éstas no cedieron. Lobo no había tenido tiempo de romperlas del todo.

Sintió una oleada de terror. Había puesto todas sus esperanzas en Lobo, y ahora

Lobo no estaba. No faltaba mucho para que amaneciera, pues los pájaros ya se agitaban en los árboles.

Una vez más tironeó de las cuerdas que le ceñían las muñecas, y una vez más éstas se mantuvieron firmes.

Al otro lado del claro, Fin-Kedinn y la anciana llamada Saeunn se pusieron en pie y echaron a andar hacia él.

11



—¿Cuánto sabes? —preguntó Fin-Kedinn.

—Yo no sé nada —respondió Torak mirando de reojo el cuchillo de hueso dentado, que el líder de los Cuervos llevaba en el cinturón—. ¿Vais a sacrificarme?

Fin-Kedinn no contestó. Él y Saeunn se hallaban en cuclillas a ambos lados del umbral, observándolo. Torak se sentía como una presa.

Tanteó detrás de sí en busca de algo, lo que fuera, que pudiese utilizar para cortar la cuerda de pellejo. Sus dedos encontraron tan sólo una estera de ramas de sauce, blanda e inservible.

—¿Cuánto sabes? —volvió a preguntar Fin-Kedinn.

Torak inspiró profundamente.

—Yo no soy ese El Que Escucha vuestro —repuso con toda la firmeza de que fue capaz—. No puedo serlo. Ni siquiera he oído hablar nunca de la Profecía. —Se preguntó, sin embargo, por qué estaría Renn tan segura. ¿Qué tenía que ver que hablara la lengua de los lobos?

Fin-Kedinn, cuyo rostro era tan impenetrable como siempre, miró hacia fuera, pero Torak vio cómo la mano del jefe de los Cuervos agarraba con fuerza el cuchillo.

Saeunn se inclinó hacia Torak y lo miró fijamente a los ojos. A la luz de la hoguera, el chico la vio de cerca. Nunca había conocido a alguien tan viejo. Por entre el escaso cabello blanco, el cuero cabelludo de la anciana brillaba como hueso pulido, y la cara era tan aguileña como la de un pájaro. Los años habían arrasado con todo sentimiento bondadoso para dejar tan sólo la feroz esencia del cuervo.

—Según dice Renn —lo acusó con aspereza—, puedes hablar con el lobo; eso es parte de la Profecía. La parte que no te hemos contado.

—Renn se equivoca —dijo mirándola—. Yo no puedo…

—No nos mientas —intervino Fin-Kedinn sin girar la cabeza.

Torak tragó saliva.

De nuevo tanteó detrás de sí. Y esa vez… ¡sí! Halló un pedazo minúsculo de sílex, no mayor que la uña de un pulgar; probablemente, lo había dejado caer alguien al afilar un cuchillo. Cerró los dedos sobre él. ¡Ojalá Fin-Kedinn y Saeunn regresaran a la reunión de los clanes! Así a lo mejor conseguía cortar la cuerda. Entonces podría averiguar adónde se había llevado Renn a Lobo, escurrirse agazapado entre los

guardias y…

Pero Torak fue presa del desánimo porque iba a hacerle falta muchísima suerte para lograr todo eso.

—¿Quieres que te cuente —dijo Saeunn— por qué eres capaz de hablar la lengua de los lobos?

—Saeunn, ¿qué sentido tiene que lo hagas? —preguntó Fin-Kedinn—. Estamos perdiendo el tiempo…

—Tenemos que contárselo —repuso la anciana. Entonces guardó silencio y se llevó un amarillento dedo, que semejaba una garra, al amuleto que le colgaba sobre el pecho y comenzó a acariciar la espiral.

Torak observó la garra, que trazaba una vuelta tras otra, y empezó a sentirse mareado.

—Hace muchos años —dijo la hechicera de los Cuervos—, tu padre y tu madre abandonaron su clan. Se marcharon para ocultarse de sus enemigos. Lejos, muy lejos, en el Bosque Profundo, entre las almas verdes de los árboles que hablan. —La garra de la hechicera seguía trazando la espiral y atraía a Torak hacia el pasado—. Tres lunas después de que tú nacieras —prosiguió Saeunn—, tu madre murió.

Fin-Kedinn se puso en pie, cruzó los brazos sobre el pecho y miró fijamente hacia la oscuridad.

Torak parpadeó, como si despertara de un sueño.

Saeunn ni siquiera miró en dirección a Fin-Kedinn. Su atención estaba totalmente centrada en Torak.

—Tú no eras más que una criatura —explicó Saeunn—. Tu padre no podía alimentarte. Habitualmente, cuando sucede algo así, el padre asfixia a su hijo para ahorrarle una muerte lenta por inanición. Pero tu padre encontró otro recurso: una loba con una carnada. Te dejó en su guarida. —Torak se esforzó en asumir lo que le contaba—. Pasaste tres lunas con la loba en la guarida. Tres lunas para aprender la lengua de los lobos.

Torak apretó con tanta fuerza el pedazo de sílex que se le clavó en la palma. Tenía la convicción de que Saeunn le estaba diciendo la verdad. Ése era el motivo de que pudiese hablar con Lobo. Ése era el motivo de la visión que había tenido al encontrar la guarida: los lobeznos que se revolcaban, la leche rica y grasa…

¿Cómo era posible que Saeunn lo supiera?

—No —dijo—. Esto es una trampa. Tú no podías saber eso. No estabas allí.

—Tu padre me lo contó —repuso Saeunn.

—No pudo haberlo hecho. Nunca nos acercábamos a la gente…

—¡Oh, pero lo hicisteis una vez! Hace cinco años. ¿No lo recuerdas? La reunión de los clanes junto al mar. —Torak notó que el corazón empezaba a latirle muy rápido—. Tu padre acudió allí para encontrarme, para hablarme de ti. —La garra de Saeunn se detuvo en el centro de la espiral—. Tú no eres como los demás —dijo entonces con su voz cascada de cuervo—. Tú eres El Que Escucha.

Una vez más, Torak apretó el puño con fuerza sobre el sílex.

—No… no puede ser. No lo comprendo.

—Por supuesto que no lo entiende —dijo Fin-Kedinn mirando hacia atrás, y se volvió hacia Torak—. Tu padre no te contó nada sobre quién eres. Tengo razón, ¿verdad?

Torak asintió con la cabeza.

El líder de los Cuervos guardó silencio unos instantes. Su rostro traslucía calma, pero Torak se percató de que detrás de la máscara de sus facciones se estaba librando una batalla.

—Sólo hay una cosa que es preciso que sepas —dijo entonces Fin-Kedinn—. Es la siguiente: no fue una casualidad que el oso atacara a tu padre, pues fue a causa de tu padre que el oso llegó a existir.

A Torak le dio un vuelco el corazón.

—¿A causa de mi padre?

—Fin-Kedinn… —advirtió Saeunn.

El líder de los Cuervos le dirigió a la hechicera una severa mirada.

—Has dicho que tenía que saberlo. Pues se lo estoy contando.

—Pero —intervino Torak— fue el vagabundo tullido quien…

—El vagabundo tullido —interrumpió Fin-Kedinn— era el peor enemigo de tu padre.

Torak volvió a hundirse contra el poste.

—Mi padre no tenía enemigos.

Al líder de los Cuervos le relucieron peligrosamente los ojos.

—Tu padre no era tan sólo un cazador más del Clan del Lobo. Era el hechicero de ese clan. —Torak se quedó sin respiración—. Tampoco te contó eso, ¿no es así? —preguntó Fin-Kedinn—. ¡Oh, sí, era el hechicero de los Lobos! Y él tuvo la culpa de que esa… criatura… esté asolando el Bosque.

—No —susurró Torak—. Eso no es cierto.

—Se ocupó de que tú no supieras nada de nada, ¿no es así?

—Fin-Kedinn —intervino Saeunn—, sólo trataba de protegerlo…

—¡Sí, y mira el resultado! —le espetó Fin-Kedinn—. ¡Un chico a medio crecer que no sabe nada! Y, sin embargo, me pides que crea que es el único que puede… —Se interrumpió en seco, e hizo un gesto negativo.

Siguió un tenso silencio. Fin-Kedinn inspiró profundamente.

—El hombre que creó al oso —le dijo a Torak en voz baja— lo hizo con un único propósito. Creó al oso para matar a tu padre.

El cielo se estaba iluminado en el este cuando Torak consiguió por fin cortar la cuerda que le ceñía las muñecas con el trocito de sílex. No había tiempo que perder. Fin-Kedinn acababa de volver a la reunión de los clanes con Saeunn, donde se había sumido en una acalorada discusión con los demás. En cualquier momento podían

llegar a una decisión y venir a por él.

Le supuso un gran esfuerzo cortar las ataduras de los tobillos. La cabeza le daba vueltas.

«Tu padre te dejó en la guarida de una loba… Era el hechicero de los Lobos… Fue asesinado…» La astilla de sílex estaba resbaladiza de sudor. Se le cayó. Volvió a buscarla a tientas. Al fin cortó la cuerda. Flexionó los tobillos y casi gritó de dolor. Las piernas le ardían por haberlas tenido encogidas tanto rato.

Peor aún era el dolor que sentía en el corazón. Pa había sido asesinado. Lo había asesinado el vagabundo tullido, que había creado al oso con el único objetivo de darle caza a él…

No era posible. Tenía que tratarse de un error.

No obstante, en lo más hondo, Torak sabía que era cierto. Recordaba la severidad en el rostro de Pa cuando yacía moribundo. «Pronto vendrá por mí», había dicho. Sabía lo que su enemigo había hecho y por qué había sido creado el oso.

Era demasiado duro para asimilarlo. Torak se sentía como si todo lo que él conocía hubiera quedado arrasado, como si se hallara en pie sobre un pedazo de hielo viendo cómo las grietas se extendían igual que rayos bajo sus pies.

El dolor en las piernas lo hizo volver bruscamente al presente. Trató de frotarlas para recuperar un poco la sensibilidad. Al estar descalzo tenía los pies fríos, pero no podía hacer nada porque no había logrado ver adónde se había llevado Oslak las botas.

De alguna forma, sin que lo vieran, tenía que salir del refugio y cruzar hasta los avellanos que bordeaban el claro. De alguna forma, tenía que eludir a los guardias.

Pero no podría hacerlo. Lo descubrirían. ¡Ojalá consiguiese encontrar alguna manera de distraerlos…!

En el otro extremo del campamento, un aullido solitario se elevó hacia el neblinoso aire del alba.

«¿Dónde estás? —se lamentó Lobo—. ¿Por qué me has abandonado esta vez?»

Torak se quedó paralizado. Oyó a los perros del campamento responder al aullido y vio que la gente de la reunión se levantaba de pronto para correr a investigar. Se dio cuenta de que Lobo le había dado una oportunidad.

Tenía que actuar deprisa. Salió precipitadamente del refugio y se internó en las sombras de los avellanos. Sabía lo que tenía que hacer, aunque lo detestara.

Debía dejar atrás a Lobo.

12



A causa del aire frío, a Torak le escocía la garganta mientras se abría paso a través de unos espesos sauces en dirección al río, y las piedras le hacían sangrar los pies desnudos. Apenas se daba cuenta.

Gracias a Lobo había escapado del campamento sin ser visto, pero no sería por mucho tiempo. Oyó tras él un profundo y resonante estruendo: cuernos de corteza de abedul estaban dando la alarma. Oyó también a hombres que gritaban y perros que aullaban. Los Cuervos iban en su busca.

Se deslizó por la ribera del río, entre las zarzas, hasta aterrizar con un chapoteo en un lecho de altos juncos. Hundido hasta la rodilla en el negro y gélido lodo, se cubrió la boca para impedir que el vaho del aliento lo delatara.

Por suerte, el viento soplaba a su favor, pero estaba empapado en sudor y todavía llevaba agarrada la cuerda de pellejo que le había sujetado los tobillos; los perros captarían fácilmente su aroma. No supo si tirarla o quedársela por si la necesitaba.

La confusión se arremolinaba en la mente de Torak como un río embravecido. No tenía botas, ni fardo, ni armas ni nada con que fabricarlas; sólo contaba con los conocimientos que poseía y con la destreza de sus manos. Si conseguía huir, ¿qué haría?

De pronto, imponiéndose al sonido de los cuernos, le llegó un aullido. «¿Dónde estás?» Al oírlo, las dudas de Torak se esfumaron. No podía dejar a Lobo. Tenía que rescatarlo.

Deseó poder aullarle en respuesta: «Ya voy. No tengas miedo, no te he abandonado», pero por supuesto no podía hacerlo. Los aullidos continuaron.

Se le estaban congelando los pies. Tenía que salir del río o estaría demasiado entumecido para correr. Pensó con rapidez.

Los Cuervos supondrían que iría al norte porque él había dicho que se dirigía allí cuando lo habían capturado; de manera que decidió hacer exactamente eso, al menos durante un rato, y luego volvería sobre sus pasos en dirección al campamento para encontrar alguna forma de llegar hasta Lobo, con la esperanza de que los Cuervos cayeran en la trampa y continuaran hacia el norte.

Río abajo, se quebró una rama.

Torak se volvió en redondo.

Un suave chapoteo. Una maldición entre dientes.

Escudriñó a través de los juncos.

Unos cincuenta pasos río abajo, dos hombres descendían a hurtadillas por la ribera hacia el lecho de juncos. Se movían con cautela, concentrados en darle caza. Uno llevaba un arco que era más alto que Torak, con una flecha ya colocada en la cuerda; el otro empuñaba un hacha arrojadiza de basalto.

Había sido un error ocultarse en el lecho de juncos. Si permanecía donde estaba, lo encontrarían, y si trataba de cruzar el río a nado, lo verían y lo atravesarían como a un lucio. Tenía que volver al amparo del Bosque.

Tan silenciosamente como pudo, empezó a trepar por la ribera. Ésta se hallaba cubierta de espesos sauces que le permitían quedar a cubierto, pero era muy escarpada. La rojiza tierra se le desmoronaba bajo los pies. Si caía en el río, lo oirían…

Unos guijarros se deslizaron hacia el agua cuando arañó la tierra al trepar. Por fortuna el retumbar de los cuernos disimuló el ruido, y los dos hombres no lo oyeron.

Respirando agitadamente, llegó a la parte superior de la ribera y de inmediato se dirigió al norte. El cielo estaba cubierto, de modo que no podía orientarse mediante el sol, pero puesto que el río fluía en dirección al oeste, sabía que si lo dejaba exactamente detrás de sí estaría yendo más o menos hacia el norte.

Echó a correr a través de un espeso bosque de álamos y hayas, teniendo cuidado de arrastrar la cuerda de pellejo para dejar un rastro bien intenso.

De repente sonó un aullido furioso detrás de Torak, terroríficamente cerca. Había dejado el rastro del pellejo demasiado pronto, y los perros habían captado ya el olor.

Presa del pánico, trepó al árbol más cercano, un álamo alto y larguirucho, y apenas había conseguido hacer una bola con el pellejo y lanzarla tan lejos como pudo hacia el río cuando un enorme perro rojo surgió de entre los juncos.

Merodeó bajo el árbol de Torak, con hilillos de baba colgándole de las fauces. Entonces captó el aroma del pellejo y salió disparado en su persecución.

—¡Allí! —se oyó un grito río abajo—. ¡Uno de los perros ha encontrado el rastro!

Tres hombres pasaron corriendo bajo el árbol de Torak, jadeando a causa del esfuerzo por alcanzar al perro. Torak se aferró al tronco del árbol. Si uno de ellos alzaba la mirada…

Siguieron corriendo hasta desaparecer. Unos instantes después, Torak oyó unos débiles chapoteos. Debían de estar buscándolo entre los juncos.

Esperó un poco por si aparecían más y luego saltó del árbol.

Corrió hacia el norte entre los álamos para poner cierta distancia entre él y el río, y fue reduciendo la velocidad hasta detenerse. Ya era hora de girar hacia el este y dirigirse de vuelta al campamento, siempre y cuando encontrara alguna forma de ocultar su rastro a los perros.

Desesperado, miró alrededor en busca de algo con que disimular su olor. ¿Excrementos de ciervo? No, los perros lo perseguirían de todas formas. ¿Hojas de

milenrama? Tal vez. Su fuerte aroma a nuez debería de ser lo bastante intenso para ocultar el del sudor de Torak.

Al pie de un haya encontró un montón de excrementos de glotón, retorcidos, velludos y tan hediondos que se le humedecieron los ojos. Eso estaba mucho mejor. Dando arcadas por el mal olor, se embadurnó con ellos los pies, las espinillas y las manos. Los glotones eran más o menos del tamaño de los tejones, pero se enfrentaban a todo lo que se moviera, y solían ganar. Probablemente, los perros no se arriesgarían a un encuentro semejante.

El bramido de los cuernos se detuvo de pronto.

El silencio le latió en los oídos. Con una punzada de terror, se dio cuenta de que los aullidos de Lobo también habían cesado. ¿Estaría bien? Los Cuervos no se habrían atrevido a hacerle daño, ¿verdad?

De vuelta al campamento, Torak se abrió paso entre la maleza. El terreno se elevó mientras que el río fluía con rapidez entre rocas desprendidas, resbaladizas por el musgo que las cubría.

Más adelante se veía una columna de humo que se elevaba por el encapotado cielo. Torak debía de estar acercándose al campamento. Se agachó y aguzó los oídos por si captaba sonidos de la persecución a pesar del rugir del agua. A cada momento esperaba oír el cimbrear de la cuerda de un arco o sentir que una flecha se le deslizaba entre los omoplatos.

Nada. Quizá habían caído en la trampa y estaban siguiéndole el rastro hacia el norte.

A través de los árboles, algo grande y abombado se alzó ante la vista de Torak, que se paró en seco. Sospechó de qué se trataba y deseó equivocarse.

Como un sapo inmenso, el túmulo se elevaba imponente ante los ojos de Torak. Le sacaba una cabeza de altura y estaba densamente cubierto de musgo y de matorrales de arándanos. Detrás había dos túmulos más pequeños y alrededor se alzaba una densa espesura de tejos y acebos ahogados por la hiedra.

Torak se quedó donde estaba preguntándose qué hacer. En cierta ocasión Pa y él se habían topado con túmulos como ésos. Debía de tratarse del osario del Clan del Cuervo, el lugar en que yacían los huesos de sus muertos.

El camino hacia el campamento y hacia Lobo pasaba a través del osario. Pero ¿se atrevería a cruzarlo? Él no pertenecía al Clan del Cuervo. No podía aventurarse en el osario de otro clan sin despertar la ira de sus ancestros…

La niebla flotaba en los huecos entre los túmulos, donde los pálidos y fantasmales esqueletos de las plantas de cicuta se alzaban sobre la cabeza de Torak, y los tallos de color púrpura de unas adelfillas moribundas liberaban sus pelusas, inquietantemente errantes. Por todas partes lo rodeaban los oscuros árboles, escuchándolo; unos árboles que permanecían verdes todo el invierno y que nunca dormían. En las ramas del tejo más alto había posados tres cuervos que lo observaban. Se preguntó cuál de ellos sería el guardián del clan.

Unos perros aullaron detrás de él.

Estaba atrapado. Qué astuto era Fin-Kedinn: había arrojado una gran red para luego ceñirla en torno a su presa.

Torak no tenía adónde ir. El río era demasiado rápido para nadar en él, y si trepaba a un árbol, los cuervos les revelarían a los cazadores dónde estaba, y lo harían caer como a una ardilla. Si se internaba en la espesura, los perros lo sacarían a rastras como a una comadreja.

Se dio la vuelta para enfrentarse a sus perseguidores. No tenía nada con qué defenderse; ni siquiera una piedra.

Retrocedió unos pasos… y chocó contra el mayor de los túmulos. Ahogó un grito. Estaba atrapado entre los vivos y los muertos.

Algo lo agarró desde atrás y lo arrastró hacia la oscuridad.

13



—No te muevas —le susurró una voz al oído—, no hagas ruido, ¡y no toques los huesos!

Torak ni siquiera podía ver los huesos; no veía nada en absoluto. Estaba acurrucado en medio de una negrura apestosa con un cuchillo oprimiéndole la garganta.

Apretó los dientes para que dejaran de castañetearle. En torno a él sentía el gélido peso de la tierra y de los huesos enmohecidos de los muertos de los Cuervos. Rogó por que todas las almas se hallasen muy lejos, en el Viaje a la Muerte. Pero ¿y si alguna se había quedado atrás?

Tenía que salir de allí. Tras la primera impresión al ser apresado, había oído que raspaban la piedra, como si su captor estuviese sellando el túmulo. Pero al adaptársele los ojos a la penumbra, vislumbró un leve borde de luz. Fuera lo que fuese lo que habían arrastrado para bloquear la entrada, no encajaba a la perfección.

Estaba pensando en echar a correr hacia ella cuando oyó voces en el exterior. Débiles, pero cada vez más cerca.

Torak se puso tenso. Y su captor también.

Los crujidos y susurros se oyeron más cerca y se detuvieron de pronto a unos tres pasos de distancia.

—Nunca se habría atrevido a venir aquí —susurró una voz atemorizada de hombre.

—Quizá sí —musitó una mujer—. Ese chico es distinto. Ya viste la forma en que le ganó a Hord. Quién sabe qué es capaz de hacer.

Torak oyó un chapoteo en el musgo. Movió un pie instintivamente y, en la penumbra, algo tintineó. Esbozó una mueca.

—¡Silencio! —exclamó la mujer—. He oído algo.

Torak contuvo el aliento. El cuchillo de su carcelero lo oprimió con más fuerza.

El graznido de un cuervo resonó entre los árboles.

—El guardián no nos quiere aquí —musitó la mujer—. Deberíamos irnos. Tienes razón. El chico no se habrá atrevido.

Mareado de alivio, Torak oyó que se alejaban.

Al cabo de un rato trató de cambiar de postura, pero la punta del cuchillo se lo

impidió.

—¡Quédate quieto! —siseó su captor.

Torak reconoció la voz. Era Renn. ¿Renn?

—Apestas —susurró ella.

Torak trató de girar la cabeza, pero una vez más el cuchillo se lo impidió.

—Es para mantener alejados a los perros —contestó.

—De todas formas nunca vendrían aquí; no les está permitido.

Torak reflexionó unos instantes.

—¿Cómo sabías que yo pasaría por aquí? ¿Y por qué…?

—No lo sabía. Ahora cállate. Podrían volver.

Tras una fría y entumecida espera que pareció eternizarse, Renn le propinó un puntapié y le dijo que se moviera. Torak consideró la posibilidad de imponerse a la chica por la fuerza, pero decidió no hacerlo. Si forcejeaban, podían perturbar a los huesos. En lugar de ello, apartó con esfuerzo la losa de pizarra que cerraba la entrada y reptó para salir a la luz del día. Los túmulos estaban desiertos. Hasta los cuervos se habían marchado.

Renn salió tras él, de espaldas y a gatas y arrastrando dos fardos de madera de avellano; uno de ellos era el de Torak. Perplejo, se agachó entre las adelfillas y observó que Renn volvía a entrar, y de nuevo salía con dos sacos de dormir enrollados, dos juegos de arco y carcaj, ambos envueltos en piel de salmón para protegerlos de la humedad, y un saco de gamuza que se retorcía con furia.

—¡Lobo! —exclamó Torak.

—¡Cállate! —Renn dirigió una cautelosa mirada hacia el campamento.

Torak abrió de un tirón el saco y Lobo emergió de él, sudoroso y desaliñado. Olisqueó el aire y habría salido corriendo de no haberlo cogido Torak para asegurarle con ladridos en voz baja que, en efecto, era él y no un mortífero glotón. Lobo esbozó una gran sonrisa de lobo, meneó los cuartos traseros y saludó a Torak con calurosos mordisquitos bajo la barbilla.

—Date prisa —dijo Renn detrás de él.

—Ya voy —repuso Torak. Cogió puñados de musgo empapado en rocío y se quitó la mayor parte del excremento; luego se enfundó las botas. Renn había tenido la previsión de llevárselas.

Al volverse para coger su fardo, comprobó con asombro que Renn había puesto una flecha en el arco y lo apuntaba hacia él. Además, se había colgado al hombro el arco y el carcaj del propio Torak, así como el hacha y el cuchillo del chico, y se los había embutido en el cinturón.

—¿Qué haces? —preguntó Torak—. Pensaba que me estabas ayudando.

Ella lo miró con desprecio.

—¿Por qué iba a ayudarte? Lo único que hago es ayudar a mi clan.

—Entonces ¿por qué no me has delatado hace un momento?

—Porque pretendo asegurarme de que llegues a la Montaña del Espíritu del

Mundo. Si yo no te obligara, ni siquiera lo intentarías. No harías más que huir con el rabo entre las piernas porque eres un cobarde.

—¿Un cobarde? —repitió Torak con voz entrecortada.

—Un cobarde, un mentiroso y un ladrón. Robaste nuestro corzo, utilizaste trucos para que Hord perdiera la pelea y nos mentiste sobre que tú no eras El Que Escucha. Luego huiste. Y ahora, por última vez, ¡muévete!

Mientras Renn lo apuntaba a la espalda con la flecha, y los oídos le ardían por la acusación de la chica, Torak se dirigió río abajo hacia el oeste, manteniéndose al amparo de los sauces y llevando a Lobo en brazos para impedir que las almohadillas del lobezno dejaran un rastro de olor para los perros.

Por asombroso que pareciese, no se oían ruidos de persecución. Esa circunstancia le resultaba a Torak más inquietante aún que los cuernos de corteza de abedul.

Renn impuso un ritmo rápido, y Torak tropezaba con frecuencia. Estaba cansado y hambriento, mientras que Renn había descansado y había comido; eso haría más difícil librarse de ella. Pero era más menuda que él, y Torak se dijo que, probablemente, podría reducirla antes de que causara demasiado daño con el arco.

La cuestión era: ¿cuándo? Por el momento parecía estar sinceramente decidida a eludir a los Cuervos y lo guiaba por senderos de ciervos, estrechos y serpenteantes, siempre bien guarecidos. Torak decidió esperar a que estuviesen más lejos del campamento. Pero el insulto de Renn le seguía doliendo.

—Yo no soy un cobarde —dijo girando la cabeza mientras seguían el río hacia un umbrío bosque de robles, al ver que la amenaza de la persecución parecía haber disminuido.

—Entonces ¿por qué has huido del campamento?

—¡Iban a sacrificarme!

—Aún no lo habían decidido. Por eso estaban discutiendo.

—Así pues, ¿qué debería haber hecho? ¿Esperar a averiguarlo?

—La Profecía —repuso Renn con frialdad— podía significar dos cosas distintas. De no haber huido, te habrías enterado.

—Y supongo que vas a contármelas —dijo Torak—, porque tú lo sabes todo.

—La Profecía —suspiró Renn— puede querer decir que te sacrifiquemos y le entreguemos tu sangre a la Montaña, y que al hacerlo destruyamos al oso. Eso es lo que Hord cree que significa. Quiere matarte porque así será él quien lleve tu sangre a la Montaña. —Hizo una pausa—. Saeunn cree que significa otra cosa: que sólo tú puedes encontrar la Montaña y destruir al oso.

Torak se dio la vuelta y se quedó mirándola.

—¿Yo? ¿Destruir al oso?

—Ya sé que no parece posible —respondió ella observándolo de arriba abajo—. Pero Saeunn está segura de ello. Y yo también. El Que Escucha debe encontrar la Montaña del Espíritu del Mundo, y luego, con ayuda del Espíritu, tiene que destruir al

oso.

Torak parpadeó. No podía ser. Habían cometido un error.

—¿Por qué sigues negándolo? —preguntó Renn, enfadada—. Tú eres El Que Escucha. Sabes que lo eres. Luchaste con aire, exactamente como dice la Profecía. Hablaste con silencio, con el silbato. Y las primeras palabras de la Profecía dicen que El Que Escucha puede hablar con los demás cazadores del Bosque, y tú puedes hablar con ellos porque tu padre te dejó en una guarida de lobos cuando eras pequeño.

Torak aguzó la mirada.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque estaba escuchando —respondió Renn.

Siguieron el río hacia el oeste. Mientras caminaban, Torak oyó el suave trinar de los pardillos al comerse las moras y a un trepador que picoteaba en una rama en busca de larvas. Si había tantos pájaros por ahí, el oso no podía andar cerca…

De pronto Lobo levantó las orejas y movió los bigotes.

—¡Agáchate! —siseó Torak tirando de Renn.

Unos instantes después vieron pasar dos piraguas. Torak distinguió con claridad la que estaba más cerca de él. El hombre que remaba tenía el cabello castaño corto y con flequillo, y llevaba un tieso manto de pellejo sobre los anchos hombros y un colmillo de jabalí colgado de una correa sobre el pecho. Un hacha arrojadiza de pizarra negra reposaba sobre las rodillas del hombre. Al igual que su compañero de la otra piragua, escudriñaba las riberas al tiempo que se deslizaba por el agua con potentes paladas. Estaba bien claro qué andaban buscando.

—Clan del Jabalí —susurró Renn al oído de Torak—. Fin-Kedinn debe de haberles pedido ayuda para que nos encuentren.

Torak abrigó sospechas al instante.

—¿Cómo han sabido que tomaríamos este camino? ¿Les has dejado alguna clase de pista?

—¿Por qué iba a hacer algo así? —repuso Renn poniendo los ojos en blanco.

—Por lo que sospecho, me estás guiando hacia algún otro clan, para que me sacrifiquen.

—O a lo mejor —repuso ella con cansancio— esos Jabalíes pasan por aquí porque resulta que su campamento está río abajo y… —Se interrumpió—. ¿Cómo has sabido que venían?

—No lo sabía. Me lo ha dicho Lobo.

Renn pareció sorprendida y alarmada a la vez.

—Es verdad que puedes hablar con él, ¿no es así?

Torak no contestó.

Renn se incorporó esforzándose por sobreponerse a su inquietud.

—Ya se han ido. Va siendo hora de que nos dirijamos al norte. —Volvió a poner la flecha en el carcaj y se echó el arco al hombro, y por un instante Torak creyó que había cambiado de opinión. Pero entonces sacó el cuchillo y pinchó suavemente a

Torak para que se pusiera en marcha.

Llegaron a un riachuelo que descendía de un desfiladero rocoso y comenzaron a trepar. Torak empezó a sentirse mareado de cansancio. La noche anterior no había dormido y llevaba más de un día sin comer.

Al final no pudo dar ni un paso más e hincó las rodillas. Lobo saltó de los brazos del chico, trastabilló y cayó en sus ansias por llegar al agua.

—¿Qué haces? —exclamó Renn—. ¡No podemos detenernos aquí!

—Pues acabamos de hacerlo —gruñó Torak. Cogió un puñado de hojas de jabonera, las apretujó con agua y se limpió el resto del excremento de glotón. Entonces se inclinó y bebió hasta saciarse.

Sintiéndose mucho mejor, hurgó en el fardo en busca de uno de los rollos de carne seca de corzo que había preparado; parecía que hacía muchas lunas de ello. Tras arrancar un pedazo de un mordisco y arrojárselo a Lobo, empezó a comer. Sabía de maravilla y ya notaba la fuerza del corzo que recorría su interior.

Renn titubeó, pero desató su fardo y se arrodilló, aunque todavía apuntaba a Torak con el cuchillo. Hundiendo una mano en el fardo, extrajo tres finas tortas de color marrón rojizo. Le tendió una a Torak.

Él la cogió y mordió un pequeño trozo. Tenía un sabor rico y salado, con un regusto aromático.

—Salmón seco —explicó Renn con la boca llena—. Lo machacamos con grasa de ciervo y bayas de enebro. Permanece en buen estado todo el invierno.

Para sorpresa de Torak, Renn le tendió una torta de salmón a Lobo.

Éste la ignoró deliberadamente.

Renn titubeó, pero se la dio a Torak. Él la frotó entre las palmas para disimular el olor de Renn con el suyo, y entonces se la ofreció a Lobo, que se la zampó de un mordisco.

Renn trató de no mostrar que estaba dolida.

—¿Y qué? —dijo encogiéndose de hombros—. Ya sé que no le gusto.

—Eso es porque no paras de meterlo en sacos —repuso Torak.

—Por su propio bien.

—Pero él no sabe que es así.

—¿No puedes decírselo tú?

—No hay forma de decir eso en la lengua de los lobos. —Dio otro mordisco a la torta de salmón y después le preguntó a Renn algo que le intrigaba.

—¿Por qué lo has traído?

—¿A quién?

—A Lobo. Lo has sacado del campamento. No debe de haber sido fácil. ¿Por qué?

—Parece que lo necesitas —contestó al cabo de un momento—. No sé por qué, pero pensé que quizá fuera importante.

Torak se sintió tentado de decirle que Lobo era su guía, pero se contuvo. No

confiaba en ella. Le había sido útil para eludir a los Cuervos, pero eso no cambiaba el hecho de que se hubiese quedado con sus armas y lo hubiese llamado cobarde. Y todavía lo estaba apuntando con el cuchillo.

El desfiladero se volvió más empinado, pero Torak consideró que no era peligroso dejar que Lobo caminara, de modo que el lobezno ascendió con dificultad ante él con la cola baja. A Lobo, trepar no le gustaba más que a Torak.

Más o menos a media tarde, llegaron a una cresta desde la que se dominaba un amplio valle boscoso. A través de los árboles, Torak vislumbró el lejano destellar de un río.

—Ése es el Río Ancho —explicó Renn—. Es el río de mayor caudal en esta parte del Bosque. Fluye desde los ríos de hielo en las Montañas Altas y forma el lago Cabeza de Hacha, y va a parar a las cataratas del Trueno y de allí al mar. Acampamos en ese lugar a principios de verano por los salmones. A veces, si el viento sopla del este, se oyen las cataratas… —Se interrumpió.

Torak supuso que la chica se estaba preguntando cómo la castigaría su clan por ayudar a escapar a su cautivo. Si no le hubiese llamado cobarde, bien podría haber sentido lástima por ella.

—Cruzaremos el valle —continuó Renn con tono más enérgico—. Debería resultar fácil vadear el río por donde están esos prados. Después podemos dirigirnos hacia el norte.

—No —dijo de pronto Torak, y señaló a Lobo. El animal había encontrado un sendero de alces que se internaba en un bosque de altos abetos rojos de los que colgaba musgo de los árboles, y estaba esperando a que lo siguieran.

—Por ahí —indicó Torak—. Ascenderemos desde el valle, pero no lo cruzaremos.

—Pero eso está al este. Si vamos hacia allí, llegaremos a las Montañas Altas demasiado pronto. Y nos será mucho más difícil dirigirnos al norte.

—¿Hacia dónde irá Fin-Kedinn? —quiso saber Torak.

—Durante un tiempo, al oeste, siguiendo los senderos, y luego al norte.

—Bueno, pues entonces lo de dirigirse hacia el este parece buena idea.

—¿Se trata de alguna clase de truco? —preguntó Renn frunciendo el entrecejo.

—Mira —insistió Torak—. Vamos en dirección al este porque Lobo dice que debemos hacerlo. Él conoce el camino.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —respondió Torak en voz baja— que conoce el camino hacia la Montaña.

Renn se quedó mirándolo y después soltó un bufido.

—¿Ese pequeño lobezno? —Torak hizo un gesto afirmativo—. No te creo.

—No me importa —repuso Torak.

Lobo odiaba a la hembra sin cola.

La había odiado desde el primer momento en que la olió, cuando apuntaba con la Larga Garra que Vuela a su hermano de carnada. ¡Vaya cosa! ¡Como si Alto Sin Cola fuera una presa!

Después de eso, la hembra sin cola había hecho cosas terribles. Lo había apartado a la fuerza de Alto Sin Cola y lo había metido en una extraña Guarida sin aire, donde le habían hecho dar tantos tumbos que se había mareado.

Peor incluso era la forma en que se comportaba con Alto Sin Cola. ¿No sabía acaso que él era el jefe de la manada? Se mostraba muy ruda e irrespetuosa cuando le soltaba gañidos en la lengua de los sin cola. ¿Por qué Alto Sin Cola no le pegaba un rugido y la perseguía hasta hacerla huir?

En ese momento, mientras Lobo trotaba por el sendero, se sintió aliviado al oír que ella se había quedado varios pasos atrás. Estupendo. Debería irse.

Se detuvo a masticar unos cuantos arándanos rojos al borde del sendero, escupió uno en mal estado y continuó, sintiendo la tierra seca bajo las almohadillas y la calidez del Ojo Brillante Caliente en el lomo. Levantó el hocico para captar los aromas que le llegaban del valle: unos arrendajos y unos cuantos excrementos rancios de alce, varios abetos rojos abatidos por tormentas y gran cantidad de adelfillas y arándanos mustios. Todos eran olores buenos e interesantes; pero tras ellos captaba el aroma frío y terrorífico del Agua Rápida.

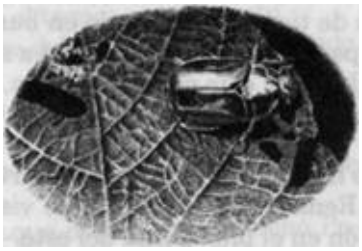
El miedo se apoderó de Lobo. De alguna manera, él y Alto Sin Cola tenían que llegar al otro lado del Agua Rápida. El sitio en que habían de cruzarla estaba aún muchos pasos adelante, pero Lobo ya la sentía rugir. Y lo hacía con tal fuerza que hasta su hermano de carnada, medio sordo, no tardaría en oírla.

El peligro estaba ahí delante, y Lobo ansiaba regresar, pero sabía que no podía hacerlo. La Llamada era cada vez más fuerte: esa Llamada que era como la de la Guarida, pero no lo era.

De pronto Lobo captó otro olor. Las fosas nasales del lobezno se abrieron para asimilarlo, y echó hacia atrás las orejas. Eso era malo. Malísimo.

Lobo giró en redondo y corrió de vuelta hacia Alto Sin Cola.

14



—¿Qué ocurre? —preguntó Renn mirando fijamente al aterrorizado lobezno.

—No lo sé —musitó Torak. Se le empezó a poner la carne de gallina. No se oía ningún pájaro.

Renn se sacó el cuchillo de Torak del cinturón y se lo arrojó.

Torak lo cogió asintiendo con la cabeza.

—Deberíamos volver —dijo Renn.

—No podemos. Éste es el camino hacia la Montaña.

Los ojos ambarinos de Lobo estaban oscuros de miedo. Avanzó despacio y con sigilo, con la cabeza gacha y el pelo del lomo erizado.

Torak y Renn lo siguieron tan silenciosamente como pudieron. Los enebros se les enredaban en las botas y el musgo de los árboles les rozaba la cara con los dedos. Los árboles estaban absolutamente inmóviles, a la expectativa de lo que iba a ocurrir.

—A lo mejor no es… —empezó Renn—. Quiero decir, podría tratarse de un lince. O de un glotón.

Ni Torak ni la propia Renn creyeron que así fuera.

Volvieron un recodo y llegaron ante un abedul caído que sangraba por unas profundas huellas de garras abiertas en la corteza.

Ninguno de los dos dijo nada. Ambos sabían que los osos a veces arañan los árboles para marcar su territorio o para asustar a otros cazadores.

Lobo se acercó al abedul para olisquearlo mejor. Torak lo siguió y suspiró de alivio.

—Un tejón.

—¿Estás seguro? —preguntó Renn.

—Los arañazos son más pequeños que los de un oso, y hay barro en la corteza. —Rodeó el árbol—. Se llenó las garras delanteras de tierra, escarbando en busca de gusanos, se detuvo aquí para limpiárselas y volvió a su tejonera. Por ahí… —señaló hacia el este con un ademán.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Renn—. ¿Te lo ha dicho Lobo?

—No. Me lo ha dicho el Bosque. —Advirtió la mirada de perplejidad de Renn—. Hace un rato he visto un petirrojo con pelos de tejón en el pico. Venía del este. —Se encogió de hombros.

—Eres bueno siguiendo rastros, ¿no es así?

—Pa era mejor.

—Bueno, pues eres mejor que yo —repuso ella. Su tono no fue de envidia; no hacía más que reconocer un hecho—. Pero ¿por qué habrá asustado un tejón a Lobo?

—No creo que lo haya hecho —contestó Torak—. Supongo que lo ha asustado otra cosa.

Renn cogió el hacha, el arco y el carcaj de Torak y se los tendió.

—Toma. Será mejor que los lleves.

Continuaron sendero arriba. Lobo iba primero, seguido de Torak, que exploraba en busca de señales, y la última era Renn, que estiraba el cuello para ver a través de los árboles.

Habían recorrido otros cincuenta pasos cuando Torak se detuvo de forma tan brusca que Renn chocó contra él.

La joven haya todavía gemía, pero no le quedaba mucho tiempo de vida. El oso se había empinado sobre las patas de atrás para dar rienda suelta a su furia, había arrancado la copa entera del árbol, había desgarrado la corteza en largos jirones sangrantes y había hecho profundos tajos en lo alto del tronco. Terroríficamente arriba. De haberse encaramado Renn a los hombros de Torak, no habría podido llegar a la más baja de las marcas de las garras de la fiera.

—Ningún oso puede ser tan enorme —musitó Renn.

Torak no contestó. Había regresado a aquel anochecer azulado del otoño y estaba ayudando a Pa a acampar. Torak había bromeado, y su padre se había reído. Pero entonces el Bosque se estremeció. Los cuervos graznaron. Los árboles crujieron. Y de la oscuridad bajo los árboles surgió una oscuridad más profunda aún…

—No es reciente —dijo Renn.

—¿Qué? —preguntó Torak.

Ella indicó el tronco con un gesto.

—La sangre del árbol se ha endurecido. Mira, está casi negra.

Torak estudió el árbol. Renn tenía razón. El oso había arañado la corteza al menos dos días antes.

Pero no pudo compartir el alivio de Renn. Ella no sabía lo peor.

«Cada vez que mata —había dicho Pa—, su poder aumenta… Cuando el ojo rojo esté en lo más alto en el cielo… el oso será invencible.»

Ahí estaba la prueba: la noche en que el oso los había atacado, el tamaño del animal era enorme. Pero no tanto como ahora.

—Cada vez es más grande —dijo Torak.

—¿Cómo? —preguntó Renn.

Torak le contó lo que le había dicho Pa.

—Pero… para eso no falta ni una luna.

—Ya lo sé.

A unos pasos del sendero, Torak encontró tres largos pelos negros enredados en

una rama a la altura de la cabeza. Retrocedió bruscamente.

—Se fue por ahí. —Señaló hacia el valle—. Mira cómo las ramas han vuelto a crecer siguiendo una dirección ligeramente distinta.

Pero eso no lo tranquilizó. El oso podía haber regresado por otro camino.

En ese momento, desde lo profundo de la espesura, les llegó el agudo reclamo de un carrizo.

—No creo que ande cerca —Torak espiró—, o ese carrizo no estaría llamando.

Mientras caía la noche, hicieron un refugio con jóvenes avellanos y mantillo junto a un arroyo lodoso. Tenían la sensación de que los acebos les ofrecían amparo. Encendieron un pequeño fuego y comieron unas cuantas tiras de carne seca, pero no se atrevieron a sacar las tortas de salmón porque el oso las habría olido aunque estuviera a una distancia de muchos días de camino.

La noche era fría y Torak permanecía encogido en su saco para dormir escuchando el leve y distante rugido que, según Renn, producían las cataratas del Trueno.

¿Por qué no le había hablado nunca Pa de la Profecía? ¿Por qué era él El Que Escucha? ¿Qué significaba?

Junto a él, Lobo dormía moviendo las orejas y Renn observaba a un escarabajo que descendía por un tronco del fuego.

Torak estaba seguro de que podía confiar en ella porque se había arriesgado mucho para ayudarlo. No habría podido huir sin su auxilio. Pero tener a alguien de su parte era una sensación nueva para él.

—Necesito contarte algo —dijo Torak. Renn tendió la mano para coger una ramita y ayudar al escarabajo a bajarse del tronco—. Antes de morir, mi padre me obligó a hacer un juramento: debo encontrar la Montaña o morir en el intento. —Hizo una pausa—. No sé por qué me obligó a jurar eso. Pero lo hice. Y haré cuanto pueda por cumplirlo.

Renn asintió con la cabeza, y Torak se dio cuenta de que por primera vez lo creía de verdad.

—Yo también tengo algo que decirte —afirmó ella—. Es sobre la Profecía. —Frunciendo el entrecejo, le dio vueltas a la ramita entre los dedos—. Cuando encuentres… si encuentras la Montaña, no puedes sencillamente pedirle ayuda al Espíritu, sino que tienes que probar que eres digno de ella. Saeunn me lo contó anoche. Dijo que cuando el vagabundo tullido creó al oso, rompió el pacto porque creó una criatura que mata sin un propósito. Hizo enfadar al Espíritu. Costará muchísimo conseguir su ayuda.

—¿Qué hará falta? —preguntó Torak intentando tragar saliva.

—Tienes que llevarle los tres fragmentos más poderosos del Nanuak —contestó Renn mirándolo a los ojos. —Torak la miró a su vez sin comprender—. Saeunn dice que el Nanuak es como un gran río que nunca se acaba. Todo ser vivo, los cazadores, las presas, las rocas, los árboles, lleva una parte de él en su interior. Y a veces una

parte especial de él asume una forma, como la espuma en un río. Cuando lo hace, es increíblemente poderosa. —Titubeó—. Eso es lo que tienes que encontrar. Si no lo haces, el Espíritu del Mundo no te ayudará. Y entonces nunca destruirás al oso.

Torak contuvo el aliento.

—Tres fragmentos del Nanuak —repitió con voz ronca—. ¿Qué son? ¿Cómo los encuentro?

—Nadie lo sabe. Todo cuanto tenemos es un acertijo. —Cerró los ojos y recitó:

En lo más profundo, la visión ahogada.
En lo más antiguo, el mordisco de piedra.
En lo más frío, la luz más oscura.

Se levantó una brisa. Los acebos emitieron murmullos de irritación.

—¿Qué significa? —quiso saber Torak.

Renn abrió los ojos.

—Nadie lo sabe.

—Así pues —comentó Torak apoyando la cabeza en las rodillas—, he de encontrar una montaña que nadie ha visto jamás. Y averiguar la respuesta a un acertijo que nadie ha resuelto nunca. Y matar a un oso contra el que nadie puede luchar.

—Tienes que intentarlo —repuso Renn inspirando entre dientes.

Torak guardó silencio y después preguntó:

—¿Por qué te contó todo eso Saeunn? ¿Por qué a ti?

—Yo no quería que me lo contara, pero lo hizo. Cree que de mayor debería ser hechicera.

—¿Y tú quieres serlo?

—¡No! Pero supongo… que quizá todas esas cosas tienen un propósito. Si ella no me las hubiese contado, yo no podría habértelas dicho.

Siguió otro silencio. Entonces Renn reptó para salir del saco para dormir.

—Llevaré fuera nuestros fardos. No queremos que el olor a comida atraiga al oso.

Cuando hubo salido, Torak se acurrucó sobre un costado y contempló ensimismado el ardiente corazón de las brasas. Alrededor, el Bosque crujía en sueños, unos sueños verdes y profundos. Pensó en los miles y miles de almas triples que abarrotaban la oscuridad, a la espera de que él, y sólo él, las liberase del oso.

Pensó en el abedul dorado y en el serbal escarlata y en los robles con su verde resplandeciente. Pensó en las abundantes presas; en los lagos y ríos rebosantes de peces; en todas las diferentes clases de madera y corteza y piedra que están a tu disposición si sabes dónde buscarlas. El Bosque tenía todo lo que uno podía desear. Hasta entonces nunca se había dado cuenta de lo mucho que lo apreciaba.

Pero, si no conseguían acabar con el oso, todo eso se perdería.

Lobo se levantó de un salto y salió en una de sus cacerías nocturnas. Renn volvió,

se metió en el saco sin decir una palabra y se quedó dormida. Torak continuó contemplando el fuego.

«Todas esas cosas tienen un propósito», había dicho Renn. De un modo extraño, esa idea le dio fuerzas a Torak. Él era El Que Escucha, sin duda, y había jurado encontrar la Montaña. El Bosque lo necesitaba. Lo haría lo mejor que pudiera.

El chico durmió de manera intermitente. Soñó que Pa volvía a estar vivo, pero, en lugar de rostro, tenía una piedra blanca.

«Yo no soy Pa. Soy el hechicero de los Lobos…»

Torak despertó con un respingo.

Sintió el aliento de Lobo en la cara, el sedoso roce de los bigotes del animal en los párpados, y los pinchazos, como de finísimas agujas, de su pelaje en las mejillas y en el cuello.

Lamió el hocico del lobezno, y Lobo le acarició la barbilla antes de arrellanarse contra él con un resoplido.

—Deberíamos haber cruzado más abajo —comentó Renn mientras estiraban el cuello para ver las cataratas del Trueno.

Torak se enjugó las finísimas gotitas que tenía en la cara y se preguntó cómo era posible que algo en el Bosque pudiera mostrar semejante rabia.

Llevaban todo el día remontando el verde y tranquilo curso del Río Ancho. Pero ahora, al precipitarse retumbando sobre una pared vertical de piedra, la ira del agua resultaba espantosa. Ante semejante furia, el Bosque entero parecía haberse detenido para contemplarla.

—Deberíamos haber cruzado más abajo —repitió Renn.

—Nos habrían visto —contestó Torak—. Aquellos prados quedaban demasiado expuestos. Además, Lobo quería permanecer a este lado.

—Si él es el guía, ¿dónde se supone que está? —preguntó Renn esbozando una mueca.

—Odia los rápidos de agua. Su manada se ahogó en una riada. Pero regresará cuando hayamos encontrado una forma de pasar sobre las cataratas.

—Vaya —repuso Renn, poco convencida. Al igual que Torak, había dormido mal y llevaba toda la mañana de mal humor. Ninguno de los dos había mencionado el acertijo.

Por fin encontraron una senda de ciervos que ascendía serpenteante por un lado de las cataratas. Era escarpada y estaba llena de barro, y cuando llegaron a lo alto, estaban agotados y empapados por el agua pulverizada. Lobo los estaba esperando, sentado bajo un abedul a una distancia prudencial del Río Ancho, temblando de miedo.

—Y ahora, ¿adónde? —jadeó Renn.

—Sigamos el río hasta que él nos diga que crucemos —repuso Torak, que observaba a Lobo.

—¿Sabes nadar? —preguntó Renn.

Torak asintió.

—¿Y tú?

—Sí. ¿Y Lobo?

—No lo creo.

Emprendieron la marcha río arriba abriéndose paso entre zarzas y un laberinto de serbales y abedules. Hacía un día frío y nublado y el viento desparramaba hojas de abedul en el agua como pequeñas y ambarinas puntas de flecha. Lobo trotaba con las orejas echadas hacia atrás. El río fluía liso y veloz en su camino hacia las cataratas.

No habían llegado muy lejos cuando Lobo empezó a corretear de un lado para otro por la ribera profiriendo débiles gañidos. Torak pudo sentir el miedo del lobezno. Se volvió hacia Renn.

—Quiere cruzar, pero está asustado.

—Las zarzas son demasiado densas aquí —dijo Renn—. ¿Qué tal ahí arriba, por esas rocas? —Torak asintió—. Yo pasaré primero.

Renn se quitó las botas, las ató al fardo y se arremangó las calzas. Buscó un palo para ayudarse a mantener el equilibrio y se colgó el fardo de un hombro para que no la arrastrara al fondo si se caía. El arco y el carcaj los llevaba en la otra mano, en alto.

Parecía asustada al aproximarse al agua, pero cruzó al otro lado sin titubear hasta la última roca, desde la que tuvo que saltar a la ribera y acabó agarrándose a una rama de sauce para izarse.

Torak dejó el fardo y las armas en la orilla y se quitó las botas. Cruzaría a Lobo, y luego regresaría a buscar sus cosas.

—¡Vamos, Lobo! —dijo para darle ánimos. Y lo repitió en la lengua de los lobos agachándose y profiriendo graves gañidos tranquilizadores.

Lobo salió disparado para ocultarse bajo un matorral de enebro, y se negó a salir.

—¡Mételo en el fardo! —exclamó Renn desde el otro lado—. ¡Sólo así conseguirás que cruce!

—¡Si hago eso —gritó Torak en respuesta— jamás volverá a confiar en mí!

Se sentó en el musgo al borde de la ribera. Entonces bostezó y se estiró para mostrarle a Lobo lo relajado que estaba.

Al cabo de un rato, Lobo emergió del enebro y se sentó a su lado.

Torak volvió a bostezar.

Lobo lo miró de reojo e imitó a Torak con un bostezo enorme que acabó en un gañido.

Muy despacio, Torak se puso en pie y cogió a Lobo en brazos, murmurando suavemente en la lengua de los lobos.

Torak sintió las rocas frías y resbaladizas bajo los pies desnudos. En sus brazos, Lobo empezó a temblar de terror.

En la otra orilla, Renn se agarró con una mano a un abedul joven y se inclinó hacia ellos.

—Eso es —exclamó sobrepasando el clamor de las cataratas—, ¡ya casi estáis!

Las garras de Lobo se hundieron en el jubón de Torak.

—¡La última piedra! —gritó Renn—. Ya lo cojo yo…

Una ola rompió contra la piedra y los salpicó de agua helada. El valor de Lobo se vino abajo. Retorciéndose frenéticamente para liberarse de los brazos de Torak, dio un salto hacia la ribera y aterrizó con las patas de atrás en el agua mientras que las delanteras arañaban la tierra.

Renn se inclinó y lo agarró por el pescuezo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

Torak perdió el equilibrio y cayó al río.

15



Torak emergió resoplando de frío y luchando con el agua.

Era buen nadador, de modo que no estaba muy preocupado. Se agarraría a esa rama que sobresalía de la ribera…

Bueno, pues a la siguiente.

Tras él, oyó a Renn, que gritaba su nombre mientras se abría paso entre las zarzas, y los urgentes ladridos de Lobo. Se le ocurrió que las zarzas debían de ser muy espesas, pues Renn y Lobo se estaban quedando cada vez más atrás.

El río lo golpeó en la espalda y lo dejó tan flojo como una hoja mojada contra una roca. Se hundió.

Pataleó hasta emerger a la superficie y quedó horrorizado al ver lo lejos que lo había llevado el río. Ya no oía ni a Renn ni a Lobo, y la cascada se acercaba con asombrosa velocidad ahogando todas las voces a excepción de la suya propia.

El jubón y las calzas tironeaban de Torak hacia abajo. El frío le había entumecido los miembros hasta convertirlos en palos de hueso y carne que se afanaban en mantenerlo sobre la superficie, aunque no los sentía. Tampoco veía nada excepto olas de espuma blanca y una masa borrosa de sauces. Pero incluso eso desapareció cuando el agua lo succionó una vez más.

Fue claramente consciente de que sería arrastrado hasta las cataratas, y la caída lo mataría.

No hubo tiempo para el miedo. Sólo para una rabia distante por el hecho de acabar de esa manera. Pobre Lobo.

¿Quién iba a cuidar de él ahora? Y pobre Renn. Torak esperaba que ella no encontrase el cuerpo porque estaría hecho un desastre.

La muerte le habló con voz atronadora. A través de la espuma y del agua pulverizada vio destellar un arco iris… entonces las olas se alisaron como un pellejo y de pronto ya no hubo más río delante de él, y se le hizo difícil respirar cuando cayó. La muerte tendió las manos y lo atrajo a las profundidades. Fue un instante brillante y dulce, como cuando uno se queda dormido…

Se hundió más y más, mientras el agua le llenaba la boca, la nariz, las orejas. El río se lo tragó entero: estaba dentro de él y rugía con él, con aquella fuerza latente de agua. No obstante, de alguna forma, emergió para dar bocanadas de aire. Pero el río

volvió a atraerlo hacia el remolino de sus verdes profundidades.

El rugir del río fue disminuyendo. En la mente de Torak parpadeaban luces. Se hundió. El agua pasó del azul al verde oscuro y luego al negro. Se notaba tan lánguido y congelado que ya no sentía nada. Ansiaba rendirse y dormir.

Captó de pronto unas risas leves y burbujeantes. Unos cabellos que eran como algas verdes le hacían cosquillas en el cuello. Unos rostros crueles le lanzaban miradas lascivas con unos implacables ojos blancos.

«¡Ven con nosotros! —lo llamaba la Gente Oculta del río—. ¡Deja que tus almas floten y se liberen de esa carne pesada y aburrida!»

Se sintió mareado, como si se le estuvieran soltando las entrañas.

«¡Mirad, mirad! —rió la Gente Oculta—. ¡Mirad con qué rapidez empiezan a liberarse sus almas! ¡Qué ansiosas están de venir a nosotros!» Torak dio vueltas y vueltas como un pez muerto. La Gente Oculta tenía razón. Qué fácil le resultaría abandonar su cuerpo para dejarles que le dieran vueltas para siempre en su frío abrazo…

De pronto el aullido desesperado de Lobo llegó hasta él.

Torak abrió los ojos. Burbujas de plata fluyeron a borbotones de la oscuridad al huir la Gente Oculta.

Lobo lo llamó una vez más.

Lobo lo necesitaba. Había algo que tenían que hacer juntos.

Agitando los miembros entumecidos, empezó a luchar por salir a la superficie. El verde se tornó más brillante. La luz lo atrajo…

Casi lo había logrado cuando algo le hizo mirar hacia el fondo… y los vio. En las profundidades, dos ojos blancos y ciegos lo miraban fijamente.

¿Qué eran? ¿Perlas de río? ¿Los ojos de alguien de la Gente Oculta?

La Profecía. El acertijo: lo más profundo, la visión ahogada.

Tenía el pecho a punto de estallar. Si no respiraba aire pronto, moriría. Pero si no se hundía ahora para agarrar esos ojos, fueran lo que fuesen, los perdería para siempre.

Se dobló hasta quedar cabeza abajo y pateó con todas sus fuerzas, impulsándose hacia el fondo.

Los ojos le ardieron a causa del frío, pero no se atrevía a cerrarlos. Cada vez estaba más cerca… tendió una mano hacia lo hondo y agarró un puñado de gélido lodo. ¡Los tenía! No había forma de asegurarse, pues el lodo se arremolinaba en torno a él y no podía arriesgarse a abrir la mano, por si se escapaban; pero sentía cómo los ojos tiraban de él hacia abajo. Se volvió en redondo y pataleó de nuevo hacia la luz.

Sin embargo, las fuerzas le estaban fallando y ascendía con angustiosa lentitud, con la dificultad añadida de la ropa empapada. En la mente de Torak parpadearon más luces. Más risas acuosas.

«Demasiado tarde —susurró la Gente Oculta—. ¡Ya nunca volverás a alcanzar la luz! Quédate aquí con nosotros, chico de las almas a la deriva. Quédate aquí para

siempre…» Algo le agarró de la pierna y tiró de él hacia abajo.

Pataleó otra vez. No logró liberarse. Algo le sujetaba la calza por encima del tobillo. Se retorció para soltarse, pero lo sujetaban con firmeza. Trató de sacar el cuchillo de su vaina, pero había ceñido bien la correa en torno a la empuñadura antes de empezar a cruzar el río, y fue incapaz de soltarla.

La rabia le hizo hervir la sangre.

«¡Apártate de mí! —chilló mentalmente—. No puedes poseerme, ¡ni puedes quedarte con el Nanuak!» La furia le prestó fuerzas y dio patadas con ferocidad. Lo que le sujetaba la pierna lo soltó. Algo profirió un aullido burbujeante y se hundió en la oscuridad. Torak salió disparado hacia arriba.

Emergió del agua en un estallido boqueando para llenarse los pulmones de aire. A través del resplandor del sol, vislumbró una capa de agua verde y una rama colgante que se aproximaba muy deprisa. Tendió la mano libre hacia ella… pero no acertó a cogerla. El dolor le hizo explosión en la cabeza.

Sabía que no había perdido el conocimiento. Aún podía sentir el tirón del río y notar que respiraba, pero tenía los ojos abiertos y no lograba ver nada.

El pánico se apoderó de él.

«No, ciego no —se dijo—. Por favor, que no me haya quedado ciego.»

16



La hembra sin cola estaba lloriqueando y agitando las patas delanteras, de manera que Lobo la dejó y se precipitó sendero abajo.

Cuando olió a Alto Sin Cola entre los sauces, él también se puso a gimotear. Su hermano de carnada se hallaba desplomado sobre un tronco, con medio cuerpo en el agua. Olía intensamente a sangre y no se movía.

Lobo le lamió la helada mejilla, pero Alto Sin Cola continuó sin moverse. ¿Se habría vuelto de No Aliento? Lobo levantó el hocico y aulló.

Un torpe crujido anunció a la hembra sin cola. Lobo dio un salto para defender a su hermano de carnada, pero ella lo apartó de un empujón, metió las patas de delante bajo los cuartos delanteros de Alto Sin Cola y lo sacó del agua.

Muy a su pesar, Lobo quedó impresionado.

Observó cómo ponía las patas delanteras sobre el pecho de Alto Sin Cola y apretaba con fuerza. Alto Sin Cola empezó a toser. ¡Alto Sin Cola volvía a tener aliento!

Pero cuando Lobo saltó de nuevo sobre su hermano de carnada para lamerle el hocico, ¡la hembra volvió a apartarlo de un golpetazo! Sin prestar atención a los gruñidos de advertencia de Lobo, ella levantó a Alto Sin Cola para que se sostuviera sobre las patas y los dos subieron dando tumbos la ribera. Alto Sin Cola se tropezaba todo el rato con los avellanos, como si no viera.

Atento, Lobo caminó junto a ellos y se relajó un poco cuando llegaron a una guarida a buena distancia del Agua Rápida; era una guarida como debía ser, y no de ésas pequeñas y sin aire.

La hembra seguía sin dejar que Lobo se acercase a su hermano de carnada. Gruñendo, Lobo la golpeó con el cuerpo. En lugar de apartarse, la hembra cogió un palo y lo arrojó fuera de la guarida; lo señaló y luego señaló a Lobo.

Lobo la ignoró y volvió a concentrarse en Alto Sin Cola, que trataba de arrancarse el pellejo. Finalmente, Alto Sin Cola se quedó tan sólo con el largo pelo oscuro que le cubría la cabeza. Yacía acurrucado de lado con los ojos cerrados, temblando de frío. Aquel pobre segundo pellejo suyo, sin pelo, no servía de nada.

Lobo se apoyó contra él para darle calor, mientras la hembra sin cola daba vida rápidamente a la Bestia Brillante que Muerde Caliente, adonde Alto Sin Cola se

acercó para calentarse, pero Lobo lo vigiló ansioso, no fuera que la Bestia le mordiera las patas.

Fue entonces cuando Lobo notó que una de las patas delanteras de Alto Sin Cola sujetaba algo que despedía un extraño brillo.

Lobo lo olisqueó… y retrocedió. Olía a cazador, a presa, a Agua Rápida y a árbol, todo masticado junto, y producía un leve y agudo murmullo, tan agudo que Lobo apenas lo captaba.

Lobo estaba asustado porque sabía que se hallaba en presencia de algo muy, muy poderoso.

Torak se acurrucó en el saco para dormir temblando de manera incontrolable. Le ardía la cabeza y el cuerpo entero se le antojaba una gran magulladura, pero lo peor de todo era que no podía ver. «Ciego, ciego», le decía palpitante el corazón.

El chico oyó que Renn, imponiéndose al restallar del fuego, murmuraba enfadada:

—¿Querías matarte a propósito o qué?

—¿Cómo? —preguntó Torak, pero sólo logró decirlo entre dientes porque tenía la boca espesa del sabor agridulce de la sangre.

—Casi habías llegado a la superficie —dijo Renn oprimiéndole la frente con lo que le parecieron telarañas—, ¡y entonces has vuelto a zambullirte deliberadamente hacia abajo!

Torak se dio cuenta de que ella no sabía lo del Nanuak. Pero tenía el puño tan frío que no logró abrirlo para mostrárselo.

Sintió la lengua caliente de Lobo en la cara. Apareció un resquicio de luz y después una gran nariz negra. Se le levantó el ánimo.

—¡Veo! —exclamó.

—¿Cómo? —le espetó Renn—. ¡Pues vaya, por supuesto que ves! Te has hecho un corte en la frente al golpearte contra aquella rama, y la sangre se te ha metido en los ojos. Las heridas del cuero cabelludo sangran mucho. ¿No lo sabías?

Torak se sintió tan aliviado que habría reído de no ser porque los dientes le castañeteaban violentamente.

Vio que se hallaban en una pequeña cueva de paredes de tierra. Un fuego de leña de abedul ardía, y su ropa empapada, que colgaba de unas raíces de árbol que sobresalían del techo, ya empezaba a soltar vapor. El sonido atronador de las cataratas era muy audible, y por su volumen y por la vista de las copas de los árboles a través de la boca de la cueva, calculó que debían de hallarse en algún punto elevado de la pendiente del valle. No recordaba haber llegado hasta allí, así que Renn debía de haberlo arrastrado. Le hubiera gustado saber cómo se las había apañado para hacerlo.

La chica estaba arrodillada junto a él y parecía afectada.

—Has tenido mucha, mucha suerte —le dijo—. Ahora quédate quieto. —De su bolsa de los remedios curativos sacó unas hojas secas de milenrama y las trituró en la palma de la mano. Entonces, una vez retirada la pelusilla, se las aplicó en la frente. Se

le pegaron a la herida para formar una costra instantánea.

Torak cerró los ojos y escuchó la furia interminable de la cascada. Lobo reptó para meterse en el saco con él y se arrebujó hasta sentirse cómodo. Torak lo encontró deliciosamente peludo y calentito cuando le lamió un hombro. A su vez él le lamió el hocico a modo de respuesta.

Cuando despertó, ya no temblaba y todavía aferraba el Nanuak, cuyo peso sentía en el puño.

Lobo estaba olisqueando en el fondo de la cueva y Renn clasificaba hierbas en su regazo. El fardo, las botas, el arco y el carcaj de Torak estaban pulcramente apilados detrás de ella. Torak se percató de que, para recuperarlos, Renn tenía que haber vuelto a cruzar el río. Dos veces.

—Renn —llamó.

—¿Qué? —preguntó ella sin alzar la mirada. Por su tono, Torak supo que aún estaba enfadada.

—Me has sacado del río, me has traído a rastras hasta aquí y has recuperado mis cosas. No consigo imaginar… Quiero decir, has sido muy valiente. —Ella no contestó—. Renn —volvió a decir Torak.

—¿Qué?

—Tenía que volver al fondo. Tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

Con torpeza, Torak sacó la mano que contenía el Nanuak y abrió los dedos.

En cuanto lo hizo, el fuego pareció encogerse y las sombras brincaron en las paredes de la cueva. Dio la impresión de que el aire chisporroteaba, como sucede instantes después de que haya caído un rayo.

Lobo dejó de olisquear y soltó un gruñido de advertencia. Renn se quedó muy quieta.

Los ojos del río reposaban en la palma de Torak en un nido de lodo verde, y refulgían levemente, como la luna en una noche de niebla.

Al mirarlos, Torak sintió un eco de la mareante sensación que lo había acometido en el fondo del río.

—Es la primera parte del Nanuak, ¿verdad? —preguntó—. «En lo más profundo, la visión ahogada.»

El rostro de Renn se había quedado pálido.

—No… no te muevas —dijo, y salió precipitadamente de la cueva, para volver poco después con un puñado de hojas de serbal de color escarlata—. Suerte que tienes lodo en la mano —afirmó—. No debes dejar que te toquen la piel porque podrían succionar tu propia parte del alma del mundo.

—¿Es eso lo que me estaba pasando? —musitó Torak—. En el río empezaba a sentirme… confuso. —Le contó lo de la Gente Oculta.

Parecía que Renn estaba horrorizada.

—¿Cómo te has atrevido? Si llegan a cogerte… —Hizo el ademán para

protegerse del mal—. No puedo creer que hayas estado durmiendo con eso en la mano. No hay tiempo que perder.

Sacó una pequeña bolsa negra del interior de su jubón y la llenó de hojas de serbal.

—Las hojas nos protegerán —explicó—, y la bolsa también debería hacerlo; es de piel de cuervo.

Aferrando la muñeca de Torak, dejó caer los ojos del río en la bolsita y la cerró bien fuerte.

En cuanto el Nanuak estuvo a buen recaudo, las llamas crecieron y las sombras se encogieron. El aire en la cueva dejó de chisporrotear.

Torak se sintió como si le hubiesen quitado un peso de encima. Observó que Lobo se acercaba con sigilo y se tendía junto a Renn con el hocico entre las patas, mientras contemplaba la bolsita en su regazo y gemía suavemente.

—¿Crees que puede olerlo? —preguntó Renn.

—O quizá lo oye —repuso Torak—. No lo sé.

—Siempre y cuando no haya algo más que pueda hacerlo también… —dijo Renn con un estremecimiento.

17



Torak despertó al alba sintiéndose agarrotado y dolorido. Pero podía mover todos los miembros y no notaba nada roto, de manera que llegó a la conclusión de que estaba mejor.

Renn estaba arrodillada a la entrada de la cueva tratando de darle a Lobo un puñado de camarinas. Lobo se acercó poco a poco y con cautela, y retrocedió de nuevo con un movimiento brusco. Al final decidió que podía confiar en ella y sorbió las camarinas. Renn rió cuando los bigotes le hicieron cosquillas en la palma de la mano.

Pilló a Torak mirándola y dejó de reír, avergonzada por que la viera haciéndose amiga del lobezno.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—Mejor.

—Pues no lo parece. Necesitarías descansar al menos un día. —Se levantó—. Voy a cazar. Deberíamos guardar la comida seca para cuando haga falta.

Torak se incorporó hasta sentarse, dolorido.

—Yo también voy.

—No, tú no vienes, tienes que descansar…

—Pero mi ropa está seca y necesito moverme. —No le reveló el verdadero motivo, que era que odiaba las cuevas. Él y Pa a veces se guarecían en ellas, pero Torak siempre acababa fuera. No le parecía apropiado dormir entre sólidas paredes, aislado del viento y del Bosque, pues tenía la sensación de que se lo hubiese tragado la tierra.

—Prométeme que en cuanto consigamos una presa volverás aquí a descansar —le dijo Renn suspirando.

Torak se lo prometió.

Vestirse le dolió más de lo que esperaba, y cuando hubo acabado, le lloraban los ojos. Por fortuna, Renn no se dio cuenta, pues se estaba preparando para la caza. Se cepilló el pelo con un peine de madera de fresno tallada en forma de garra de cuervo, se lo recogió en una cola de caballo y se colocó una pluma de búho para tener suerte en la caza. A continuación se embadurnó la piel con ceniza para disimular su olor y engrasó el arco con un par de avellanas machacadas, al tiempo que canturreaba:

—Que el guardián del clan vuele conmigo y me haga tener éxito en la caza.

—Nos preparamos para la caza de la misma forma, sólo que nosotros decimos: «Que el guardián corra conmigo» —explicó Torak, sorprendido—. Y no engrasamos los arcos cada vez.

—Es algo que sólo hago yo —explicó Renn. Lo sostuvo en alto con el mayor cuidado para que la madera engrasada reluciera—. Fin-Kedinn lo hizo para mí cuando yo tenía siete años, precisamente después de que mataran a mi padre. Es de madera de tejo, curada para que dure cuatro veranos, y se le puso albura en la parte exterior para darle flexibilidad, y duramen en la interior para que fuera duro. Él también hizo el carcaj. Trenzó por sí mismo el mimbre y me dejó escoger la decoración: una banda en zigzag de sauce rojo y blanco. —Hizo una pausa y el rostro se le ensombreció por los recuerdos—. Nunca conocí a mi madre; Pa lo era todo para mí. Cuando lo mataron, lloré desesperadamente. Entonces vino Fin-Kedinn, y yo le golpeé con los puños. No se movió. Tan sólo permaneció allí, tieso como un roble, dejándome que le pegara. Más tarde me dijo: «Era mi hermano. Yo cuidaré de ti.» Y estaba segura de que lo haría. —Frunció el entrecejo y apretó los labios.

Torak se dio cuenta de que Renn echaba de menos a su tío, y probablemente también estaba preocupada por él, ya que Fin-Kedinn estaba siguiendo el rastro de su sobrina en el Bosque en que rondaba el oso. Para darle tiempo, Torak hizo sus propios preparativos y cogió sus armas. Entonces le dijo:

—¡Vamos! Vayamos a cazar.

Renn asintió y se echó el carcaj al hombro.

Hacía una mañana radiante y fría, y el Bosque nunca había parecido tan hermoso. Serbales escarlatas y abedules dorados refulgían como llamas contra los abetos de un verde oscuro, matorrales de arándanos relucían con millares de minúsculas telarañas tachonadas de escarcha, y el musgo congelado crujía bajo los pies. Un par de inquisitivas urracas, que se estaban peleando, los seguían de árbol en árbol. El oso debía de estar muy lejos.

Por desgracia, Torak no dispuso de mucho tiempo para disfrutarlo. Alrededor de media mañana, Lobo asustó a un grupo de perdices blancas, que levantaron precipitadamente el vuelo con indignados glugluteos. Las aves volaban rápido y hacia el sol, de manera que Torak ni siquiera se molestó en apuntar con su arco, pues sabía que no alcanzaría a ninguna de ellas. Asombrado, vio cómo Renn tensaba su arco y disparaba, y una perdiz blanca cayó sobre el musgo con un golpe seco.

—¿Cómo has hecho eso? —dijo, boquiabierto.

—Bueno, es que practico mucho —contestó Renn sonrojándose.

—Pero… jamás había visto a nadie disparar tan bien. ¿Eres la mejor de tu clan? —Parecía que la chica se sentía incómoda—. ¿Hay alguien mejor que tú?

—Bueno, en realidad no. —Todavía avergonzada, Renn se internó en los matorrales de arándanos para recuperar la perdiz—. Aquí tienes. —Y esbozó una sonrisa que mostraba sus afilados dientes—. ¿Recuerdas tu promesa? Ahora tienes

que volver y descansar.

Torak cogió la perdiz. De haber sabido que era tan buena tiradora, jamás se lo habría prometido.

Cuando Renn regresó a la cueva, celebraron un banquete. Por el ulular de un búho joven, sabían que el oso estaba lejos; y Renn calculó que habían viajado lo suficiente hacia el este para haber huido de los Cuervos. Además, necesitaban comida caliente.

La chica envolvió dos pequeños pedazos de perdiz en hojas de acedera y los dejó para los guardianes del clan, mientras que Torak trasladó el fuego a la entrada de la cueva, pues estaba decidido a no pasar otra noche en su interior. A continuación llenó hasta la mitad con agua el pellejo de cocinar de Renn y lo colgó sobre el fuego. Entonces, utilizando una rama quebrada, dejó caer en él piedras al rojo para calentarla, y añadió la perdiz blanca desplumada y cortada en trozos. No tardó en estar revolviendo un fragante estofado aderezado con cebollas silvestres y acompañado de grandes y carnosas setas.

Se comieron la mayor parte de la carne, dejando un poco para la hora de comer, y rebañaron el jugo con raíces de achicoria asadas en las brasas. Después tomaron un delicioso puré que Renn hizo con arándanos rojos tardíos y avellanas, y por fin unos hayucos, que reventaron sobre el fuego, y así pudieron pelarlos y comerse el pequeño y rico fruto de su interior.

Cuando acabaron, Torak tuvo la sensación de que nunca más necesitaría comer. Se instaló junto al fuego para reparar el desgarrón en las calzas donde lo había agarrado la Gente Oculta. Renn se sentó un poco apartada y recortó las aletas de sus flechas, y Lobo se tumbó entre ambos a lamerse las patas, pues había dado cuenta rápidamente del pedazo de perdiz que Torak había reservado para él.

Durante un rato reinó un silencio cordial, y Torak se sintió satisfecho, incluso esperanzado. Después de todo, había encontrado la primera parte del Nanuak. Y de algo serviría.

De pronto Lobo se incorporó de un salto y salió disparado del haz de luz que proyectaba el fuego. Regresó instantes después y comenzó a dar vueltas alrededor de la hoguera profiriendo leves gañidos.

—¿Qué ocurre? —musitó Renn.

Torak estaba de pie observando a Lobo. Negó con la cabeza.

—No consigo descifrarlo. «Olor a muerte. A muerte vieja. ¡Vamos!» Dice algo así.

Miraron fijamente hacia la oscuridad.

—No deberíamos haber encendido un fuego —dijo Renn.

—Ahora ya es demasiado tarde —repuso Torak.

Lobo paró de soltar gañidos, levantó el hocico y dirigió la vista al cielo.

Torak alzó la mirada… y lo que quedaba de su buen humor se desvaneció.

Hacia el este, sobre la distante negrura de las Montañas Altas, el ojo rojo del Gran Uro los contemplaba implacable.

Se hacía imposible confundirlo, pues se distinguía su furibundo color carmesí y su malévolo titilar. Torak no podía apartar los ojos de él y sentía su poder, que le enviaba fuerzas al oso y, en cambio, minaba su propia voluntad de esperanza y su resolución.

—¿Qué posibilidades tenemos contra el oso? —preguntó—. Lo que quiero decir es si de veras tenemos alguna posibilidad.

—No lo sé —repuso Renn.

—¿Cómo vamos a encontrar las otras dos partes del Nanuak? «Lo más antiguo, el mordisco de piedra. Lo más frío, la luz más oscura.» Además, ¿qué significa eso?

Renn no contestó.

Torak logró por fin apartar la mirada del cielo y se sentó junto al fuego. Parecía que el ojo rojo lo fulminaba con la mirada desde las brasas.

Renn, que estaba detrás de Torak, dijo con emoción.

—¡Mira, Torak, es el Árbol Primigenio!

Torak levantó la cabeza.

El ojo se había oscurecido, y en su lugar, un resplandor silencioso y siempre cambiante ocupaba completamente el cielo. En esos momentos una inmensa franja de luz se estremecía a merced de un viento que guardaba silencio, pero la franja se desvaneció y unas relucientes ondas de un tono verde pálido se mecieron a través de las estrellas. El Árbol Primigenio se extendió interminablemente y arrojó su fuego milagroso sobre el Bosque.

Cuando Torak lo miró, una chispa de esperanza volvió a encenderse en su interior. Siempre le había encantado observar el Árbol Primigenio en las noches gélidas, mientras Pa le explicaba la historia del Inicio. El Árbol Primigenio significaba tener buena suerte en la caza, de modo que quizá le trajera también suerte a él.

—Creo que es una buena señal —dijo Renn como si le hubiera leído el pensamiento—. Me he estado preguntando si fue realmente la suerte la que te hizo encontrar el Nanuak. Quiero decir, ¿por qué tuviste que caer precisamente en la parte del río en que se hallaba? No creo que se tratara de una casualidad, sino que… que estabas predestinado a encontrarlo. —Torak le dirigió una mirada inquisitiva—. A lo mejor —continuó Renn despacio—, te pusieron el Nanuak en tu camino, pero dependía de ti la decisión de cómo actuar. Cuando lo viste en el fondo del río, podrías haber determinado que era demasiado peligroso tratar de cogerlo. Pero no lo hiciste. En cambio, arriesgaste tu vida para conseguirlo. A lo mejor… eso formaba parte de la prueba. Era una buena reflexión, y a Torak lo reconfortó. Se quedó dormido mientras observaba las silentes ramificaciones verdes del Árbol Primigenio, al tiempo que Lobo salía disparado de la cueva en una de sus misteriosas misiones.

Lobo dejó la Guarida y ascendió trotando hacia la cresta de la colina sobre el valle para captar el aroma que había en el viento: un poderoso olor a presa podrida, como si llevara mucho tiempo muerta, aunque se movía.

Mientras corría, Lobo sintió con alegría que las almohadillas se le estaban endureciendo y que los miembros del cuerpo se le volvían más fuertes con cada Oscuridad que pasaba. Le encantaba correr y deseaba que a Alto Sin Cola también le gustara. Pero a veces su hermano de carnada podía ser terriblemente lento.

Cuando Lobo se aproximaba a la cresta, oyó el rugido del Agua Atronadora y el ruido que hacía una liebre que se alimentaba en el valle contiguo. En lo alto, vio el Ojo Blanco Brillante con sus muchos pequeños lobeznos. Todo estaba como debía estar, a excepción de aquel olor.

En lo alto de la cresta levantó el hocico para oler los vientos cargados de aromas, y una vez más lo captó; estaba cerca y se acercaba aún más. Corriendo para internarse de nuevo en el valle, no tardó en encontrar a aquella cosa extraña que se arrastraba y que olía tan mal.

Se aproximó lo suficiente para verla con claridad en la oscuridad, aunque tuvo buen cuidado de no dejar que se diera cuenta de que estaba cerca. Sorprendido, descubrió que en realidad no se trataba de una presa vieja. Tenía aliento y garras, y se movía con unos extraños y desgarbados andares, al tiempo que gruñía para sus adentros mientras la baba le colgaba del hocico.

Lo que dejó más perplejo a Lobo era que no podía captar lo que la criatura sentía, pues parecía como si tuviera la mente rota, desperdigada como huesos viejos. Lobo jamás había detectado nada semejante.

Observó cómo se abría paso por la cuesta hacia la guarida donde estaban durmiendo los sin cola. Merodeó y se acercó un poco más…

En el mismo momento en que Lobo estaba a punto de atacar, la criatura se agitó y se alejó arrastrándose. Pero, a través de la maraña de los deshilachados pensamientos del ser, Lobo captó que regresaría.

18



La niebla los sorprendió cual ladrón en plena noche.

Cuando Torak reptó con el cuerpo entumecido para salir del saco para dormir, el valle que se extendía debajo de ellos había desaparecido. El aliento del Espíritu del Mundo se lo había tragado por completo.

El muchacho bostezó. Lobo lo había despertado con frecuencia durante la noche al corretear de aquí para allá y al proferir por lo bajo insistentes ladridos: «Huelo a presa, vigila.» Aquello no tenía sentido. Cada vez que Torak iba a investigar, no notaba nada más que un hedor a carroña y la sensación de ser observado.

—Quizá sencillamente detesta la niebla —sugirió Renn con tono gruñón mientras enrollaba el saco para dormir—. Al menos yo la odio, porque en medio de la niebla nada es lo que parece.

—No creo que se trate de eso —repuso Torak mientras contemplaba a Lobo, que olisqueaba el aire.

—Bueno, ¿y qué es, entonces?

—No lo sé. Es como si hubiese algo ahí fuera. Pero ni el oso ni los Cuervos. Otra cosa.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te lo he dicho, no lo sé. Pero deberíamos estar en guardia. —Con aire pensativo, echó más leña al fuego para calentar el resto del estofado para la hora de comer.

Con el ceño fruncido, Renn contó las flechas que tenían.

—Catorce entre los dos. No es suficiente. ¿Sabes cómo tallar sílex?

—Mis manos no son lo bastante fuertes —respondió Torak haciendo un gesto negativo—. Pa iba a enseñarme el próximo verano. ¿Y tú?

—Igual que tú. Vamos a tener que andarnos con cuidado. No sabemos cuánto nos falta para llegar a la Montaña, y necesitaremos más carne.

—A lo mejor apresamos algo hoy.

—¿Con esta niebla?

Renn tenía razón. La niebla era tan densa que no veían a Lobo a cinco pasos delante de ellos, y era de esa clase de bruma que los clanes llamaban «humo de escarcha»: un helado soplo que descendía desde las Montañas Altas a principios de

invierno, ennegrecía las bayas y provocaba que las pequeñas criaturas se escabulleran hacia sus madrigueras.

Lobo los guiaba por una senda de uros que serpenteaba hacia el norte y ascendía por una ladera del valle; fue una gélida escalada a través de helechos helados y quebradizos. La niebla amortiguaba los sonidos y hacía difícil juzgar las distancias, y los árboles surgían imponentes ante ellos con alarmante brusquedad. Una vez dispararon a un ciervo, pero descubrieron que le habían dado a un tronco. Y eso significó una lucha frustrante por recuperar las puntas de flecha, ya que no podían permitirse el lujo de perderlas. En otras dos ocasiones, a Torak le pareció ver una figura entre la maleza, pero cuando corrió en su busca no encontró nada.

Tardaron toda la mañana en ascender hasta la cresta, y toda la tarde en llevar a cabo el duro descenso hasta el valle siguiente, donde un silencioso bosque de pinos custodiaba un apacible río.

—¿Te has dado cuenta —preguntó Renn cuando se hubieron guarecido en un refugio hecho a toda prisa tras una cena muy triste— de que no hemos visto ni un solo reno? A estas alturas deberíamos hallarlos por todas partes.

—Yo también he estado pensándolo —repuso Torak. Al igual que Renn, sabía que la nieve que había en los montes debería estar conduciendo a las manadas hacia el Bosque para que engordaran comiendo musgo y hongos. A veces estos animales comían tantos hongos que hasta su carne sabía a ellos.

—¿Qué van a hacer los clanes si los renos no aparecen? —quiso saber Renn.

Torak no contestó. Los renos significaban supervivencia: carne, lecho y ropas.

Se preguntó qué haría para conseguir prendas de invierno, pues Renn había tenido la previsión de ponerse las suyas antes de abandonar el campamento de los Cuervos, pero no había podido llevarse nada para él, de manera que sólo contaba con sus prendas de ante, ni mucho menos tan calientes como la pelliza y las calzas de pelo que él y Pa se hacían cada otoño.

Aunque encontraran presas, ni siquiera dispondrían de tiempo para hacerse ropa. Más allá de la niebla, el ojo rojo del Gran Uro estaba ascendiendo más y más.

Torak cerró los ojos para alejar aquellos pensamientos, y por fin se sumió en un sueño intranquilo. Pero siempre que se despertaba durante la noche le llegaba aquel extraño olor a carroña.

La mañana siguiente amaneció más fría y brumosa que nunca, y hasta Lobo parecía abatido cuando los guiaba río arriba. Llegaron a un roble caído que formaba un puente sobre el río y pasaron sobre él a gatas. Poco después el sendero se bifurcó. Hacia la izquierda, se internaba serpenteante en un valle neblinoso poblado de hayas; hacia la derecha, ascendía hasta desaparecer en un frío y húmedo desfiladero, cuyos escarpados costados constituían una mezcla muy poco atractiva de peñascos cubiertos de musgo.

Tanto Torak como Renn se desanimaron cuando Lobo eligió la senda de la derecha.

—¡Ésa no puede ser la elección correcta! —exclamó Renn—. La Montaña queda hacia el norte. ¿Por qué no deja de dirigirse hacia el este?

—A mí también me da la sensación de que se equivoca. Pero parece estar seguro.

Renn soltó un bufido. Estaba claro que volvía a abrigar dudas.

Al ver a Lobo que esperaba pacientemente, Torak sintió una punzada de culpabilidad. El lobezno no tenía ni cuatro lunas. A esa edad, debería estar jugando junto a su guarida, en vez de recorrer las montañas.

—Creo —dijo— que debemos confiar en él.

—Vaya —murmuró Renn.

Subiéndose más los fardos sobre los doloridos hombros, se internaron en el desfiladero.

No habían recorrido ni diez pasos cuando se percataron de que su presencia no era grata en ese lugar. Extendiendo los brazos, los altos abetos rojos les advirtieron que retrocedieran, un peñasco se estrelló delante de ellos y otro cayó al sendero exactamente detrás de Renn. El hedor a carroña se tornó más intenso. Pero, si procedía de una presa muerta, era de una bien extraña, pues no se oía a cuervo alguno.

La niebla se cernió sobre ellos hasta que apenas vieron a dos pasos delante de sí. Todo cuanto oían era el incesante gotear de la niebla sobre los helechos y el borboteo de un arroyo que fluía veloz entre riberas ahogadas por esas plantas. Torak empezó a ver formas de oso en la niebla y observó a Lobo en busca del más mínimo signo de alarma, pero el lobezno trotaba tranquilamente, sin temor.

A mediodía, o lo que se les antojó mediodía, se detuvieron a descansar. Lobo se dejó caer, jadeante, y Renn se despojó de su fardo. Tenía mala cara y el cabello empapado.

—He visto algunos juncos ahí atrás —dijo—, así que voy a trenzarme una capucha. —Después de colgar arcos y carcajes de una rama, se alejó a través de los helechos. Lobo se levantó con esfuerzo y salió trotando detrás de ella.

Torak se agachó al borde del arroyo para rellenar los odres de agua, pero al cabo de muy poco rato oyó regresar a Renn.

—Qué rapidez —comentó Torak.

—¡Fuera! —bramó una voz detrás de él—. ¡Fuera del valle del Caminante, o el Caminante cortará pescuezos!

Torak se volvió en redondo para encontrarse ante un hombre muy alto e increíblemente mugriento que sostenía un cuchillo.

El chico captó al instante un ajado rostro, tan áspero como corteza de árbol, una cabellera hasta la cintura, enmarañada por la suciedad, y una capa de viscosos juncos amarillos. Por fin aquel hedor a carroña tenía explicación, pues del cuello del hombre colgaba el cuerpo semipodrido de una paloma.

De hecho, todo en él parecía estar podrido: desde la cuenca del ojo, vacía y

purulenta, hasta las negras y desdentadas encías y la nariz rota de la que pendía un bucle de cieno amarillo verdoso.

—¡Fuera! —bramó de nuevo blandiendo un cuchillo de pizarra verde—. ¡Narik y el Caminante dicen que se vayan!

Rápidamente, Torak se llevó ambos puños al corazón para hacer la señal de la amistad.

—Por favor…, venimos como amigos. No pretendemos hacerte ningún daño…

—¡Pero ya han hecho daño! —rugió el hombre—. ¡Lo traen consigo a este hermoso valle! ¡El Caminante vigila toda la noche! ¡Toda la noche aguarda para ver si causarán daño en este valle!

—¿De qué daño hablas? —preguntó Torak, desesperado—. ¡No pretendíamos causar ninguno!

Algo se movió entre los helechos, y Lobo se precipitó hacia Torak, que lo atrajo hacia sí y sintió latir con fuerza el pequeño corazón del animal.

El hombre no se percató de ello, pues había oído a Renn acercarse con sigilo por detrás.

—Con que atacando por la espalda, ¿eh? —gruñó el hombre mientras se volvía en redondo blandiendo el cuchillo ante la cara de Renn.

Renn retrocedió, pero eso no hizo sino enfadar más al hombre.

—¿Quiere ella que los tire al agua? —preguntó arrancando los arcos y carcajes de la rama y sosteniéndolos sobre el arroyo—. ¿Es que quiere ella ver cómo nadan estas bonitas flechas y estos arcos tan relucientes? —Muda por el horror, Renn negó con la cabeza—. Entonces ellos van a dejar caer sus cuchillos y hachas bien rápido, ¡o se van al agua!

Torak y Renn sabían que no les quedaba otra opción, de modo que arrojaron las armas que les quedaban a los pies del hombre, y él se las guardó rápidamente bajo la capa.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Torak, con el corazón latiéndole tan rápido como el de Lobo.

—¡Que se larguen! —bramó el Hombre—. ¡El Caminante les ha dicho que se vayan! ¡Narik se lo ha dicho! ¡Y la ira de Narik es terrible!

Tanto Renn como Torak miraron alrededor en busca de Narik, quienquiera que fuese, pero tan sólo vieron árboles mojados y niebla.

—Ya nos vamos —dijo Renn mirando su arco atrapado en aquel puño enorme.

—¡Pero no hacia lo alto del valle! ¡Fuera! —El hombre indicó con un gesto la pared del desfiladero.

—Pero… no podemos irnos por ahí —repuso Renn—; es demasiado escarpada y…

—¡Nada de más trucos! —bramó el Caminante, y arrojó el carcaj de Renn al arroyo.

Renn gritó y dio un brinco para recuperarlo, pero Torak la agarró del brazo.

—Demasiado tarde —le dijo—. Se ha perdido. —El arroyo era más profundo y rápido de lo que parecía. El adorado carcaj de Renn había desaparecido.

Ella se volvió hacia el Caminante.

—¡Estábamos haciendo lo que nos decías! ¡No tenías por qué hacer eso!

—¡Oh, sí, el Caminante sí tenía por qué hacerlo! —repuso el hombre con una sombría sonrisa desdentada—. Ahora ellos saben que habla en serio.

—Vamos, Renn —intervino Torak—. Hagamos lo que nos dice.

Furiosa, la muchacha cogió su fardo.

Si el trayecto había sido duro antes, ése fue peor. El Caminante avanzaba a grandes zancadas tras ellos, casi obligándolos a correr por una rocosa senda de alces que en ocasiones los forzaba a trepar a gatas. Renn iba delante, con cara de pocos amigos, lamentándose por la pérdida del carcaj. Lobo no tardó en empezar a quedarse atrás.

Torak se dio la vuelta para ayudarlo, pero el cuchillo del Caminante hendió el aire a menos de un dedo de la cara del chico.

—¡Él sigue! —exclamó.

—Tan sólo quiero llevar a…

—¡Él sigue!

—Eres del Clan de la Nutria, ¿no es así? —intervino Renn—. Reconozco tus tatuajes.

El Caminante la fulminó con la mirada.

Torak aprovechó la oportunidad y cogió en brazos al desfallecido lobezno.

—Era del Clan de la Nutria —musitó el Caminante hundiéndose las uñas en el cuello donde la piel, llena de costras, llevaba tatuadas unas ondas verde azuladas.

—¿Por qué los abandonaste? —preguntó Renn, que parecía estar haciendo un esfuerzo supremo por olvidarse de su carcaj y trabar amistad con el hombre, con el objetivo de mantenerlos a todos con vida.

—No los abandonó —repuso el Caminante—. Los Nutrias lo abandonaron a él. —Arrancó un ala de la paloma y la succionó entre las encías sin dientes, acompañada de un generoso montón de lodo. Torak se tambaleó y Renn se puso de un verde pálido —. El Caminante estaba haciendo puntas de flecha —dijo en pleno y rancio bocado — y el sílex vuela hacia él y lo muerde en la cabeza. —Soltó una risa como un ladrido y los salpicó a ambos—. Trozos de él que quedaron mal, que hubo que remendar, que volvieron a ponerse mal. Al final el ojo se le sale de la cuenca, y va un cuervo y se lo come. ¡Ja! A los cuervos les gustan los ojos. —El rostro se le contrajo y se golpeó la cabeza con un puño—. ¡Ah, pero cómo duele, cómo duele! ¡Todas las voces aúllan, las almas pelean en la cabeza de él! ¡Por eso es que los Nutrias lo obligan a marcharse!

—Uno de mi clan perdió un ojo de la misma forma —explicó Renn tragando saliva—. Mi clan es amigo del de la Nutria. No… no pretendemos hacerte ningún daño.

—Es posible —repuso el Caminante sacándose un hueso de la boca y guardándolo cuidadosamente bajo la capa—. Pero siguen trayendo el daño consigo. —De pronto se detuvo y recorrió con la vista las laderas—. Pero el Caminante lo olvidaba. ¡Narik le pide avellanas! ¿Adónde se han ido los árboles de avellanas?

Torak levantó un poco más a Lobo en los brazos.

—Ese daño que crees que traemos… —le dijo al hombre—. ¿Te refieres a…?

—Ellos saben a lo que él se refiere —interrumpió el Caminante—. El demonio oso, el oso demonio. ¡Y el Caminante le dijo que no lo llamara!

Torak se detuvo.

—¿A quién se lo dijo? ¿Te refieres a… al vagabundo tullido? ¿Al que creó al oso?

Un pinchazo del cuchillo le recordó que siguiera avanzando.

—¡El tullido, sí, por supuesto! El sabio, siempre detrás de los demonios para que cumplieran sus deseos. —Otro ladrido de risa—. Pero el chico Lobo nada sabe de demonios, ¿no es así? ¡Ni siquiera sabe qué son! ¡Ah, sí, el Caminante siempre se da cuenta de esas cosas! —Renn parecía sorprendida y Torak evitó su mirada—. El Caminante sí sabe cosas de ellos —continuó el hombre, todavía observando las laderas en busca de avellanos—. ¡Oh, sí! Antes de que el sílex lo mordiera, él era un hombre sabio. Había aprendido que si mueres y pierdes tu alma del nombre, te vuelves un fantasma y olvidas quién eres. Al Caminante siempre le dan lástima los fantasmas. Pero si la que pierdes es tu alma del clan, lo que queda es un demonio. —Inclinándose hacia delante, envolvió a Torak en una nube de aliento fétido—. Piensa en eso, chico Lobo: te quedas sin alma del clan, y eres un demonio. Todo el poder del Nanuak, pero sin conciencia de clan para dominarlo; tan sólo queda la ira que te provoca que te hayan quitado algo. Por eso odian a los vivos.

Torak sabía que el Caminante estaba diciendo la verdad. Él mismo había visto ese odio, que había matado a su padre.

—¿Y qué me dices del tullido? —preguntó con voz ronca—. El que cogió al demonio y lo atrapó dentro del oso. ¿Cómo se llamaba?

—¡Ah! —repuso el Caminante indicándole con un ademán a Torak que continuara—. Era tan sabio, tan astuto… Para empezar, sólo quiere los demonios pequeños, los que se deslizan y corretean. Pero no son lo bastante poderosos para él, y quiere más y más. Así que llama a los que muerden y a los que cazan. Y sigue sin ser suficiente. —Esbozó una amplia sonrisa, y le ofreció a Torak otra nube de aliento carroñero, y susurró—: Al final, convoca a un… primigenio.

Renn soltó un jadeo.

Torak estaba desconcertado.

—¿Qué es eso?

—¡Ah, ella lo sabe! —rió el Caminante—. ¡La joven Cuervo lo sabe!

Renn clavó su mirada en la de Torak. Los ojos de la chica se veían muy oscuros.

—Cuanto más poderosas son las almas, más poderoso es el demonio. —Renn se lamió los labios—. Un primigenio adquiere vida cuando alguien tremendamente

poderoso muere (algo parecido a una cascada que cae sobre un río helado) y sus almas quedan desperdigadas. Un primigenio es el demonio más poderoso de todos.

Lobo se retorció hasta liberarse de los brazos de Torak y desapareció entre los helechos.

«Un primigenio», se dijo Torak, aturdido.

Pero aquella charla sobre demonios estaba volviendo a alterar al Caminante.

—¡Oh, cómo odian a los vivos! —gimió meciéndose de un lado a otro—. ¡Brillan demasiado, demasiado… esas almas tan relucientes! ¡Duele! ¡Duele! ¡El chico Lobo y la joven Cuervo tienen la culpa! ¡Lo traen consigo al hermoso valle del Caminante!

—Pero ya casi estamos fuera de tu valle —puntualizó Renn.

—Sí, mira —añadió Torak—, ya casi hemos llegado a la cima…

El Caminante no quería que lo calmaran.

—¿Por qué lo hacen? —exclamó—. ¿Por qué? ¡El Caminante nunca les ha hecho ningún daño! —Blandiendo los arcos sobre la cabeza, los sujetó ambos por los extremos, como si fuera a partirlos en dos.

Aquello fue demasiado para Renn.

—¡No te atrevas a hacer eso! —chilló—. ¡No te atrevas a dañar mi arco!

—¡Atrás —bramó el hombre—, o el Caminante los parte en dos como ramitas!

—¡Déjalos! —exclamó Renn, y se abalanzó sobre él tratando en vano de alcanzar su arco.

Torak tuvo que actuar con rapidez. Abrió a toda prisa su bolsa de comida y tendió la mano que había metido en ella.

—¡Avellanas! —exclamó—. ¡Avellanas para Narik!

El efecto fue inmediato.

—¡Avellanas! —musitó el Caminante. Dejando caer los arcos sobre las piedras, le arrancó las avellanas a Torak de la mano y se puso en cuclillas. Luego sacó una piedra del interior de la capa y empezó a cascarlas—. Humm, son buenas y dulces. Narik se sentirá complacido.

Sin hacer ruido, Renn recuperó los arcos y les pasó una mano para quitarles la humedad. Le ofreció a Torak el suyo, pero él no lo cogió porque estaba mirando fijamente la piedra que el Caminante utilizaba para cascar las avellanas.

—¿Quién es Narik? —preguntó, con la intención de que el Caminante siguiera hablando para así poder verla más de cerca—. ¿Es amigo tuyo?

—El Caminante lo ve con claridad —murmuró el hombre en respuesta—. ¿Por qué no puede verlo el chico Lobo? ¿Le pasa algo malo en los ojos? —Hundió la mano en la capa para extraer un sarnoso ratón de color marrón. Aferraba media avellana entre las patas y parecía irritado por la interrupción.

Torak parpadeó. El ratón estornudó y volvió a su comida.

Con ternura, el Caminante le acarició el pequeño lomo encorvado con un dedo mugriento.

—¡Ah, el niño adoptivo del Caminante!

La piedra yacía desechada en el suelo. Era más o menos del tamaño de la mano de Torak: una garra afilada y curva, de reluciente piedra negra.

Y si había una garra de piedra, ¿no podía haber un diente de piedra? Torak miró a Renn. Ella también la había visto. Y, por su expresión, había pensado lo mismo: «En lo más antiguo, el mordisco de piedra.» La segunda parte del Nanuak.

—¿Me diría el Caminante dónde consiguió esa piedra? —preguntó Torak con cautela.

El Caminante levantó la cabeza, aturdido por las caricias que le hacía al ratón, se le crispó el rostro y dijo:

—En la boca de piedra. Hace mucho, en tiempos malos. Se está escondiendo. Los Nutrias lo han echado, pero aún no ha encontrado su hermoso valle.

Una vez más Torak y Renn intercambiaron miradas. ¿Se atreverían a arriesgarse a otro estallido de ira?

—La criatura de piedra —dijo Torak—, ¿tiene dientes de piedra dentro de la boca de piedra?

—¡Por supuesto! —gruñó el Caminante—. Si no, ¿cómo iba a comer?

—¿Dónde podemos encontrarla? —quiso saber Renn.

—¡El Caminante lo ha dicho! ¡En la boca de piedra!

—¿Y dónde está esa criatura con la boca de piedra?

De pronto el rostro del Caminante se volvió flácido, y parecía que el hombre estaba muy cansado.

—Un sitio malo —dijo—. Muy malo. La tierra asesina que te devora y te traga. Con vigías por todas partes. Ellos te ven, pero tú no los ves a ellos. No los ves hasta que es demasiado tarde.

—Dinos cómo encontrarla —pidió Torak.

19



—De todas formas, ¿cómo va a existir una criatura de piedra? —preguntó Renn, enfadada. Estaba de mal humor desde que había perdido el carcaj.

—No lo sé —respondió Torak por enésima vez.

—¿Y qué clase de criatura es? ¿Un oso? ¿Un lince? Deberíamos habérselo preguntado.

—Probablemente no nos lo habría dicho.

—Hemos hecho todo lo que nos dijo —protestó Renn poniendo los brazos en jarras y haciendo un gesto negativo con la cabeza—. Hemos caminado dos días enteros, hemos cruzado tres valles y hemos seguido el arroyo que él mencionó. Y todavía nada. Creo que sólo trataba de librarse de nosotros.

A Torak le había pasado la misma idea por la cabeza, pero no estaba dispuesto a admitirlo. La niebla no se había disipado a lo largo de los dos días. Tenía la impresión de que eso no estaba bien. Todo en aquel lugar parecía no estar bien.

Siguiendo las instrucciones del Caminante, habían dejado «el arroyo al pie de la colina gris y pedregosa» y ascendían por la senda que serpenteaba hacia la cima, pero el lugar les producía una sensación inhóspita, amenazadora. Raquíticos abedules emergían de la niebla. Aquí y allá vieron el brillo de la roca desnuda, donde la montaña había quedado pelada por la erosión, mientras que el único sonido era el martilleo de un pájaro carpintero, que advertía a sus rivales que se alejaran.

—No nos quiere aquí —dijo Renn—. Quizá nos hemos equivocado de camino.

—De ser así, Lobo nos habría avisado.

—¿Todavía crees eso? —preguntó Renn, dudosa.

—Sí —repuso Torak—. Lo creo. Después de todo, si no nos hubiera guiado hasta el valle del Caminante, no habríamos visto la garra de piedra y no habríamos sabido nada de la existencia de un diente de piedra.

—Es posible. Pero me sigue pareciendo que nos hemos desviado mucho hacia el este. Nos estamos acercando demasiado a las Montañas Altas.

—¿Cómo puedes saberlo, si no vemos a diez pasos de nuestras narices?

—Puedo sentirlo. ¿Notas ese aire helado? Viene del río de hielo.

Torak se detuvo y la miró fijamente.

—¿Qué río de hielo?

—El que hay al pie de las montañas.

Torak apretó los dientes. Se estaba cansando de ser el único que no sabía las cosas.

Ascendieron en silencio, y pronto dejaron atrás hasta al pájaro carpintero. Lleno de inquietud, Torak se dio cuenta de los ruidos que hacían: los crujidos del fardo, el golpeteo de los guijarros al abrirse paso Renn con esfuerzo. Percibía que las rocas los escuchaban y que los retorcidos árboles les advertían en silencio que volvieran atrás.

De pronto Renn se volvió y descendió con estrépito hasta él.

—¡Lo entendimos mal! —exclamó jadeante, con los ojos muy abiertos y asustada.

—¿Qué quieres decir?

—¡El Caminante nunca dijo que se tratara de una criatura de piedra! Fuimos nosotros quienes dijimos tal cosa. ¡Él sólo habló de una boca de piedra! —Agarrándolo del brazo, tiró de Torak hasta lo alto de la colina.

Allí el terreno se nivelaba y la senda se había acabado. Torak se paró en seco en medio de la niebla que se arremolinaba, y al captar lo que había ante sus ojos, el miedo se apoderó de él.

Una pared rocosa se erguía ante ellos, gris como una nube de tormenta, a cuyos pies, custodiada por un tejo solitario, se hallaba una caverna, oscura cual grito silencioso: una boca de piedra abierta de par en par.

—No podemos entrar ahí —dijo Renn.

—Tenemos… tengo que hacerlo —repuso Torak—. Esta es la boca de piedra de la que hablaba el Caminante. Es donde encontró la garra de piedra, y es donde quizá yo halle el diente de piedra.

Vista de cerca, la boca de la cueva era más pequeña de lo que habían creído: un semicírculo en sombras que tan sólo le llegaba a Torak a la altura del hombro. El chico apoyó una mano sobre el labio de piedra y se inclinó para escudriñar el interior.

—Ten cuidado —advirtió Renn.

El suelo de la cueva describía una pronunciada pendiente hacia abajo, y de ella emanaba frío: una acre bocanada de aire como el aliento de alguna antigua criatura que jamás hubiese visto el sol.

«Un sitio malo —había dicho el Caminante—. Muy malo. La tierra asesina que te devora y te traga. Con vigías por todas partes.» —No muevas la mano— dijo Renn a espaldas de Torak.

Al alzar la vista, él vio con un sobresalto que casi estaba rozando con los dedos una gran mano extendida que había sido tallada en la piedra, y apartó rápidamente su mano.

—Es una advertencia —susurró Renn—. ¿Ves esas tres barras sobre el dedo corazón? —Se acercó más—. Es antigua. Muy antigua. No podemos entrar. Ahí abajo hay algo.

—¿Qué? —quiso saber Torak—. ¿Qué hay ahí abajo?

—No lo sé. Quizá un umbral hacia el Otro Mundo. Ha de ser algo malo para que alguien tallase esa mano.

—No creo que me quede elección —concluyó Torak después de reflexionar—. Entraré. Tú quédate aquí.

—¡No! Si tú vas, yo también.

—Lobo no puede venir conmigo; no soportaría el olor. Tú quédate aquí con él. Si necesito ayuda, te llamaré.

Tardó un rato en persuadirla, pero cuanto más lo discutía más se convencía él mismo también.

Como preparativo dejó el arco y el carcaj bajo el tejo junto con el fardo, el saco para dormir y el odre de agua; luego se quitó el hacha del cinturón. Sólo el cuchillo le sería de alguna utilidad en la oscuridad. Finalmente, cortó una tira de pellejo sin curtir para atar al lobezno. Lobo se retorció y le habló con brusquedad hasta que Torak se las apañó para explicarle que tenía que quedarse con Renn, quien resolvió el asunto sacando un puñado de arándanos rojos de su bolsa de comida. Pero Torak no halló modo alguno de decirle a Lobo que regresaría. Por lo visto, en la lengua de los lobos no existía el futuro.

Renn le dio a Torak un ramito de serbal como protección y uno de sus mitones de piel de salmón cogido con un cordón.

—Recuerda —le dijo—: si encuentras el diente de piedra, no lo toques con las manos desnudas. Y será mejor que me des a mí la bolsa con los ojos del río.

Tenía razón. No había forma de saber qué pasaría si se llevaba consigo el Nanuak a la cueva.

Con la extraña sensación de desembarazarse de una carga no deseada, Torak le tendió la bolsita de piel de cuervo, y ella se la ató al cinturón. Lobo observó lo que sucedía moviendo las orejas, y Torak se dijo que era como si la bolsa emitiese alguna clase de ruido.

—Necesitarás luz —dijo Renn, contenta de hacer algo práctico. De su fardo, sacó dos velas de junco, hechas con médula de carrizo que se empapaba en grasa de ciervo y se dejaba secar al sol. Con el pedernal encendió una yesca de corteza de enebro, y una de las velas de junco cobró vida con una llama brillante, clara y reconfortante. Torak se sintió enormemente agradecido.

—Si necesitas ayuda —dijo Renn arrodillándose y abrazando a Lobo para impedir su propio temblor—, grita. Acudiremos corriendo.

Torak asintió. A continuación se agachó y entró en la boca de piedra.

Buscó a tientas la pared. La notó viscosa, como carne muerta. Avanzó arrastrando los pies y tanteó con ellos el camino. La vela de junco se estremeció y se redujo a un trémulo brillo. El hedor que flotaba en el aire, procedente de la oscuridad, le provocaba escozor en las fosas nasales.

Tras dar varios pasos vacilantes, topó con piedra. La boca de la cueva se había estrechado hasta formar una garganta, así que tendría que volverse de lado para avanzar. Cerrando los ojos, continuó paso a paso. Le daba la sensación de que se lo estuvieran tragando. No podía respirar ni dejaba de pensar en el peso de la pared rocosa que ejercía presión sobre él…

El aire se tornó más frío. Aún se hallaba en un túnel, pero era más ancho y torcía bruscamente hacia la derecha. Al echar una mirada hacia atrás, vio que la luz del día se había desvanecido y, con ella, Renn y Lobo.

El hedor se volvió más intenso a medida que recorría el túnel, sin oír otra cosa que su propia respiración, sin ver nada más que destellos de reluciente piedra roja.

Sintió una repentina frialdad a su izquierda, y casi perdió el equilibrio. Oyó un tamborileo de guijarros que poco después se sumieron en el silencio.

La pared a mano izquierda había desaparecido, y Torak se hallaba de pie sobre una estrecha cornisa que sobresalía sobre la oscuridad. De muy abajo le llegó el eco de un chapoteo de agua. Un resbalón… y caería.

Otra curva, esta vez a la izquierda, y una roca bajo un pie de Torak se ladeó. Dando un grito, tanteó con la mano para aferrarse y recuperó el equilibrio justo a tiempo.

A consecuencia de su grito, algo se estremeció.

El chico se quedó inmóvil.

—¿Torak? —La voz de Renn sonó muy lejos.

No se atrevió a responderle. Fuera lo que fuese lo que se había movido, volvía a estar quieto, aunque era una quietud horrible, a la espera, y sabía que él estaba ahí. «Vigías por todas partes. Ellos te ven, pero tú no los ves a ellos. No los ves hasta que es demasiado tarde.» Hizo un esfuerzo por continuar. Hacia abajo, siempre hacia abajo. El hedor le llegaba en oleadas. «Respira por la boca», le dijo una voz en la mente. Eso era lo que él y Pa solían hacer cuando llegaban al apestoso emplazamiento de una presa o a una cueva infestada de murciélagos. Lo intentó, y el hedor se volvió soportable, aunque aún le irritaba los ojos y la garganta.

De pronto el terreno se niveló, y Torak sintió que en torno a él se ampliaba el espacio. De alguna parte llegaba una luz mortecina porque logró distinguir una enorme caverna llena de sombras. Las emanaciones eran casi sobrecogedoras. Se hallaba en las entrañas empapadas y malolientes de la tierra.

La cornisa sobre la que se encontraba se acabó y el terreno que había a continuación estaba extrañamente abombado. En medio de la caverna una gran roca, cuya parte superior era plana, brillaba como hielo negro. Parecía llevar allí intacta miles de inviernos, y aun estando a veinte pasos de distancia de ella, Torak sintió su poder.

Era ahí donde el Caminante había encontrado la garra de piedra. Y ésa era la razón de ser de la mano de advertencia en la entrada de la cueva. Eso era lo que los vigías custodiaban: una puerta hacia el Otro Mundo.

Torak no fue capaz de dar un paso más. Se sentía como esas veces en que se despertaba tan soñoliento que mover un solo dedo le parecía imposible.

Para calmarse, apoyó la mano libre en la empuñadura del cuchillo. La capa de tendón que la cubría estaba levemente caliente y le dio el valor necesario para bajar al suelo de la caverna.

Al hacerlo, profirió un grito de asco. El suelo se hundía bajo sus pies; era una capa blanda y maloliente que lo succionaba. «La tierra asesina que te devora y te traga…»

Su grito resonó en las paredes, y muy lejos, allá en lo alto, oyó un movimiento furtivo. Algo oscuro se desprendió del techo y se abatió sobre él.

No había dónde esconderse, ni hacia dónde correr. El blando suelo le succionaba las botas como arena húmeda. Captó una fétida oleada y aquella cosa se colocó encima de él: un pelaje grasiento que le obstruía la nariz y la boca, unas garras afiladas que se le hincaban en el pelo. Con un gruñido de horror, golpeó al silencioso atacante.

Por fin éste se elevó para apartarse de él con un chasquido correoso. Pero Torak supo que no lo había vencido. El vigía simplemente había acudido a descubrir qué era Torak. Una vez averiguado, se iba.

Pero ¿qué era? ¿Un murciélago? ¿Un demonio? ¿Cuántos vigías más había?

Torak avanzó a trompicones. A medio camino de la piedra, tropezó y cayó. El hedor era insoportable. Se revolcó en una negrura asfixiante; no veía nada, no podía pensar. Hasta la vela de junco se oscureció: una llama negra que ardía encima de él…

Se puso en pie tambaleándose y movió todo el cuerpo para liberarse, como un nadador que da boqueadas en busca de aire. La mente se le tranquilizó, y la llama negra se volvió amarilla otra vez.

Llegó hasta la piedra. En su superficie lisa y antiquísima se habían dispuesto en espiral seis garras de piedra, pero se veía un agujero donde el Caminante había arrancado la séptima. En el centro se hallaba un único diente de piedra negra.

«En lo más antiguo, el mordisco de piedra.» La segunda parte del Nanuak.

El sudor recorría la espalda de Torak. Se preguntó qué poderes desataría si lo tocaba.

Tendió una mano, pero la retiró bruscamente porque recordó la advertencia de Renn: «No toques el Nanuak con las manos desnudas.»

¿Dónde estaba el mitón? Debía de habérsele caído.

Con la vela de junco buscó en derredor hundiendo la mano en los apestosos montículos. Una vez más aumentó su aturdimiento. Una vez más la llama se oscureció…

Al fin lo encontró atado a su cinturón. Se lo puso con brusquedad y extendió la mano hacia el diente.

La trémula luz del junco se proyectó sobre la pared de la cueva detrás de la roca… e hizo brillar millares de ojos.

Con la mano suspendida encima del diente, Torak movió lentamente la llama de un lado a otro y apresó el líquido resplandor de los ojos. Las paredes rebosaban de vigías. Dondequiera que la luz incidía, se retorcían y palpitaban como en un cadáver infestado de gusanos. Si cogía el diente, irían a por él.

De pronto todo sucedió súbitamente.

Desde muy lejos le llegó el agudo y urgente ladrido de Lobo.

—¡Torak! ¡Ya viene! —chilló Renn.

Los vigías hicieron explosión en torno a él.

La vela de junco se apagó.

Algo lo golpeó en la espalda y lo hizo caer sobre la piedra.

—¡Torak! ¡El oso! —volvió a gritar Renn.

20



Aferrando el carcaj de Torak, Renn echó a correr hacia el borde del sendero y tropezó con una raíz de árbol; al caer desparramó unas flechas en el suelo. El pánico le burbujeó en la garganta. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué iba a hacer?

Sólo unos instantes antes había estado caminando de un lado para otro, mientras una bandada de verderones picoteaba las jugosas bayas rosadas del tejo y Lobo tironeaba de la correa profiriendo gañidos que Torak habría entendido, pero que a ella le preocupaban.

En ese momento los verderones habían levantado el vuelo en una nube de gorjeos, y Renn había mirado hacia el pie de la colina. Una brecha en la niebla le había ofrecido una visión clara: había visto el arroyo, que fluía veloz ante un grupo de abetos rojos, y una gran roca oscura agazapada junto a ellos. Entonces la roca se había movido.

Paralizada por el horror, Renn había visto que el oso se empinaba sobre los cuartos traseros para alzarse imponente sobre los abetos. La enorme cabeza giró al tiempo que olisqueaba el aire. El animal captó el olor de Renn y se dejó caer de nuevo sobre las cuatro patas.

Ella había corrido a la cueva para advertir a gritos a Torak, pero no había obtenido otra respuesta que el eco.

Ahora, al cerrarse de nuevo la niebla y mientras buscaba a tientas las flechas, Renn imaginó al oso trepando por la colina hacia ella. Sabía cuán rápidamente se mueven los osos; en unos instantes lo tendría encima.

La pared rocosa era demasiado escarpada para escalarla; además, no podía dejar a Lobo. Le quedaba la cueva, pero todo en su interior le gritaba que no entrara ahí porque estarían atrapados como liebres en una trampa, y nunca saldrían de ella.

Los desesperados tirones de Lobo lograron que se sobrepusiera al pánico. El lobezno tiraba en dirección a la cueva, y Renn se dio cuenta de pronto de que Lobo tenía razón. Torak estaba dentro. Allí lucharían todos juntos.

Se zambulló dentro arrastrando fardos y sacos de dormir detrás de sí. La oscuridad la cegó. Chocó contra la sólida roca y se golpeó la cabeza.

Tras una agotadora búsqueda, descubrió que la cueva se estrechaba bruscamente hasta convertirse en una mera hendidura. Lobo ya se había internado en ella, y tiraba

de Renn para que lo siguiera. Ella se puso de lado y avanzó paso a paso, rápido, y luego se dejó caer de rodillas y tendió una mano a través de la hendidura para coger sus cosas.

Mientras recuperaba a tirones los fardos, los arcos y el carcaj, sintió una punzada de esperanza. Quizá la hendidura fuera demasiado angosta para el oso. Quizá pudieran resistir allí…

Algo le arrancó el odre de agua de la mano con una fuerza que la aplastó contra la salida de la hendidura y notó oleadas de dolor en el hombro. Aturdida, gateó de lado hacia un hueco y arrastró a Lobo consigo.

El oso no podía haberse movido con tanta rapidez, se dijo, atontada.

Un profundo gruñido retumbó a través de la cueva. A Renn se le puso la piel de gallina.

«No puede pasar a través de la hendidura —pensó—. No te muevas. Quédate muy, muy quieta.» De las profundidades de la cueva le llegó un grito.

—¡Renn!

¿Era Torak que llamaba pidiendo ayuda, o volvía para ayudarla a ella? No lo sabía, ni era capaz de responder. No podía hacer otra cosa que encogerse de miedo junto a Lobo en aquel hueco, sabedora de que se hallaba demasiado cerca de la hendidura —a tan sólo un par de pasos—, y sin embargo era incapaz de moverse. Alguna fuerza la retenía allí. No podía apartar los ojos de la estrecha franja de claridad.

Pero la claridad se volvió negra.

Sabiendo que era lo peor que podía hacer, Renn se inclinó para escudriñar a través de la hendidura. La sangre le atronaba en la cabeza. Vislumbró una pesadilla de pelaje oscuro, que bailaba al son de un viento que ella no sentía, y el destello de unas largas y crueles garras relucientes de sangre negra.

Un rugido hizo temblar la cueva. Gimiendo, Renn se llevó los puños con fuerza a los oídos mientras el rugido la azotaba una y otra vez hasta que creyó que iba a estallarle la cabeza.

Silencio; tan espeluznante como el rugido. Al quitarse los puños de las orejas, oyó un polvoriento susurro. Lobo jadeaba. Nada más.

Despacio, horrorizada ante lo que estaba haciendo, reptó hacia la hendidura arrastrando consigo al reacio lobezno.

Volvió a ver la luz del día. La pared rocosa gris y el tejo con bayas desparramadas debajo de él. Ningún oso.

Oyó un rugido estremecedor, tan cerca que captó el húmedo entrechocar de mandíbulas y olió el hedor a carnicería. Entonces la claridad se emborronó, y un ojo se clavó en los suyos. Más negro que el basalto, pero con un fuego que se arremolinaba en él, la atraía… la deseaba.

Renn se inclinó hacia delante.

Lobo tiró de ella hacia atrás y rompió el hechizo, de forma que Renn se encogió

para apartarse en el preciso momento en que unas garras mortíferas rebanaban la tierra donde ella había estado arrodillada.

Una vez más el oso rugió. Una vez más Renn se encogió de miedo en el hueco de la cueva. Entonces le llegaron nuevos sonidos: el entrechocar de rocas, los gemidos de un árbol moribundo. En su furia, el oso hincaba sus garras ante la boca de la cueva para arrancar de raíz el tejo y hacerlo pedazos.

Sollozando, Renn se encogió todavía más en el hueco.

La roca en que apoyaba el hombro se movió, y con un grito, Renn dio un salto atrás.

Desde el exterior le llegó el sonido de piedras que se hacían añicos y de tierra arrojada a un lado con letal resolución. Comprendió qué estaba ocurriendo: la roca que constituía ese lado de la hendidura no formaba parte, como había creído, de la cueva misma, sino que era una mera lengua de piedra que sobresalía del suelo de tierra. El oso hincaba las garras en sus raíces para socavarlas y sacarlos de allí como a hormigas rojas de un hormiguero.

Renn estaba empapada en sudor. Miró a Lobo.

Con un respingo, advirtió que ya no era un lobezno, pues tenía la cabeza gacha y los ojos fijos en lo que había más allá de la hendidura, y había echado hacia atrás los negros labios en un gruñido que desnudaba unos formidables colmillos blancos.

La firmeza se apoderó de Renn.

—No va a atraparnos como a hormigas —susurró. El sonido de su propia voz le dio valor.

Soltó la correa para devolverle a Lobo la libertad; quizá pudiera escapar, aunque ella y Torak no lo consiguieran. Entonces tanteó en busca del arco. El tacto de la fría y lisa madera de tejo le dio fuerzas. Se puso en pie.

«Concéntrate en el objetivo —se dijo, recordando las muchas lecciones que le había dado Fin-Kedinn—. Eso es lo más importante. Debes concentrarte hasta tal punto que hagas un agujero en el objetivo… Y mantén el brazo de la cuerda relajado, no te pongas tensa… La fuerza procede de tu espalda, no de tu brazo…»

—Catorce flechas —dijo—. Debería ser capaz de clavarle unas cuantas antes de que me atrape.

Salió del agujero y se colocó en posición.

Torak manoteaba para quitarse de encima el enjambre de vigías.

Las garras le arañaban la cara y el cabello. Alas apestosas le tapaban la boca y la nariz, sofocándolo. De algún modo se las había apañado para ponerse el mitón de Renn y coger el diente de piedra, pero pesaba más de lo que había esperado. Se arrancó el mitón con el diente en su interior y se lo embutió en el cuello del jubón.

—¡Renn! —chilló dándose impulso para apartarse de la roca. Unas alas correosas ahogaron su grito.

Emprendió la marcha a través del hedor pero, sin la vela de junco, ni siquiera se

veía las manos delante de la cara.

Muy débiles y lejanos le llegaban desde lo alto los frenéticos aullidos de Lobo:

«¿Dónde estás? ¡Peligro! ¡Peligro!» Vadeó hacia el sonido mientras los vigías, formando un enjambre sobre él, lo empujaban hacia abajo, hacia el hedor.

Imágenes terribles acudían en tropel a la mente de Torak: Lobo y Renn yacían muertos, igual que Pa. ¿Por qué los había obligado a quedarse arriba, ya que era más «seguro», si siempre había sido donde acechaba el verdadero peligro?

Furioso consigo mismo, sacó el cuchillo de la vaina y la emprendió a tajos con los vigías, que parecía que se elevaban para evitar la hoja.

—Oh, así que le tenéis miedo, ¿no? —exclamó—. Bueno, ¡pues aquí tenéis más! —Blandió de nuevo el cuchillo, y una vez más los vigías se elevaron en una oscura nube fuera de su alcance. La empuñadura se le calentó más y más en la mano. Gruñendo, avanzó pesadamente a través del mal olor.

Se golpeó las espinillas contra roca sólida. Había llegado a la cornisa.

—¡Ya voy! —exclamó; subió con esfuerzo a la cornisa y empezó a ascender por ella.

Un rugido estremeció la cueva y lo hizo caer de rodillas. Los vigías se elevaron en una nube y desaparecieron.

El silencio después de que el último eco se extinguiera fue aún peor. Torak adquirió conciencia de que era roca lo que tenía bajo las rodillas y de que el diente de piedra le latía en el jubón. Se esforzó por ponerse en pie y corrió ascendiendo por la cornisa. Era muy escarpada. ¿Por qué no le llegaba ningún ruido de arriba? ¿Qué estaba pasando?

Trepó y trepó hasta que le dolieron las rodillas, y el aliento le dejó seca la garganta. Entonces dobló el último recodo, y la luz del día lo cegó.

La entrada de la cueva estaba a cinco pasos de distancia y era más ancha de lo que recordaba. La hendidura en la que se había metido en el descenso estaba desgarrada y abierta, y ante ella se hallaba Renn, una figura pequeña y erguida, increíblemente valiente, apuntando con su última flecha a aquella cosa que se alzaba imponente sobre ella.

Durante un instante Torak se vio junto a Pa en la noche del ataque, petrificado por la maldad de aquellos ojos poseídos por un demonio…

—¡No! —exclamó.

Renn disparó la flecha. El oso la desvió con un golpe de garra. Pero justo cuando estaba a punto de caer sobre su presa, Lobo saltó de entre las sombras, aunque no se precipitó hacia el oso, sino hacia Renn. Con un único chasquido de sus poderosas mandíbulas, Lobo le arrancó la bolsita de piel de cuervo del cinturón, hizo caer a Renn fuera del alcance del oso, y salió disparado de la cueva. El oso dio un zarpazo y hendió la tierra a un palmo de distancia de donde había estado el lobezno.

—¡Lobo! —chilló Torak abalanzándose hacia delante.

Con la bolsita entre los dientes, Lobo desapareció en la niebla. El oso se volvió en

redondo con terrorífica agilidad y se precipitó tras él.

—¡Lobo! —volvió a gritar Torak.

La niebla los engulló y dejó una ladera desierta que se burlaba de Torak. El oso había desaparecido. Y Lobo también.

21



—¿Dónde estás? —El aullido desolado de Torak resonó en la pared rocosa.

—¿Dónde estás? —le contestaron las colinas.

Un viejo dolor le desgarraba el pecho. Primero Pa, ahora Lobo. No, Lobo no, por favor…

Renn parpadeaba en la entrada de la cueva.

—¿Por qué le has soltado la correa? —exclamó Torak.

—Tenía que hacerlo —dijo tambaleándose—. Tenía que dejarlo en libertad.

Con un gemido, Torak empezó a rebuscar en el desorden.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Renn.

—Quiero encontrar mi fardo. Voy a buscar a Lobo.

—¡Pero si pronto habrá oscurecido!

—¿Nos sentamos simplemente aquí a esperar, entonces?

—¡No! Recuperemos nuestras cosas, construyamos un refugio y hagamos un fuego. Y entonces esperaremos. Esperaremos a que Lobo nos encuentre.

Torak iba a contestar, pero se mordió la lengua. Por primera vez había advertido que Renn estaba temblando. Tenía un arañazo sanguinolento en una mejilla, y un moretón del tamaño de un huevo de paloma empezaba a salirle en el ojo del otro lado de la cara.

Se sintió avergonzado. Renn se había enfrentado al oso y hasta había tenido el valor de dispararle. No debería haberle gritado.

—Lo siento —se disculpó—. No pretendía… Tienes razón. No puedo seguirle el rastro en la oscuridad.

Renn se sentó pesadamente en un peñasco.

—No tenía ni idea de cómo sería —dijo—. Jamás pensé que sería tan… —Se tapó la boca con las manos.

Torak desenterró una flecha de los escombros. El asta estaba partida en dos.

—¿Le has dado? —preguntó.

—No lo sé. ¡Qué más da! Las flechas no pueden acabar con él. —Negó con la cabeza—. Por un momento fue por mí, pero al instante fue en busca de Lobo. ¿Por qué?

—¿Acaso importa? —contestó Torak arrojando a un lado el asta rota.

—Tal vez. —Renn lo miró—. ¿Has conseguido el diente de piedra?

Torak casi se había olvidado de él. En ese momento, al hurgar en el jubón y sacar el mitón, tan sólo deseó librarse de él. A causa del Nanuak, Lobo podía estar muerto. No habría más mordisqueos por las mañanas, ni más divertidos juegos al escondite… Torak se mordió un nudillo tratando de controlar el miedo. No podía perder a Lobo.

Renn cogió el mitón y le dio vueltas entre los dedos.

—Tenemos la segunda parte del Nanuak —dijo, pensativa—, y hemos perdido la primera. Pero ¿por qué se la ha llevado Lobo?

Con un esfuerzo, Torak trató de centrarse en lo que ella decía hasta que algo le vino a la memoria como un destello.

—¿Recuerdas que cuando encontré los ojos del río era como si Lobo pudiese oírlos o sentirlos de algún modo?

—¿Crees que… el oso también puede? —preguntó con el entrecejo fruncido.

—«Esas almas tan relucientes» —murmuró Torak—. Eso es lo que dijo el Caminante. Los demonios odian a los vivos y detestan que las almas de éstos reluzcan tanto.

—Y si las almas de las criaturas corrientes son demasiado brillantes —prosiguió Renn poniéndose en pie y empezando a caminar de un lado para otro—, ¡cuánto más brillante y más deslumbrante ha de serlo el Nanuak!

—Por eso te atacó, porque tenías los ojos del río.

—Y por eso Lobo cogió la bolsa. Porque él lo sabía. Porque… —Dejó de pasearse y miró fijamente a Torak—. Porque quería desviar la atención del oso de nosotros. ¡Oh, Torak! Nos ha salvado la vida.

Torak se acercó dando traspiés al borde del sendero. La niebla se estaba disipando al fin, y debajo de él, la inmensidad del Bosque se extendía inexorable hacia el oeste. ¿Qué posibilidades tenía Lobo allí abajo, solo contra el oso?

—Los lobos son más astutos que los osos —dijo Renn.

—Es sólo un lobezno, Renn. No tiene ni cuatro lunas.

—Pero también es el guía. Si hay alguien capaz de encontrar un camino, ése es Lobo.

Lobo corría entre hayas, con viento de cola, mientras sujetaba con fuerza entre los dientes la bolsa de piel de cuervo.

De muy lejos le llegó el solitario aullido de Alto Sin Cola.

Lobo ansió aullar en respuesta, pero no podía hacerlo. El viento le traía ráfagas del olor de aquel demonio, y captaba la rabia y el hambre terribles del oso, y oía su incansable aliento. Pero, por encima de todo, percibía el odio de la fiera: el odio que abrigaba hacia él y hacia lo que llevaba.

Pero a Lobo le producía una feroz y radiante alegría saber que nunca lo atraparía. El demonio era rápido, pero él lo era más.

Ya no se sentía como un lobezno que tenía que esperar a que los pobres y lentos

sin cola lo alcanzaran. Ahora era un lobo, que corría entre las hayas con esa veloz zancada lobuna que no se acaba nunca. Se deleitaba con la potencia de sus patas, con la flexibilidad de su lomo y con la agilidad que le permitía girar a toda velocidad sobre una pata. ¡Oh, no, el demonio no lo atraparía jamás!

Lobo se detuvo a beber en una ruidosa y pequeña agua dejando la bolsita por unos instantes. La cogió otra vez y volvió a la carrera, para trepar en dirección al Gran Frío Blanco que sólo había husmeado en sueños.

Un aroma nuevo le quitó esa idea de la cabeza porque estaba entrando en el territorio de una manada de lobos extraños. De vez en cuando se encontraba con las marcas de olor que dejaban. Debía tener cuidado. Si lo pillaban, podían atacarlo. Cuando necesitó derramar su olor, esperó hasta llegar a otra pequeña Agua Rápida para hacerlo ahí en lugar de marcar un árbol. El agua se llevaría su olor, y ni los lobos extraños ni el demonio lo olerían.

Llegó la Penumbra. A Lobo le encantaba la Penumbra. En ella, los olores y los sonidos eran más agudos, pero él veía casi igual que en la Luz.

Mucho más adelante, la extraña manada dio comienzo a sus aullidos nocturnos, Pero eso puso triste a Lobo porque recordó lo alegremente que solía aullar su propia manada; con cuánto entusiasmo se saludaban unos a otros después del sueño; los lametones de hocicos y los frotamientos para transmitirse olores unos a otros, y las sonrisas y los juegos mientras se daban ánimos para ir de caza.

De pronto, mientras pensaba en su manada, empezó a cansarse. Notaba que sus almohadillas golpeaban las rocas como no lo había notado hasta entonces. Las patas se le estaban entumeciendo y empezaron a dolerle.

El miedo se apoderó de él, pues no podría continuar corriendo siempre. En realidad no llegaría mucho más lejos. Se hallaba a mucha distancia de Alto Sin Cola y estaba cruzando el territorio de una extraña manada. Y el demonio le estaba siguiendo el rastro, incansable, a través de la Penumbra.

Torak trasladó lo que quedaba de sus cosas al refugio de ramas de tejo; luego pateó el fuego y envió chispas hacia el cielo. Aquella espera era terrible. Llevaba aullando desde que había caído la noche, aunque sabía que se arriesgaba a atraer al oso, pero Lobo era más importante. ¿Dónde estaría?

Hacía una noche fría y estrellada, y sin alzar siquiera la vista al cielo sentía que el ojo rojo del Gran Uro lo fulminaba con la mirada, como si se complaciera de la confusión de Torak.

Renn emergió de la oscuridad, con los brazos llenos de hojas y corteza.

—Has tardado mucho —dijo secamente Torak.

—Necesitaba ciertas cosas. ¿No hay rastro de Lobo? —Torak dijo que no con la cabeza y ella se arrodilló junto al fuego y dejó su carga en el suelo—. Cuando buscaba esto he oído cuernos. Cuernos de corteza de abedul.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó Torak, horrorizado.

—Lejos, muy lejos. —Renn indicó hacia el oeste con la cabeza.

—¿Era… Fin-Kedinn? —Renn asintió una vez más—. Creía que a estas alturas ya se habrían rendido —comentó Torak cerrando los ojos.

—Él no se rinde —aseguró Renn. Hubo un dejo de orgullo en su voz que irritó a Torak.

—¿Has olvidado acaso que quería matarme? —dijo—. «El Que Escucha le entrega su sangre a la Montaña.»

—¡Por supuesto que no lo he olvidado! —le espetó Renn volviéndose hacia él—. ¡Pero estoy preocupada por ellos! Si el oso no está aquí arriba, es que está allá abajo, donde están ellos. ¿Por qué si no iba Fin-Kedinn a hacer sonar el cuerno?

Torak se sintió mal. Renn estaba preocupada, al igual que él. Pelearse no los ayudaba en nada.

Se desató del cinturón el pequeño silbato de hueso de urogallo, que había hecho cuando había encontrado a Lobo.

—Toma. —Se lo tendió a Renn—. Ahora tú también puedes llamar a Lobo.

—Gracias —repuso Renn, y lo miró sorprendida.

Se produjo un silencio, y después Torak le preguntó para qué necesitaba las hierbas.

—Para el diente de piedra. Tenemos que encontrar alguna manera de ocultárselo al oso. Si no lo hacemos, nos seguirá el rastro.

«Al igual que está siguiendo el de Lobo», se dijo Torak. El dolor aumentó en su pecho.

—Si las hojas de serbal y la bolsa no lograron ocultar los ojos del río, ¿por qué crees que van a servir de algo la corteza y el ajenjo?

—Porque voy a utilizarlos para hacer algo más fuerte. —Renn se mordió el labio —. He estado tratando de recordar exactamente qué hace Saeunn. Siempre anda intentando enseñarme hechicería, y yo siempre me voy a cazar en lugar de hacerlo. Ojalá la hubiera escuchado.

—Tienes suerte de saber qué hacer —musitó Torak.

—Pero ¿y si lo hago mal?

Torak no respondió. Percibía que el ojo rojo se burlaba de él. Aunque Lobo encontrase una forma de volver, traería consigo al oso, atraído por los ojos del río. Y la única manera que tenía Lobo de quitarse al oso de encima era perdiendo los ojos del río… Lo cual significaría que no habría posibilidad de destruir al oso.

Tenía que existir alguna solución, pero Torak no conseguía hallarla.

Lobo se estaba cansando con rapidez. No había remedio.

El demonio ya se había quedado demasiado rezagado para poder captar la piel de cuervo, pero aún le llegaba el olor del propio Lobo, de modo que continuaría siguiéndole el rastro. Cuando por fin Lobo redujera el ritmo, como le pedían las doloridas patas, el oso lo alcanzaría.

Hacía mucho que la extraña manada había acabado de aullar y se había ido de caza allá lejos por las montañas. Lobo echaba de menos sus voces. Se sentía verdaderamente solo.

El viento viró, y Lobo captó un nuevo olor: a reno. Él nunca había cazado renos, pero conocía bien cómo olían, pues su madre solía traerle las ramas que les crecen en la cabeza a esos animales, de las que colgaba el pellejo en deliciosos jirones masticables. Ahora, al oler a la manada en el valle contiguo, el ansia de sangre le confirió nueva fuerza a los miembros, y la esperanza dio un brinco en su interior. Si consiguiera alcanzarlos…

Cuando ascendió con esfuerzo la ladera, el retumbar de muchos cascos se tornó muy cercano. De pronto las grandes presas irrumpieron hacia él, mientras galopaban con la ramada cabeza en alto y aplastaban contra el suelo las grandes pezuñas en su fluir entre las hayas como un Agua Rápida imposible de detener.

Lobo giró sobre una pata y se internó de un salto entre ellos, que descollaron sobre él cuando se hundió en medio del olor almizclado de los renos. Un macho cargó contra Lobo, y éste esquivó las ramas de la cabeza del animal, y una hembra le advirtió con un bufido que se apartara de su cría cuando Lobo se agazapó debajo de ésta para huir de los cascos que aporreaban. Pero la manada no tardó en darse cuenta de que Lobo no tenía intención de cazar, y olvidó su presencia. Lobo ascendió corriendo por el valle, y el olor de la manada se tragó el suyo.

Los renos salieron de entre las hayas y trotaron por un bosque de abetos rojos. Las rocas se volvieron más grandes y los árboles más pequeños; entonces dejaron completamente atrás los árboles y fluyeron hacia una llanura de piedra, distinta a todo cuanto Lobo conocía.

Por el olor que había en el viento, Lobo supo que aquella llanura se extendía muchas zancadas en la Penumbra, y que a lo lejos estaba el Gran Frío Blanco. Pero ¿qué era eso? No lo sabía. Sin embargo, en algún lugar más allá de él se hallaba aquello que lo había llamado cuando estaba en su primera Guarida, y lo había atraído…

Muy lejos detrás de él, el demonio bramó. ¡Había perdido el olor de Lobo! Encantado, éste lanzó al aire la piel de cuervo y volvió a cogerla con un chasquido.

Al cabo de un rato le llegó otro ruido, muy débil, pero inconfundible: ¡la aguda y monótona llamada que producía Alto Sin Cola cuando se llevaba al hocico el hueso de pájaro!

Entonces oyó otro sonido aún más querido: ¡el del propio Alto Sin Cola aullando por él! ¡El mejor sonido del Bosque!

Los renos continuaron corriendo, pero Lobo fue consciente de que tenía que dar la vuelta y dirigirse de nuevo al Bosque. Aún no había llegado el momento de llegar al Gran Frío Blanco y a lo que había más allá; tenía que regresar a buscar a Alto Sin Cola.

22



Renn estaba acurrucada en el saco, pensando en levantarse, pero cuando Torak apareció en la entrada del refugio, dio un respingo.

—Ya es hora de ponernos en marcha —dijo Torak al tiempo que se agachaba junto al fuego y le tendía una tira de carne de corzo seca. Por las sombras que Torak tenía bajo los ojos, Renn supuso que no había dormido mejor que ella.

Se incorporó hasta sentarse y dio un desganado mordisco a su comida de la jornada. Le ardía el arañazo de la mejilla y le dolía el moretón del ojo. Pero lo peor de todo era el miedo que se estaba apoderando de ella y que no sólo se lo provocaba la cercanía de la cueva o el terror ante el oso, sino que era algo más: algo en lo que no quería pensar.

—He encontrado el rastro —dijo Torak interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Por dónde se fueron? —preguntó Renn, y se detuvo a medio bocado.

—Hacia el oeste; han rodeado el otro lado de la colina y luego han descendido hasta un bosque de hayas. —Torak tendió una mano y removió el fuego, mientras el delgado rostro se le agudizaba aún más de ansiedad—. El oso iba detrás de Lobo.

Renn imaginó a Lobo corriendo a través del Bosque con el oso cada vez más cerca.

—Torak —dijo—, ¿te das cuenta de que, si seguimos el rastro a Lobo, se lo estaremos siguiendo también al oso?

—Sí.

—Si llegamos a alcanzarlo…

—Ya lo sé —la interrumpió Torak—, pero estoy harto de esperar. Hemos esperado toda la noche, y todavía nada. Tenemos que ir a buscarlo. Al menos yo tengo que ir. Tú puedes quedarte aquí si…

—¡No! ¡Por supuesto que voy contigo! Sólo era un comentario. —Miró hacia el mitón de piel de salmón que colgaba del techo.

—¿Crees que dará resultado? —preguntó Torak al seguir la mirada de Renn.

—No lo sé.

A Torak le había parecido un hechizo muy astuto cuando Renn se lo había explicado el día anterior.

—Cuando alguien cae enfermo —había dicho Renn sintiéndose importante—,

suele ser porque ha comido algo malo. Pero a veces es porque los demonios han tentado sus almas. En esos casos es necesario rescatar a las almas enfermas. He visto a Saeunn hacerlo numerosas veces: ella se ata pequeños anzuelos en las yemas de los dedos para atrapar a las almas enfermas, y toma una poción especial para liberar sus propias almas, de manera que éstas puedan abandonar el cuerpo de la hechicera y encontrar a…

—¿Qué tiene eso que ver con el Nanuak?

—Estoy a punto de contártelo —había dicho Renn para que se callara—. Para encontrarlas, Saeunn tiene que ocultar sus propias almas a los demonios.

—¡Ah! Así pues, si repites lo que ella hace, ¿conseguirás ocultarle el Nanuak al oso?

—Sí, eso creo. Para ocultarse, Saeunn se embadurna la cara con ajenjo y sangre de tierra; después se pone una máscara de corteza de serbal atada con cabellos de cada miembro del clan. Eso es lo que voy a hacer yo. Bueno, más o menos.

Después de explicar el procedimiento, Renn había hecho una cajita de corteza de serbal doblada y la había embadurnado de ajenjo y ocre rojizo. A continuación había puesto dentro el diente de piedra, y la había atado con rizos de su propio cabello y del de Torak.

Había supuesto un alivio estar haciendo algo en lugar de preocuparse por Lobo, y Renn se había sentido orgullosa de sí misma. Pero ahora, en el gélido amanecer, los invadían las dudas. Al fin y al cabo, ¿qué sabía ella de hechicería?

—¡Vamos! —dijo Torak poniéndose en pie de un salto—. Es un buen rastro. Y la luz es tenue y adecuada.

Renn miró hacia el exterior del refugio.

—¿Y qué hacemos con el oso? Puede haber perdido el rastro de Lobo y volver por nosotros.

—No lo creo —repuso Torak—. Creo que aún anda detrás de Lobo.

Por algún motivo, esas palabras no la tranquilizaron.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Torak.

Renn suspiró. Lo que habría querido decir era: «Echo muchísimo de menos a mi clan; me aterroriza que Fin-Kedinn nunca me perdone por haberte ayudado a escapar; creo que estamos locos por seguirle deliberadamente el rastro al oso; tengo la horrible sensación de que tú y yo vamos a acabar en el único sitio al que no deseo ir jamás, y estoy preocupada porque yo no debería estar aquí, pues, al contrario que tú, yo no soy El Que Escucha ni aparezco en la Profecía, sino que tan sólo soy Renn. Pero no tiene sentido decirte nada de esto porque tú sólo piensas en encontrar a Lobo.» De modo que, al final, sencillamente dijo:

—Nada. No me pasa nada.

Torak le dirigió una mirada de incredulidad y empezó a apagar el fuego con los pies.

Durante toda la mañana siguieron el sendero a través del bosque de hayas, y luego, doblando hacia el nordeste y ascendiendo continuamente, se internaron en otro bosque de abetos rojos. Como siempre, Renn estaba desconcertada por la destreza de Torak a la hora de seguir un rastro. Parecía que el chico entraba en trance mientras inspeccionaba el terreno con infinita paciencia, y con frecuencia encontraba alguna minúscula señal que la mayoría de los cazadores adultos habría pasado por alto.

Era media tarde, y la luz había empezado a menguar cuando Torak se detuvo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Renn.

—¡Chist! Creo haber oído algo. —Se llevó una mano ahuecada a la oreja—. ¡Ahí está! ¿Lo has oído? —Renn negó con la cabeza—. ¡Es Lobo! —exclamó Torak con una amplia sonrisa.

—¿Estás seguro?

—Reconocería su aullido en cualquier parte. ¡Vamos, es subiendo por ahí! —Señaló hacia el este.

A Renn se le encogió el corazón.

«Hacia el este no —se dijo—. Por favor, hacia el este no.» A medida que Torak seguía el sonido, el terreno se volvió más rocoso y los árboles se convirtieron en abedules y sauces que no les llegaban más allá de la cintura.

—¿Estás seguro de que está aquí? —preguntó Renn—. Si continuamos, vamos a acabar en los montes.

Torak no la había oído porque había echado a correr. Desapareció tras una roca, y unos instantes después Renn oyó que la llamaba a gritos por su nombre con excitación.

Renn se precipitó colina arriba y rodeó la roca para verse expuesta al mordisco de un gélido viento del norte. Retrocedió tambaleándose. Habían llegado al mismísimo confín del Bosque, al límite de los montes.

Ante sus ojos se extendía un vasto terreno yermo y sin árboles, donde el brezo y la mimbrera abrazaban el suelo en un vano intento por evitar el viento, y donde pequeñas lagunas marrones de turba se estremecían entre hierbas de las zarandeadas marismas. En la distancia, un traicionero pedregal se alzaba imponente sobre los montes, y más allá se erigían las Montañas Altas. Pero entre éstas y el pedregal, vislumbrado tan sólo como un reflejo blanco, yacía lo que Renn había estado temiendo.

Torak, por supuesto, no era consciente de nada de eso.

—¡Renn! —exclamó, y el viento le azotó la voz y se la llevó—. ¡Estoy aquí!

Con tremendo esfuerzo, Renn dirigió la mirada hacia Torak y vio que estaba arrodillado en la ribera de un pequeño arroyo. Lobo yacía junto a él, con los ojos cerrados y con la bolsita de piel de cuervo junto a su cabeza.

—¡Está vivo! —exclamó Torak, y enterró la cara en el mojado pelaje gris. Lobo abrió un ojo y golpeó débilmente el suelo con la cola. Renn se abrió paso entre el

brezo para llegar hasta ellos—. Está agotado y empapado —explicó Torak sin alzar la mirada—. Ha estado corriendo por el arroyo para hacer perder el rastro al oso. Eso ha sido astuto, ¿no crees?

—Pero ¿ha dado resultado? —preguntó Renn mientras lanzaba temerosas miradas alrededor.

—¡Oh, sí! —repuso Torak—. Mira todas esas bisbitas ribereñas. No estarían aquí si el oso anduviese cerca.

Deseando poder compartir la confianza de Torak, Renn se arrodilló y rebuscó en el fardo en busca de una torta de salmón que darle a Lobo, y se vio recompensada con otro golpeteo de cola ligeramente más fuerte.

Era maravilloso volver a ver a Lobo, pero se sentía extrañamente excluida. Había demasiadas cosas que la agobiaban; demasiadas cosas de las que Torak nada sabía.

Renn cogió la bolsita de piel de cuervo y le aflojó el cuello para comprobar el interior. Los ojos del río seguían en su nido de hojas de serbal.

—Sí, cógelos —dijo Torak, y levantando a Lobo en brazos, lo dejó suavemente sobre unas hierbas—. Es preciso esconderlos del oso de inmediato.

Renn desató la cajita de corteza de serbal que contenía el diente de piedra, y volcó en ella los ojos del río; volvió a atar la cajita, la metió en la bolsa y se la sujetó al cinturón.

—Ahora Lobo estará bien —dijo Torak, y se inclinó para darle un afectuoso lametón en el hocico—. Podemos construir un refugio ahí, al abrigo de esa ladera, haremos un fuego y dejaremos que Lobo descanse.

—Aquí no —contestó rápidamente Renn—. Deberíamos volver al Bosque. —En aquel monte barrido por el viento se sentía expuesta, como una oruga colgando de un hilo.

—Será mejor que nos quedemos aquí —insistió Torak, y señaló hacia el norte, hacia el pedregal y el reflejo blanco—. Ese es el camino más rápido para ir a la Montaña.

El vientre de Renn se puso tenso.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando? —Renn notó que el vientre se le contraía.

—Me lo ha dicho Lobo. Es ahí adonde debemos ir.

—Pero… no podemos subir ahí.

—¿Por qué no?

—¡Porque eso es el río de hielo!

Torak y Lobo la miraron sorprendidos, y Renn se encontró ante dos pares de ojos lobunos, unos ambarinos y los otros de un gris claro. Se sintió totalmente al margen.

—Pero, Renn —dijo Torak con paciencia—, ése es el camino más corto para llegar a la Montaña.

—¡No me importa! —Trató de pensar en alguna razón que Torak aceptara—. Todavía tenemos que encontrar la tercera parte del Nanuak, ¿te acuerdas? «En lo más frío, la luz más oscura.» No vamos a encontrarla ahí arriba, ¿verdad?

Hará frío, eso sí, ¡pero ahí arriba no hay nada! «Nada a excepción de la muerte», pensó para sí.

—Ya viste el ojo rojo anoche —respondió Torak—. Se está haciendo más grande. Sólo nos quedan unos días.

—¿No me has escuchado? —gritó Renn—. ¡No podemos cruzar el río de hielo!

—Sí, sé que podemos —repuso Torak con una calma aterradora—. Encontraremos un modo de hacerlo.

—¿Cómo? ¡Tenemos un odre de agua y cuatro flechas entre los dos! ¡Cuatro flechas! Y está llegando el invierno, ¡y tú sólo tienes ropa de verano!

—Ése no es el motivo por el que no quieres subir ahí arriba —contestó Torak mirándola pensativo.

Renn se puso en pie de un salto y se alejó a grandes zancadas; poco después volvió, y dijo:

—Mi padre murió en un río de hielo igual que ése. —El viento siseó con tristeza sobre los montes. Torak bajó la mirada hacia Lobo y luego volvió a posarla en Renn —. Fue en una nevada —continuó ella—. Él estaba en el río de hielo que hay más allá del lago Cabeza de Hacha. Le cayó encima medio risco de hielo, y no encontraron su cuerpo hasta la primavera. Saeunn tuvo que llevar a cabo un rito especial para reunir las almas de mi padre.

—Lo siento —dijo Torak—. No sabía…

—No te lo estoy contando para que me tengas lástima —interrumpió Renn—. Te lo cuento para que lo comprendas. Era un cazador fuerte y experimentado que conocía bien las montañas, y aun así el río de hielo lo mató. ¿Qué esperanzas, qué posibilidades crees tú que tendríamos nosotros?

23



—Quédate callado, muy callado —musitó Renn—. Cualquier sonido repentino, y podría despertarse.

Torak estiró el cuello para ver los acantilados de hielo que se alzaban imponentes sobre ellos. Había visto hielo antes, pero nada como eso. Nada como esos riscos afilados como cuchillos, ni esos enormes barrancos, o esos carámbanos de hielo más altos que árboles. Era como si una ola gigantesca y arqueadísima hubiese quedado congelada al tocarla un dedo del Espíritu del Mundo. Y, sin embargo, cuando Torak había vislumbrado los acantilados desde el pedregal, no le habían parecido más que una mera arruga en el vasto y tumultuoso río de hielo.

Después de dejar descansar a Lobo durante un día junto al arroyo, habían emprendido la lenta y pesada marcha a través de las marismas y el ascenso del pedregal, donde habían acampado en un recoveco que les había proporcionado escasa protección contra el viento.

No habían encontrado ni rastro del oso. Quizá el hechizo encubridor había funcionado, o quizá, como señaló Renn, el oso se hallaba en el oeste causando estragos entre los clanes.

A la mañana siguiente habían trepado por el flanco del río de hielo para dirigirse hacia el norte.

Era una locura caminar bajo los acantilados de hielo porque en cualquier momento una nevada podía provocar un derrumbe, pero no les quedaba otra opción. El camino hacia el oeste estaba interrumpido por un torrente de agua de deshielo que había tallado un profundo cauce.

Por otra parte, se hacía imposible avanzar en silencio, pues la nieve era recién caída y las botas producían sonoros crujidos. La nueva capa de juncos de Torak susurraba como hojas secas, y hasta el aliento del chico hacía un ruido ensordecedor. De todas partes le llegaban extraños chasquidos y gemidos resonantes: el río de hielo murmuraba en sueños. Daba la impresión de que no hacía falta gran cosa para despertarlo.

Curiosamente, esa situación no parecía preocupar a Lobo. Le encantaba la nieve; iba saltando sobre ella y arrojaba al aire pedazos de hielo, y luego se deslizaba hasta detenerse para escuchar a los lemmings y a los ratones de nieve que escarbaban bajo

la superficie.

En ese momento, Lobo se paró a olisquear un pedazo de hielo y le dio golpecitos con una pata. Como no hubo respuesta, Lobo se agachó sobre las patas de delante y pidió que jugaran con él emitiendo gañidos invitadores.

—¡Chist! —siseó Torak olvidando hablar en la lengua de los lobos.

—¡Chist! —siseó Renn más adelante.

Desesperado por hacer callar a Lobo, Torak fingió que había visto una presa distante y se quedó muy quieto mirando fijamente.

Lobo lo imitó. Pero cuando no le llegó olor ni sonido alguno, retorció los bigotes y miró a Torak.

«¿Dónde está? ¿Dónde está la presa?» «No hay presa», contestó Torak desperezándose y dando un bostezo.

«¿Cómo? Entonces, ¿por qué estamos cazando?»

«¡Quédate callado y ya está!»

Lobo profirió un leve aullido ofendido.

—¡Vamos! —susurró Renn—. ¡Tenemos que llegar al otro lado antes de que caiga la noche!

Hacía muchísimo frío a la sombra de los acantilados de hielo. Habían hecho cuanto habían podido mientras estaban acampados junto al arroyo: se habían llenado las botas de hierbas de las marismas, se habían hecho mitones y gorros con la piel de salmón de Renn y con el resto del pellejo sin curtir, y habían elaborado una capa para Torak con manojos de juncos, atados con gatuña y cosidos con tendón. Pero no era suficiente.

Sus provisiones empezaban también a escasear: sólo tenían un odre de agua, y salmón seco y carne de corzo para un par de días. Torak se imaginaba qué habría dicho Pa: «Un viaje por la nieve no es ningún juego, Torak. Si crees que lo es, acabarás muerto.»

Era consciente de que en realidad no sabía gran cosa sobre la nieve, del mismo modo que Renn había dicho con su absoluta exactitud habitual: «Todo lo que sé es que con la nieve se te hace más fácil seguir un rastro, que es estupenda para hacer bolas con ella, y que si te ves atrapado en medio de una ventisca de nieve se supone que has de cavar una cueva y esperar a que pase. Pero eso es todo cuanto sé.» El espesor de la nieve aumentó, y no tardaron en avanzar hundiéndose hasta los muslos. Lobo se rezagó, dejando con astucia que Torak abriera el camino para poder trotar por las pisadas del chico.

—Confío en que sepa el camino —dijo Renn en voz muy baja—. Yo nunca había llegado tan al norte.

—¿Lo ha hecho alguien? —quiso saber Torak.

—Bueno, sí —contestó Renn arqueando las cejas—. Los Clanes del Hielo. Pero vivían en las planicies, no en el río de hielo.

—¿Los Clanes del Hielo?

—Los Zorros Blancos, los Perdices de las Nieves y los Narvales. Pero seguro que ya los…

—No —interrumpió Torak con cansancio—. No los conozco. Ni siquiera…

Detrás de ellos, Lobo profirió un gruñido urgente.

Torak se dio la vuelta para ver cómo el lobezno saltaba para guarecerse bajo un arco de hielo sólido. Alzó la vista.

—¡Cuidado! —exclamó, y agarró a Renn tirando de ella para meterse bajo el arco.

Se oyó un crujido ensordecedor… y se vieron inundados por una rugiente blancura. El hielo caía con estruendo en torno a ellos para estrellarse contra la nieve en explosiones de letales fragmentos. Agazapado bajo el arco, Torak rogó por que no se derrumbase. Si lo hacía, quedarían desparramados sobre la nieve como bayas machacadas…

El alud terminó con la misma brusquedad con que había empezado.

Torak respiró hondo. Todo lo que se oía en ese momento era el suave asentarse de la nieve.

—¿Por qué se ha parado? —siseó Renn.

—Quizá tan sólo estaba dando una voltereta en sueños.

Renn miró fijamente el hielo que se amontonaba en torno a ellos.

—De no haber sido por Lobo, ahora estaríamos ahí debajo. —Estaba pálida, y sus tatuajes de clan destacaban con viveza. Torak supuso que estaba pensando en su padre.

Lobo se levantó y se sacudió, salpicándolos. Trotó unos pasos, husmeó profundamente y los esperó.

—Vamos —dijo Torak—. Creo que el camino es seguro.

—Y tan seguro —musitó Renn.

A medida que el día avanzaba y el sol viajaba hacia el oeste a través de un cielo sin nubes, iban apareciendo en la nieve charcos de agua deshelada del azul más intenso que Torak había visto jamás. Fue haciendo cada vez menos frío, y hacia media tarde el sol incidió en los acantilados y, en un abrir y cerrar de ojos, las gélidas sombras se convirtieron en puro fulgor blanco. Torak no tardó en estar sudando bajo la capa.

—Toma —le dijo Renn tendiéndole una tira de albura—. Córtale dos rendijas y átatela sobre los ojos. Si no, la nieve te dejará ciego.

—Creía que nunca habías llegado tan al norte.

—Yo no, pero Fin-Kedinn sí. Me explicó que había que hacerlo.

A Torak le produjo inquietud tener que mirar a través de una estrecha raja porque necesitaba estar en guardia para controlar los bloques de nieve o los gigantescos carámbanos de hielo que caían de vez en cuando desde los acantilados. A medida que avanzaban con grandes dificultades, se percató de que Renn se estaba rezagando. Eso nunca había pasado antes; normalmente era más rápida que él.

Mientras esperaba a que llegara a su altura, se sorprendió al ver que los labios de Renn estaban teñidos de azul y le preguntó si se encontraba bien.

Renn negó con la cabeza y se inclinó para apoyar las manos en las rodillas.

—Llevo todo el día notándolo —comentó—. Me siento… agotada. Creo… creo que es por el Nanuak.

Torak se sintió culpable. Se había concentrado hasta tal punto en no despertar al río de hielo que había olvidado que todo ese tiempo era Renn quien llevaba la bolsita de piel de cuervo.

—Dámela a mí —dijo—. Nos turnaremos.

—De acuerdo, pero yo llevaré el odre de agua. Es justo que lo haga.

Se los intercambiaron. Torak se ató la bolsita al cinturón, mientras que Renn miró hacia atrás para ver cuánta distancia habían cubierto.

—Vamos muy despacio —afirmó—. Si no conseguimos llegar al otro lado antes de que oscurezca…

No tuvo necesidad de añadir nada más. Torak se los imaginó cavando una cueva de nieve y encogiéndose de miedo en la oscuridad, mientras el río de hielo suspiraba y gemía en torno a ellos.

—¿Crees que tendremos suficiente leña? —preguntó.

Renn volvió a decir que no con la cabeza.

Antes de dirigirse hacia el pedregal, cada uno había recogido un haz de leña y había preparado un pequeño fuego para llevárselo consigo. Para ello habían cortado un pedazo del hongo de herradura que crece en los abedules muertos y le habían prendido fuego, y luego lo habían apagado a soplidos de forma que siguiera ardiendo muy despacio. A continuación lo habían enrollado en corteza de abedul, en la que habían hecho unos cuantos agujeros para dejar que el fuego respirase, y habían rellenado el rollo con musgo para mantenerlo adormecido. El fuego podía transportarse todo el día, mientras dormitaba apaciblemente, pero estaba a punto para despertarlo con yesca y soplidos cuando lo necesitaran.

Torak consideró que quizá tenían leña suficiente para que les durara una noche. Pero si se levantaba una tormenta, y tenían que guarecerse durante días, se congelarían.

Continuaron penosamente, y Torak no tardó en comprender por qué el Nanuak había cansado a Renn, puesto que él ya sentía cómo lo abrumaba.

De pronto Renn se detuvo y se arrancó la albura de los ojos.

—¿Dónde está el río? —jadeó.

—¿Cómo? —preguntó Torak.

—¡El agua del deshielo! Acabo de darme cuenta de que el cauce ya no está. ¿Crees que eso significa que podemos salir de debajo de los acantilados?

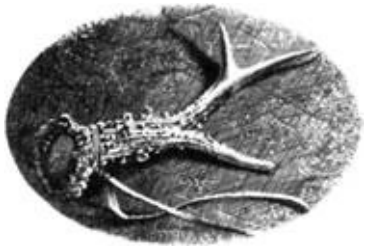
Quitándose su propia albura, Torak miró la nieve con los ojos entrecerrados. No veía nada a causa del resplandor.

—Aún lo oigo —dijo, y se adelantó para investigar—. A lo mejor tan sólo se ha

hundido más bajo la…

No recibió advertencia alguna, ni oyó el crujir del hielo, ni el ruido sordo de la nieve al derrumbarse. En un momento dado estaba caminando… y al instante siguiente caía al vacío.

24



Torak se rasguñó la rodilla y no pudo reprimir un grito.

—¡Torak! —susurró Renn desde lo alto—. ¿Estás bien?

—Creo… que sí —respondió él. Pero no lo estaba. Había caído en un agujero de hielo, y tan sólo una minúscula cornisa había impedido que se precipitara hacia la muerte.

En la penumbra vio que el agujero era estrecho —con los brazos extendidos podía tocar ambos lados— pero insondable. Desde muy abajo le llegó el potente fluir del torrente del deshielo. Torak estaba dentro del río de hielo, nada menos. ¿Cómo iba a salir de allí?

Renn y Lobo lo estaban mirando. Debían de estar a unos tres pasos sobre él, pero lo mismo daba que hubieran sido treinta.

—Ahora ya sabemos dónde está el agua del deshielo —dijo esforzándose por permanecer tranquilo.

—No estás tan abajo —trató de animarlo Renn—. Al menos aún tienes el fardo.

—Y el arco —contestó Torak, y confió en no parecer demasiado asustado—. Y el Nanuak. —Aún llevaba la bolsita bien atada al cinturón.

«El Nanuak», pensó, horrorizado.

¿Y si no conseguía salir? Se quedaría ahí atrapado, y el Nanuak quedaría atrapado con él. Sin el Nanuak, no se podría destruir al oso. Y el Bosque entero estaría condenado; condenado porque él no había mirado dónde ponía los pies…

—¿Torak? —musitó Renn—. ¿Estás bien?

Trató de contestar que sí, pero sólo le salió un quejido ronco.

—¡No hables en voz alta! —jadeó Renn—. Podrías provocar otro alud… o… que el agujero se cerrara contigo dentro.

—Gracias —musitó Torak—. No lo había pensado.

—Toma, trata de agarrar esto. —Inclinándose peligrosamente sobre el borde, Renn balanceó el hacha cabeza abajo, con la cinta del mango sujeta a la muñeca.

—No podrías con mi peso. Te arrastraría y nos caeríamos los dos…

«Los dos, los dos», canturreó el eco en torno a Torak.

—¿Hay alguna forma de que puedas trepar? —preguntó Renn; su voz empezaba a sonar temblorosa.

—Es probable. Si fuera un glotón y tuviera garras.

«Garras, garras», coreó el hielo.

Esa palabra le dio una idea a Torak.

Lentamente, aterrado ante la posibilidad de resbalar de la cornisa, se quitó el fardo del hombro y comprobó que aún contuviera los cuernos del corzo. Ahí estaban. Eran cortos y sus raíces tenían bordes dentados. Si lograba sujetarse uno a cada muñeca y agarrarlos por el tronco, podría utilizar las raíces como punzones, que clavaría en el hielo, y así escalaría.

—¿Qué vas a hacer? —quiso saber Renn.

—Ya lo verás —repuso. No tenía tiempo para explicárselo. La cornisa se estaba volviendo resbaladiza bajo las botas de Torak, y le dolía la rodilla.

Dejando los cuernos en el fardo hasta que los necesitara, se sacó el hacha del cinturón.

—Tengo que hacer muescas en el hielo —le dijo a Renn—. Tan sólo espero que el río de hielo no lo note.

Renn no contestó. Por supuesto que lo notaría. Pero ¿qué otra opción tenía?

El primer hachazo envió a toda velocidad esquirlas de hielo al abismo. Aunque el río de hielo no lo sintiera, tendría que haberlo oído.

Apretando los dientes, Torak se esforzó en dar otro hachazo. Más fragmentos salieron disparados, y al caer, resonaron una y otra vez.

El hielo estaba duro, y Torak no se atrevía a balancear el hacha por temor a caer de la cornisa, pero al cabo de mucho y ansioso picar consiguió cuatro muescas a intervalos escalonados y tan alto como pudo llegar, habiendo dejado más o menos un antebrazo de distancia entre cada una de ellas. Comprobó temeroso que eran poco profundas, pues no medían más de medio pulgar, y no sabía si lo aguantarían. Si apoyaba todo su peso en una de las muescas, podía ceder y lo arrastraría consigo.

Se metió de nuevo el hacha en el cinturón, se quitó los mitones y revolvió en el fardo en busca de los cuernos y de las últimas tiras de pellejo. Tenía los dedos ateridos de frío, y atarse los cuernos a las muñecas resultó difícil. Al final, utilizando los dientes para apretar los nudos, lo consiguió.

Tendió la mano derecha hacia la muesca que había justo encima de su cabeza y hundió en ella con fuerza el borde dentado del cuerno. Éste mordió el hielo y quedó bien sujeto. Con el pie izquierdo, tanteó en busca del primer punto de apoyo, un poco por encima de la cornisa. Lo encontró y apoyó el pie en él.

El fardo tiraba de Torak hacia atrás, hacia el agujero de hielo. Desesperado, se inclinó para apoyar la cara contra el hielo y consiguió recuperar el equilibrio.

Lobo le dijo con un gañido que se diera prisa, y a Torak le llovió nieve en el cabello.

—¡Apártate! —le siseó Renn al lobezno.

Torak oyó los sonidos de una refriega y le cayó más nieve; entonces le llegó un aullido malhumorado de Lobo.

—Sólo un poco más —lo animó Renn—. Y no mires abajo.

Demasiado tarde. Torak acababa de hacerlo y había captado una escalofriante visión del vacío debajo de él.

Tendió una mano hacia la siguiente muesca… pero falló y arrancó una costra de hielo que casi se lo llevó consigo. Luchó por encontrar la muesca… y el cuerno se hincó a tiempo en el hielo.

Despacio, muy despacio, dobló la pierna derecha y encontró el siguiente punto de apoyo para el pie, más o menos a un antebrazo de altura de donde había hincado el izquierdo. Pero, al izarse sobre él, la rodilla empezó a temblarle.

«¡Oh, muy listo! —se dijo Torak—. Acabas de poner todo tu peso sobre la pierna equivocada, la que te has lastimado al caer.» —Mi rodilla no aguanta— jadeó. —No puedo…

—Sí, sí puedes —lo instó Renn—. Busca el último asidero con la mano. Yo te cogeré…

A Torak le ardían los hombros; le daba la sensación de que el fardo estaba lleno de piedras. Se dio un enorme impulso, y la rodilla se le dobló. Entonces una mano aferró la correa del fardo y, entre tirones y empujones, lo sacó del agujero.

Torak y Renn yacieron jadeantes en el borde del agujero de hielo. Luego se pusieron en pie con esfuerzo, se tambalearon hasta alejarse de los acantilados y se derrumbaron al fin en un ventisquero de nieve en polvo. Lobo creyó que se trataba de un juego y dio brincos alrededor de ellos con una gran sonrisa lobuna.

Renn dio rienda suelta a una risa que era fruto del pánico.

—¡Te has salvado por muy poco! ¡La próxima vez a ver si miras por dónde vas!

—¡Lo intentaré! —respondió Torak respirando con dificultad. Estaba tendido boca arriba, dejando que la brisa le echara bocanadas de nieve en las mejillas. En el cielo, unas finas nubecillas blancas se estaban disponiendo como pétalos. Nunca había visto nada tan hermoso.

Detrás de él, Lobo escarbaba en el hielo en busca de algo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Torak.

Pero Lobo había liberado su trofeo y lo estaba arrojando en alto para volver a cogerlo entre los dientes; ése era uno de sus juegos favoritos. Dio un salto para atraparlo en el aire, lo mordisqueó un par de veces y después se acercó brincando y se lo escupió a Torak en plena cara. Otro de sus juegos favoritos.

—¡Ay! —exclamó Torak—. ¡Cuidado con lo que haces! —Entonces vio de qué se trataba: era más o menos del tamaño de un puño pequeño, marrón, peludo y extrañamente aplanado, supuso que a causa de un alud. La expresión de indignación en la carita de la criatura le pareció a Torak indescriptiblemente divertida.

—¿Qué es? —preguntó Renn, y bebió un sorbo del odre.

Torak sintió que la risa brotaba en su interior.

—Un lemming congelado. —Renn se echó a reír y escupió agua sobre el hielo—. Y es plano como una hoja —añadió Torak con voz entrecortada rodando sobre sí

mismo en la nieve—. ¡Deberías verle la cara! ¡Es de… sorpresa!

—¡No, no puede ser! —exclamó Renn sujetándose los costados.

Rieron hasta no poder más, mientras Lobo hacía cabriolas alrededor con una alegría desbordante, tirando al aire y volviendo a coger el lemming congelado. Por fin lo arrojó desmesuradamente alto, dio un salto espectacular retorciendo el cuerpo, y lo engulló de un solo trago. Entonces decidió que tenía calor y se dejó caer en un charco de hielo derretido para refrescarse.

Renn se sentó y se enjugó los ojos.

—¿Alguna vez te trae simplemente las cosas en lugar de tirártelas a la cara?

—No. He intentado pedírselo, pero nunca lo hace.

Torak se puso en pie. Hacía más frío, el viento soplaba con mayor fuerza y la nieve en polvo se arremolinaba sobre el suelo igual que humo. Las nubes como pétalos habían cubierto por completo el sol.

—Mira —dijo Renn a su lado. Señalaba hacia el este.

Torak se volvió para ver unas nubes que se estaban formando sobre los riscos de hielo.

—¡Oh, no! —musitó.

—¡Oh, sí! —dijo Renn. Tuvo que levantar la voz para hacerse oír sobre el viento —. Una tormenta de nieve.

El río de hielo se había despertado. Y estaba furioso.

25



La furia del río de hielo se desató sobre ellos con un ímpetu terrorífico.

Torak tenía que inclinarse hacia las ráfagas para mantenerse simplemente en pie, y aferrarse la capa para impedir que el viento se la arrancara. A través de la nieve torrencial, veía a Renn que trataba de avanzar con todas sus fuerzas, y a Lobo que se tambaleaba de lado y cuyos ojos eran meras ranuras contra el viento. El río de hielo los tenía entre sus garras y no los soltaba. Aullaba tanto que a Torak le dolían los oídos, y le restregaba el rostro con trozos de hielo que volaban; le hizo dar tumbos hasta que ya no pudo ver ni a Renn, ni a Lobo, ni siquiera sus propias botas. En cualquier momento podía arrojarlo en un agujero de hielo…

A través de la blancura que se arremolinaba, vislumbró un oscuro pilar. ¿Una roca? ¿Un ventisquero? ¿Podría ser que hubiesen llegado por fin al borde del río de hielo?

—¡No podemos continuar! —chilló Renn cogiéndolo del brazo—. ¡Tenemos que cavar y esperar hasta que haya pasado!

—¡Todavía no! —gritó Torak—. ¡Mira! ¡Ya casi hemos llegado!

Siguió luchando por alcanzar el pilar. Pero éste se quebró y desapareció, disipado por el viento. No era más que una nube de nieve, un malicioso truco del río de hielo. Torak se volvió hacia Renn.

—¡Tienes razón! ¡Tenemos que cavar una cueva en la nieve! —Pero Renn había desaparecido—. ¡Renn! ¡Renn! —El río de hielo le arrancó de los labios el nombre y provocó que éste se arremolinase en la oscuridad que se avecinaba.

Torak se dejó caer de rodillas y avanzó a gatas en busca de Lobo hasta que su mitón se topó con algo peludo, y agarró al lobezno. Lobo trataba de encontrar el rastro de Renn, pero ¿quién podía oler algo en medio de aquella tormenta, por lobo que fuera?

Aunque pareciera asombroso, Lobo levantó las orejas y miró fijamente al frente. A Torak le pareció ver que una figura flotaba a través de la nieve.

—¡Renn!

Lobo saltó tras ella y Torak lo siguió, pero no había llegado muy lejos cuando el viento lo arrojó contra hielo sólido. Cayó hacia atrás y casi aplastó a Lobo. Había tropezado con lo que parecía una colina de hielo. A un lado tenía un agujero lo

bastante grande para reptar a través de él. ¿Una cueva de nieve? Renn no habría tenido tiempo para cavar una tan rápido, ¿no?

De un salto, Lobo desapareció en el interior del agujero. Tras unos instantes de duda, Torak fue tras él.

El clamor del río de hielo fue disminuyendo al tiempo que Torak reptaba hacia la oscuridad. Tanteó lo que lo rodeaba con los mitones cubiertos de hielo: un techo bajo, tan bajo que tenía que ir a gatas, y un bloque de hielo junto al orificio de entrada. Alguien debía de haberlo cortado para utilizarlo como puerta. Pero ¿quién?

—¿Renn? —llamó.

No hubo respuesta.

Empujó el bloque para tapar el agujero, y la quietud se cernió sobre él. Oía cómo Lobo se lamía la nieve de las patas, mientras a él le resbalaba el hielo de sus propios hombros.

Tendió una mano y Lobo profirió un gruñido de advertencia.

Torak apartó la mano de un tirón y se le erizaron los pelillos de la nuca. Renn no estaba ahí, pero había algo. Algo que esperaba en la oscuridad.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Se palpaba la tensión en la gélida negrura.

Arrancándose un mitón con los dientes, Torak desenfundó el cuchillo.

—¿Quién anda ahí?

Siguió sin obtener respuesta. Buscó a tientas una de las velas de junco de Renn. Tenía los dedos tan fríos que dejó caer la bolsa de la yesca. Tardó una eternidad en volver a encontrarla, en golpear el pedernal contra la piedra de chispa y en derramar chispas sobre el montoncito de virutas de corteza de tejo que tenía en la mano, pero por fin la vela de junco ardió.

Torak soltó un grito. Se olvidó del río de hielo y hasta se olvidó de Renn.

Casi tocándole la rodilla había un hombre.

Estaba muerto.

Torak se pegó todo lo que pudo a la pared de hielo. Si Lobo no le hubiera avisado, habría tocado el cadáver, y tocar a los muertos supone correr un terrible riesgo. Cuando las almas dejan el cuerpo, pueden estar enojadas o confusas, o sencillamente no desear embarcarse en el Viaje a la Muerte. Si uno de los vivos se acerca demasiado a ellas, las almas despojadas del cuerpo pueden tratar de poseerlo o de seguirlo.

Todo eso le pasó por la cabeza a Torak mientras contemplaba al hombre muerto.

Los labios del individuo parecían cincelados en hielo y su piel tenía un tono amarillo cerúleo. La nieve se le había amontonado en las fosas nasales en una cruel parodia de respiración, pero los ojos, empañados por el hielo, estaban abiertos y miraban fijamente algo que Torak no podía ver, algo que acunaba en la parte interior del inerte brazo.

Daba la impresión de que Lobo no le tenía ningún miedo, sino que, por el contrario, era como si el cuerpo lo atrajera. El lobezno estaba tumbado con el hocico entre las patas, sin apartar la vista de él.

El muerto tenía el pelo castaño, y lo había llevado largo y suelto, a excepción de un único rizo en la sien, apelmazado con ocre rojizo. Torak pensó en la mujer del Clan del Ciervo Rojo en la reunión de los clanes de Fin-Kedinn, pues ella se peinaba el cabello de la misma forma. ¿Habría pertenecido ese hombre al mismo clan? ¿Al mismo clan que la madre del propio Torak?

Sintió una punzada de lástima. ¿Cómo se llamaba aquel hombre? ¿Qué estaría buscando allí, y cómo habría muerto?

Torak advirtió entonces que en la morena frente tenía pintado un círculo en ocre rojizo. La gruesa pelliza de invierno se veía abierta de un tirón, y había otro círculo trazado sobre el esternón. Torak supuso que, si hubiera sido lo suficientemente insensato para quitarle las pesadas y peludas botas, habría encontrado una marca similar en cada talón. Las Marcas de la Muerte. El hombre debía de haber sentido que la muerte iba en su busca, y había trazado sus propias marcas para que las almas permanecieran juntas una vez muerto. Debía de ser por eso que había dejado la puerta entreabierta: para liberar a sus almas.

—Fuiste valiente —dijo Torak en voz alta—. No te resististe a la muerte. —Recordó la figura que había vislumbrado en la nieve. ¿Se habría tratado de una de las almas del muerto que partía en su último viaje? ¿Podía uno ver a las almas? Torak no lo sabía—. Descansa en paz —le dijo al cuerpo—. Que tus almas encuentren reposo y permanezcan juntas. —Inclinó la cabeza ante su pariente muerto.

Lobo se sentó y levantó las orejas ante el cadáver. Torak dio un respingo, pues parecía que Lobo estaba escuchando.

Torak se acercó más.

El hombre miraba tranquilamente lo que acunaba en el brazo. Pero cuando Torak vio de qué se trataba se sintió aún más desconcertado. Era una lámpara corriente: un óvalo liso de arenisca roja de más o menos la mitad del tamaño de la palma de la mano, con un cuenco poco profundo para contener el aceite de pescado y una muesca para la mecha de musgo de los árboles retorcido. La mecha había ardido hacía mucho, y cuanto quedaba del aceite era una tenue mancha grisácea.

Junto al muerto, Lobo, que tenía el pelo del lomo erizado, profirió un agudo y suave gañido, pero no parecía asustado. Ese gañido había sido… un saludo.

Torak frunció el entrecejo. Lobo había actuado antes de esa manera en la cueva bajo las cataratas del Trueno.

El chico volvió a contemplar al muerto e imaginó sus últimos momentos: acurrucado en la nieve observando la pequeña llama brillante al tiempo que su propia vida parpadeaba y se extinguía…

Torak se percató de pronto: «En lo más frío, la luz más oscura.» La luz más oscura es la última luz que ve un hombre antes de morir.

Había encontrado la tercera parte del Nanuak.

Sujetando la vela de junco con una mano, Torak desató la bolsa de piel de cuervo con la otra y volcó la cajita sobre la nieve.

—¡Uff! —advirtió Lobo.

Torak deshizo la cuerda hecha de cabellos y levantó la tapa. Los ojos del río, acurrucados sobre la parte curva del diente de piedra negra, le dirigieron una mirada ciega. Y a su lado había el espacio exacto para la lámpara. Torak pensó que era como si Renn hubiese sabido de qué tamaño hacer la caja.

Con los dedos entumecidos se puso un mitón, se inclinó hacia el hombre muerto, teniendo buen cuidado de no tocarlo, y cogió la lámpara. En el momento en que la tuvo a buen recaudo dentro de la caja y ésta de nuevo en la bolsa, se percató de que había estado conteniendo el aliento.

Ya era hora de ir en busca de Renn, así que se ató rápidamente la bolsa al cinturón. Pero cuando se daba la vuelta para apartar el bloque de hielo, algo hizo que se detuviera.

Tenía las tres partes del Nanuak. Ahí, en esa cueva de nieve en la que estaba a salvo.

«Si te ves atrapado en medio de una ventisca de nieve —había dicho Renn—, se supone que has de cavar una cueva y esperar a que pase.» Si Torak ignoraba ese consejo ahora, si le hacía frente a la ira del río de hielo para ir en busca de Renn… probablemente no sobreviviría. El Nanuak acabaría enterrado con él, y el Bosque entero estaría condenado.

Pero si no lo hacía, Renn podía morir.

Torak se sentó sobre los talones. Lobo lo observaba intensamente, y sus ojos ambarinos no parecían los de un lobezno.

La llama del junco tembló en la mano de Torak. No podía abandonar a Renn. Era su amiga. Pero ¿podía, o debía, arriesgar el Bosque para salvarla?

Echó de menos a Pa, más que nunca. Pa habría sabido qué hacer…

«Pero Pa no está aquí —se dijo—. Eres tú quien tiene que decidir. Tú, Torak. Por ti mismo.»

Lobo ladeó la cabeza, esperando a ver qué haría Torak.

26



—¡Torak! —chilló Renn con todas sus fuerzas—. ¡Torak! ¡Lobo! ¿Dónde estáis?

Estaba sola en medio de la tormenta. Los demás podían estar a tres pasos de ella, y nunca los vería. O podían haberse caído en un agujero de hielo, y jamás oiría sus gritos.

El viento la arrojó contra un ventisquero y se atragantó con la nieve. Se le salió uno de los mitones, y el río de hielo se lo llevó de un soplido.

—¡No! —gritó golpeando la nieve con los puños—. ¡No, no, no!

A cuatro patas, gateó contra el viento.

«Tranquila. Encuentra nieve sólida. Cava.»

Tras un esfuerzo interminable, chocó contra una montaña de nieve. El viento la había apretado bien, pero no lo suficiente para que fuera hielo sólido. Arrancándose el hacha del cinturón, Renn empezó a cavar un agujero.

«Torak probablemente está haciendo lo mismo —se dijo—. ¡Por el Espíritu que sea así!» Con sorprendente velocidad, abrió un hueco lo bastante grande para que, si se encogía bien, cupieran ella y el fardo. Cavar la había hecho entrar en calor, pero ya no sentía la mano en que no llevaba mitón.

Tras entrar reptando marcha atrás, apiló los montones que había excavado en el agujero de entrada y se emparedó en la gélida oscuridad. Su aliento no tardó en fundir la costra de hielo que cubría sus ropas, y empezó a tiritar. A medida que los ojos se le adaptaban a la penumbra, vio que tenía los dedos de la mano sin mitón blancos y duros. Trató de flexionarlos, pero no se movieron.

Sabía bien lo que era la congelación, pues por su causa el hijo del líder del Clan del Jabalí, Aki, había perdido tres dedos del pie el invierno anterior. Si no se calentaba pronto los dedos, se pondrían negros y se le morirían; entonces tendría que cortárselos o moriría ella también. Desesperada, se los sopló, y luego se embutió la mano en el jubón, debajo de la axila. La sintió pesada y fría, como si ya no formara parte de su cuerpo.

La acometieron nuevos temores. ¿Moriría sola, como su padre? ¿Volvería a ver alguna vez a Fin-Kedinn? ¿Dónde estaban Torak y Lobo? Y aunque sobrevivieran, ¿cómo se las apañaría para encontrarlos?

Quitándose el mitón que le quedaba, se palpó el cuello en busca del silbato de

urogallo que le diera Torak. Sopló con fuerza, pero no produjo sonido alguno. ¿Lo estaría haciendo bien? ¿Sería Lobo capaz de oírlo? Quizá sólo sonaba si lo usaba Torak. Quizá se tenía que ser El Que Escucha.

Sopló hasta sentirse aturdida y mareada. «No vendrán», se dijo. Haría mucho tiempo que se habrían cavado una cueva. Si es que aún estaban vivos.

El silbato tenía un sabor salado. ¿Era el hueso de urogallo, o estaba llorando? No tenía sentido llorar, pensó, y cerrando los ojos con fuerza continuó soplando.

Despertó para encontrarse flotando en una hermosa calidez. La nieve estaba tan caliente y suave como piel de reno. Se acurrucó en ella, tan soñolienta que no era capaz de levantar los párpados…, demasiado soñolienta para meterse siquiera en el saco…

Unas voces trataban de arrancarla del sueño. Fin-Kedinn y Saeunn habían venido a visitarla.

«¡Ojalá me dejaran dormir!», se dijo, confusa.

Su hermano se burlaba de ella, como hacía siempre.

—¿Por qué la ha hecho tan pequeña? ¿Por qué nunca puede hacer las cosas como es debido?

—Hord, eso no es verdad —contestó Fin-Kedinn—. La ha hecho lo mejor que ha podido.

—Aun así —intervino Saeunn—, podría haber hecho una puerta mejor.

—Estaba demasiado cansada —musitó Renn.

En ese preciso momento, la puerta se abrió y le desparramó hielo por encima.

—¡Cerrad la puerta! —protestó.

Uno de los perros del campamento le saltó encima y la llenó de nieve, y le frotó el frío hocico contra la barbilla. Renn lo apartó de un manotazo.

—¡Perro malo! ¡Largo de aquí!

—¡Despierta, Renn! —le gritó Torak al oído.

—Estoy dormida —musitó Renn enterrando la cara en la nieve.

—¡No, no lo estás! —exclamó Torak. El mismo ansiaba dormir, pero primero tenía que hacer sitio para él y para Lobo, y despertar a Renn. Si se dormía ahora, sería para siempre—. ¡Vamos, Renn! —La agarró de los hombros y la sacudió—. ¡Despierta!

—Déjame en paz —respondió ella—. Estoy bien.

Pero no lo estaba. Tenía la cara llena de manchones e inflamada a causa del hielo, los ojos casi cerrados por la hinchazón, y los dedos de su mano derecha estaban tiesos y parecían de cera. Torak pensó, nervioso, que se parecían a los del cadáver del Clan del Ciervo Rojo.

Mientras daba hachazos en la nieve, Torak se preguntó cuánto habría aguantado Renn de no haberla encontrado Lobo, y cuánto habrían aguantado él y Lobo de no haber hallado la cueva de nieve de Renn. Torak estaba casi agotado, y no habría tenido fuerzas para cavar un refugio nuevo desde el principio.

De los tres, Lobo era el que mejor estaba. Su pelaje era tan grueso que la nieve se le quedaba encima sin siquiera fundirse. Una buena sacudida, y la nieve salía volando y los rociaba a todos.

Tambaleándose de cansancio, Torak acabó de ampliar la cueva de nieve, volvió a tapar la entrada y dejó una ranura en lo alto para permitir que saliera el humo del fuego que se había prometido hacer. Entonces se arrodilló junto a Renn y, tras varios intentos, consiguió sacar el saco para dormir que había debajo de ella.

—Métete aquí dentro —gruñó.

Renn lo apartó de una patada.

Cogiendo nieve entre los puños congelados, Torak se la frotó a Renn en la cara y en las manos.

—¡Ay! —chilló.

—Despierta ya o te mato —le espetó Torak.

—Ya me estás matando —repuso Renn.

Sabedor de que tenía que hacer un fuego cuanto antes, Torak se frotó sus propias manos en la nieve y trató de calentárselas bajo las axilas. La sensibilidad volvió, y con ella el dolor.

—¡Ay! —gimió—. ¡Oh, cómo duele!

—¿Qué has dicho? —preguntó Renn, y se incorporó hasta quedarse sentada al tiempo que se daba un golpe en la cabeza contra el techo.

—Nada.

—Sí, sí has dicho algo; estabas hablando solo.

—¿Que yo estaba hablando solo? ¡Pero si eras tú la que charlabas con todo tu clan!

—No es verdad —contestó Renn, indignada.

—Sí, sí lo es —repuso Torak con una amplia sonrisa. Por fin Renn se estaba despertando. Nunca se había alegrado tanto de tener una discusión.

De algún modo, entre los dos se las apañaron para hacer un fuego. El fuego precisa calor además de aire, así que utilizaron una parte de la leña para hacer una pequeña plataforma con que aislar el resto de la nieve; y en esa ocasión, en lugar de manejar torpemente el pedernal, Torak se acordó del rollo de fuego que llevaba en el fardo. Al principio, el fuego en el rollo de corteza de abedul se negó a despertar, a pesar de que Torak sopló para animarlo y Renn lo alimentó con pedazos de yesca calentada entre las manos. Por fin ardió y recompensó los esfuerzos de ambos con una hoguera pequeña pero alentadora.

Con el cabello chorreando y los dientes castañeteando, se acurrucaron ante el fuego y gimieron cuando empezó a descongelarles las manos y a sacarles ampollas en la cara. Pero las llamas les dieron más consuelo que calor, puesto que, a lo largo de su vida, todas las noches se habían ido a dormir al son de aquel restallante siseo y con aquel fuerte y picante olor agridulce a madera humeante. El fuego era una pequeña parte del Bosque.

Torak encontró su último rollo de carne seca de corzo, y lo compartieron entre los tres. Renn le pasó el odre de agua.

Torak no se había dado cuenta de que tenía sed, pero cuando bebió un largo sorbo sintió que le volvían las fuerzas.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber Renn.

—No he sido yo —contestó él—. Ha sido Lobo. No sé cómo lo ha hecho.

—Creo que yo sí lo sé —dijo Renn después de meditarlo, y le mostró el silbato de urogallo.

Torak se imaginó a Renn soplando aquel silencioso silbato en la oscuridad, y se preguntó cómo se habría sentido allí sola. Al menos él tenía a Lobo.

Le contó lo del cadáver del Clan del Ciervo Rojo, y cómo había encontrado la tercera parte del Nanuak, pero no mencionó el espantoso momento en que había considerado no tratar de buscarla. Se sentía demasiado avergonzado.

—Una lámpara de piedra —murmuró Renn—. Nunca se me habría ocurrido.

—¿Quieres verla?

Renn dijo que no con la cabeza, y al cabo de un rato añadió:

—Yo en tu lugar me lo habría pensado dos veces antes de abandonar la cueva de nieve. Estabas arriesgando el Nanuak.

Torak permaneció en silencio, y al fin dijo:

—Sí, lo he pensado dos veces. He estado tentado de quedarme y no salir en tu busca.

Renn se quedó callada.

—Bueno —dijo poco después—. Yo habría hecho lo mismo.

Torak no supo si se sentía mejor o peor por habérselo dicho.

—Pero ¿qué habrías hecho tú? —quiso saber—. ¿Te habrías quedado o habrías salido a buscarme?

Renn se limpió la nariz con el dorso de la mano y esbozó de pronto su amplia sonrisa de dientes afilados.

—¿Quién sabe? Pero a lo mejor… se trataba de otra especie de prueba. Quizá no era cuestión de ver si encontrabas la tercera parte del Nanuak, sino de saber si eras capaz de arriesgarla por una amiga.

Torak despertó en medio de un silencioso resplandor azulado, aunque no sabía dónde estaba.

—Se acabó la tormenta —dijo Renn—. Y tengo tortícolis.

Torak también tenía tortícolis. Acurrucado en el saco para dormir, se volvió para mirar a Renn.

Ella ya no tenía los ojos hinchados, pero la piel de la cara estaba roja y despellejada. Cuando sonrió, resultó obvio que le dolía.

—¡Ay! —se lamentó—. Hemos sobrevivido.

Torak le devolvió la sonrisa, y deseó no haberlo hecho. Sentía el rostro como si se

lo hubieran frotado con arena. Probablemente, tenía el mismo aspecto que Renn.

—Ahora lo único que tenemos que hacer es salir del río de hielo —dijo él.

Lobo gemía para que lo dejaran salir. Torak gateó en busca del hacha y abrió un agujero. La luz entró a raudales. Lobo salió disparado y Torak reptó detrás de él.

Emergió a un reluciente mundo de montañas nevadas y cornisas talladas por el viento. El cielo estaba de un azul intenso, como si lo hubiesen lavado. La quietud era absoluta. El río de hielo había vuelto a dormirse.

Sin previo aviso, Lobo le saltó encima y lo derribó contra un ventisquero. Antes de que pudiera levantarse, Lobo se le montó en el pecho, sonriendo y meneando la cola. Riendo, Torak se abalanzó hacia el lobezno, pero éste lo esquivó hasta quedar fuera de su alcance, y luego giró en el aire y volvió a caer con la cola doblada sobre el lomo. «¡Vamos a jugar!» A gatas, Torak agachó el torso doblando los brazos.

«¡Vamos, adelante!» Lobo se arrojó contra Torak, y juntos rodaron y rodaron. Lobo lo mordía en broma y le daba tirones de pelo, y Torak lo agarraba del hocico y lo tironeaba del pescuezo. Finalmente, Torak arrojó hacia lo alto una bola de nieve y el lobezno dio uno de sus espectaculares saltos con torsión, la atrapó y acabó aterrizando en un ventisquero, del que salió con un montoncito de nieve encima de la nariz.

Cuando Torak se ponía en pie, jadeante, oyó a Renn que se abría paso para salir de la cueva.

—Espero —dijo con un bostezo— que el Bosque no quede muy lejos. ¿Qué ha sido de tu capa?

Torak estaba a punto de contarle que la tormenta se la había arrancado, pero en ese momento se dio la vuelta y… se olvidó de la capa.

En el este, más allá de la cueva de nieve, más allá del propio río de hielo, las Montañas Altas se veían aterradoramente cercanas.

Durante muchos días la niebla las había ocultado; y el día anterior los acantilados de hielo se habían alzado tan cerca de ellos que no les habían permitido ver nada más allá. Pero ahora, bajo aquella límpida y fría luz, las Montañas Altas devoraban el cielo.

Torak se tambaleó. Por primera vez en su vida no le parecían tan sólo una oscuridad distante en el horizonte oriental, sino que se hallaba junto a sus mismísimas raíces mientras estiraba el cuello ante las vastas y abruptas paredes rocosas, ante los negros picos que perforaban las nubes. Sentía el poder y la amenaza que entrañaban. Eran la morada de los espíritus, pero no de los hombres.

«En algún lugar entre ellas —se dijo—, se alza la Montaña del Espíritu del Mundo. La Montaña que juré encontrar.»

27



El ojo rojo ascendía en el cielo. A Torak le quedaban sólo unos días para encontrar la Montaña.

Y si la encontraba, ¿qué haría entonces? ¿Qué tenía que hacer exactamente con el Nanuak? ¿Cómo iba a lograr destruir al oso?

Renn se acercó haciendo crujir la nieve.

—Vamos —le dijo—. Tenemos que salir del río de hielo para volver al Bosque.

En ese momento, Lobo dio un respingo, corrió hacia lo alto de una cornisa de hielo y giró las orejas hacia el pie de las colinas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Renn—. ¿Qué ha oído?

Entonces Torak lo oyó también: unas voces en la lejanía de las Montañas Altas, que se mezclaban entre sí en la cantinela salvaje y siempre cambiante de las manadas de lobos.

Lobo echó atrás la cabeza, con el hocico apuntando al cielo, y aulló.

«¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!» Torak estaba estupefacto. ¿Por qué le aullaba a una manada extraña? Los lobos solitarios no hacen esas cosas, sino que tratan de evitar a los lobos desconocidos.

Con un gañido, le pidió a Lobo que se acercara a él, pero Lobo permaneció donde estaba, con los ojos entrecerrados y los negros labios curvados sobre los dientes mientras entonaba su cántico. Torak se percató de que ya casi no parecía un cachorro. Tenía las patas más largas, y en la parte anterior del lomo le estaba creciendo un manto de espeso pelaje negro. Hasta su aullido estaba perdiendo el inseguro tono de lobezno.

—¿Qué les está diciendo? —quiso saber Renn.

—Les está diciendo dónde está —respondió Torak tragando saliva.

—¿Y qué le contestan ellos?

Torak escuchó, sin apartar los ojos de Lobo.

—Están hablando de dos miembros de la manada, dos exploradores que han descendido a las colinas en busca de renos. Por lo que oigo… —Hizo una pausa—. Sí, han encontrado un pequeño rebaño. Los exploradores les están diciendo a los demás dónde se halla éste, y que aúllen con los hocicos en la nieve.

—¿Cómo? ¿Para qué?

—Es un truco que los lobos utilizan a veces, para que los renos crean que están más lejos de donde están realmente.

—¿Puedes entender todo eso? —Parecía que Renn se sentía incómoda.

Torak se encogió de hombros.

Renn cavó en la nieve con el talón.

—No me gusta cuando hablas la lengua de los lobos. Me resulta muy raro.

—Y a mí no me gusta que Lobo hable con otros lobos —repuso Torak—. También me parece raro.

Renn le preguntó qué quería decir con eso, pero él no contestó. Era demasiado doloroso para expresarlo con palabras. Empezaba a darse cuenta de que, por mucho que hablara su lengua, no era un auténtico lobo, y nunca lo sería. En cierto sentido, siempre estaría apartado del lobezno.

Lobo dejó de aullar y bajó trotando de la cornisa; Torak se arrodilló y lo rodeó con los brazos. Notó los ligeros huesos del animal bajo el denso pelaje invernal y el feroz latido de un corazón leal. Cuando se inclinó para inhalar el olor a hierba dulce del lobezno, éste le lamió la mejilla y apoyó suavemente la frente contra la de Torak. «No me abandones nunca», deseó decirle a Lobo. Pero no supo cómo pronunciar esas palabras.

Emprendieron el camino hacia el norte.

Era una marcha agotadora. La tormenta había amontonado la nieve en duras cornisas heladas, entre las cuales había agujeros en los que se hundían hasta el muslo. Pendientes de los agujeros, pinchaban la nieve con flechas, lo cual los obligaba a ir aún más despacio. Constantemente tenían la sensación de que las Montañas Altas los observaban, como si esperaran a ver si caían.

Cuando llegó el mediodía, habían progresado muy poco y todavía alcanzaban a ver la cueva de nieve. Se toparon entonces con un nuevo obstáculo: un muro de hielo. Era demasiado escarpado para trepar por él y demasiado duro para atravesarlo. Otra de las salvajes bromas del río de hielo.

Renn dijo que iría a investigar mientras Torak esperaba con el lobezno. El chico se alegró de poder descansar, pues la bolsa de piel de cuervo le pesaba mucho.

—Cuidado con los agujeros en el hielo —advirtió mientras observaba con inquietud a Renn, que inspeccionaba una hendidura entre dos de los colmillos de hielo de mayor altura.

—Da la sensación de que se puede pasar —dijo Renn. Se quitó el fardo de los hombros, se introdujo con esfuerzo en la hendidura y desapareció.

Torak estaba a punto de ir tras ella cuando Renn asomó la cabeza.

—¡Oh, Torak, ven a ver esto! ¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido!

Lobo se introdujo de un salto tras ella. Torak se quitó el fardo y los siguió. Detestaba tener que meterse por una hendidura, pues le recordaba a la cueva, pero cuando llegó al otro lado se quedó sin aliento.

Estaba contemplando un torrente de hielo que descendía cual cascada congelada. Debajo de él se extendía una ladera de peñascos nevados y, más allá, apenas a la distancia a la que podía lanzarse un guijarro, se hallaba el Bosque.

—Creía que jamás volvería a verlo —dijo Renn con fervor.

Lobo levantó el hocico para captar los olores; luego miró a Torak y meneó la cola.

Torak no podía hablar. No se había dado cuenta de hasta qué punto le dolía, sí, dolía, estar lejos del Bosque. Sólo habían pasado tres noches fuera, pero tenía la impresión de que habían sido tres lunas.

A media tarde habían descendido de la última cornisa de hielo y habían empezado a zigzaguear ladera abajo. Las sombras se estaban tornando de color violeta y los pinos les hacían señas con sus ramas llenas de nieve. Supuso un alivio tremendo internarse entre ellos, fuera de la vista de las Montañas Altas. Sin embargo, el silencio absoluto resultaba inquietante.

—No puede ser a causa del oso —susurró Renn—. No había rastro de él en el río de hielo. Y si hubiese ido rodeando los valles habría tardado muchos días.

Torak le echó un vistazo a Lobo: tenía las orejas hacia atrás, pero el pelo del lomo no estaba erizado.

—No creo que ande cerca —dijo—. Pero tampoco está lejos.

—Mira esto —dijo Renn señalando la nieve bajo un enebro—. Huellas de pájaro.

Torak se agachó para examinarlas.

—Un cuervo. No iba saltando, sino que caminaba. Eso significa que no estaba asustado. Y por aquí también ha pasado una ardilla. —Señaló hacia la base de un pino donde había unas piñas desparramadas, que estaban mordisqueadas hasta el corazón—. Y hay huellas de liebre. Bastante recientes. Aún se ven algunos restos de pelo.

—Si son recientes, buena señal —comentó Renn.

—¡Ajá! —Torak miró detenidamente hacia la penumbra—. Pero eso no lo es.

El uro yacía sobre un costado como un gran peñasco marrón. En vida había sido más alto que el más alto de los hombres, y la envergadura de sus relucientes cuernos negros casi había alcanzado una anchura semejante a la altura del animal. Pero el oso le había rajado el vientre, convirtiéndolo en un amasijo de nieve carmesí.

Torak contempló a la gran bestia destrozada y sintió una oleada de rabia. Pese a su tamaño, los uros son criaturas dulces que sólo utilizan sus cuernos para las luchas de apareamiento o para defender a sus crías. Aquel toro de nariz chata no había merecido una muerte tan brutal.

Su cuerpo ni siquiera había servido para alimentar a otras criaturas del Bosque. Ni zorros ni martas se le habían acercado; ningún cuervo se había dado un festín allí. Ningún animal tocaba las presas del oso.

—¡Uff! —dijo Lobo correteando en círculos con el pelo del lomo erizado.

«No te acerques», le advirtió Torak.

Estaba oscureciendo, pero Torak aún podía advertir las huellas del oso, y no quería que Lobo las tocara.

—No parece una presa reciente —dijo Renn—. Algo es algo, ¿no?

Torak estudió el cuerpo del animal teniendo buen cuidado de no rozar las huellas. Lo pinchó con un palo y asintió con la cabeza.

—Está congelado. Tiene un día, por lo menos.

Tras él, Lobo gruñó.

Torak se preguntó por qué estaría tan agitado, si la presa no era reciente.

—No sé por qué —dijo Renn—, creía que estaríamos más seguros ahora que hemos regresado al Bosque. Creía que…

Pero Torak nunca llegó a saber qué creía Renn porque, de pronto, la nieve bajo los árboles hizo erupción, y varias figuras altas, vestidas de blanco, los rodearon.

Demasiado tarde, Torak comprendió que Lobo no le había estado gruñendo al uro, sino a esos silenciosos asaltantes.

«Mira detrás de ti, Torak.» Lo había olvidado. Una vez más.

Con el cuchillo en una mano y el hacha en la otra, Torak se acercó más a Renn, que ya había puesto una flecha en el arco. Lobo salió disparado hacia las sombras. Espalda contra espalda, él y Renn se enfrentaron a un círculo erizado de flechas.

La más alta de las figuras de blanco dio un paso adelante y se echó atrás la capucha. En la penumbra, su cabello de color rojo oscuro se vio casi negro.

—¡Por fin os tenemos! —dijo Hord.

28



—¿Por qué haces esto? —exclamó Renn—. ¡Está intentando ayudarnos! ¡No puedes tratarlo como a un proscrito!

—Pues mira cómo lo hago —repuso Hord, y arrastró a Torak por la nieve.

El chico luchó por mantenerse en pie, pero no le fue fácil con las manos atadas a la espalda. No había esperanzas de escapar: estaba rodeado por Oslak y cuatro robustos hombres de los Cuervos.

—¡Más rápido! —lo instó Hord—. ¡Tenemos que llegar al campamento antes de que anochezca!

—¡Pero él es El Que Escucha! —gritó Renn—. ¡Puedo probarlo! —Señaló la bolsita de piel de cuervo en el cinturón de Torak—. ¡Encontró las tres partes del Nanuak!

—No me digas —musitó Hord. Sin aminorar el paso, sacó el cuchillo y cortó la bolsa del cinturón de Torak—. Bueno, pues ahora me pertenece.

—¿Qué haces? —chilló Renn—. ¡Devuélveselo!

—¡Cállate de una vez! —le espetó Hord.

—¿Por qué he de callarme? Quién ha dicho que puedes…

Hord le dio un bofetón. Fue un golpe fuerte en plena cara que envió a Renn volando y cayó desplomada.

Oslak gruñó una protesta, pero Hord le ladró una advertencia. Su respiración era jadeante mientras observaba cómo Renn se sentaba.

—Tú ya no eres mi hermana —le espetó—. Creímos que habías muerto cuando encontramos tu carcaj en el arroyo.

Fin-Kedinn pasó tres días sin hablar, pero yo no lo lamenté. Me alegré. Traicionaste a tu clan y me deshonraste. Deseé que estuvieras muerta.

Renn se llevó una mano temblorosa al labio. Sangraba. Y en la mejilla le estaba saliendo un verdugón rojo.

—No deberías haberla pegado —dijo Torak.

—¡Tú no te metas en esto! —exclamó Hord volviéndose hacia él.

Torak miró fijamente a Hord y quedó impresionado por el cambio que se había producido en él. Se hallaba ante una sombra demacrada en lugar del robusto joven contra el que había luchado hacía menos de una luna. Hord tenía los ojos

desorbitados por la falta de sueño, y la mano que sujetaba el Nanuak no tenía uñas, sino llagas sanguinolentas. Algo le estaba devorando las entrañas.

—Deja ya de mirarme —gruñó.

—Hord —dijo Oslak—, tenemos que continuar. El oso…

Hord se volvió en redondo, forzando la vista para horadar la oscuridad.

—El oso, el oso —murmuró, como si sólo pensar en él le produjera dolor.

—Vamos, Renn. —Oslak se inclinó y le ofreció la mano—. No tardaremos en ponerte un emplasto ahí. El campamento no está lejos.

Renn lo ignoró y se puso en pie sin ayuda.

Al mirar sendero arriba, Torak vislumbró un destello de color naranja en la penumbra cada vez más intensa. Y más cerca, en las sombras bajo un joven abeto rojo, un par de ojos ambarinos.

El corazón le dio un vuelco. Si Hord veía a Lobo, no había forma de saber de lo que sería capaz…

Por suerte, la atención de todo el mundo se concentraba en Renn.

—¿Acaso es ahora mi hermano el jefe del clan? —exigió saber—. ¿Le seguís a él en lugar de obedecer a Fin-Kedinn?

Los hombres agacharon las cabezas.

—La cosa no es tan simple —explicó Oslak—. El oso atacó hace tres días. Mató a… —Se le quebró la voz—. Mató a dos de nosotros.

El rostro de Renn palideció intensamente. Se acercó más a Oslak, que llevaba la frente y las mejillas marcadas con arcilla gris del río.

Torak no sabía qué significaban esas marcas, pero cuando Renn las vio, ahogó un grito.

—No —musitó, y le tocó la mano a Oslak.

El hombretón asintió con la cabeza y se apartó de ella.

—¿Y Fin-Kedinn? —preguntó Renn con tono estridente—. ¿Está…?

—Malherido —contestó Hord—. Si muere, yo seré el jefe, puedes estar bien segura de ello.

Renn se llevó las manos a la boca y salió corriendo hacia el campamento.

—¡Renn! —gritó Oslak—. ¡Vuelve!

—Déjala marchar —dijo Hord.

Cuando Renn hubo desaparecido, Torak se sintió absolutamente solo. Ni siquiera sabía los nombres de los otros Cuervos.

—Oslak —rogó—, ¡haz que Hord me devuelva el Nanuak! Es nuestra única esperanza. Tú sabes que es así.

Oslak abrió la boca para hablar, pero Hord lo interrumpió.

—Tu papel en esta historia ha terminado —le dijo a Torak—. ¡Soy yo quien llevará el Nanuak a la Montaña! ¡Soy yo quien ofrecerá la sangre de El Que Escucha para salvar a mi gente!

Lobo estaba tan asustado que sentía deseos de aullar. ¿Cómo podía ayudar a su hermano de carnada? ¿Por qué se habían complicado tanto las cosas?

Mientras seguía a los adultos sin cola a través del Frío Blando y Brillante, luchó contra el hambre que le roía el vientre y contra el olor de unos lemmings, a sólo un brinco de distancia, que le hacía el hocico agua. Luchó contra la Llamada, que era ahora tan fuerte que la percibía constantemente, y contra el temor al demonio que olía en el viento. Giró las orejas para no oír los aullidos distantes de la extraña manada, cuyos miembros ya no le sonaban como extraños, sino como parientes lejanos…

Tenía que prescindir de todo eso porque su hermano de carnada estaba en peligro. Lobo se daba cuenta del dolor y del miedo de Alto Sin Cola, así como de la rabia y del miedo de los adultos. Le tenían miedo a Alto Sin Cola.

El viento cambió, y Lobo captó una oleada de aromas de la gran Guarida de los sin cola. Los sonidos y los olores lo abrumaron. «¡Malo, malo!» Su valor flaqueó. Gimoteando, corrió a esconderse bajo un árbol caído.

La Guarida significaba un peligro terrible. Era enorme y complicada, y en ella había perros furiosos que no escuchaban y muchas Bestias Brillantes que Muerden Caliente. Lo peor de todo eran los propios sin cola que no podían oír ni oler gran cosa, pero lo compensaban haciendo cosas astutas con las patas de delante y enviando sus Garras Largas que Vuelan Lejos para que mordieran a las presas.

Lobo no sabía si salir corriendo o quedarse.

Por si lo ayudaba a pensar, mordisqueó una rama y después un trozo del Frío Blando y Brillante. Corrió en círculos. Nada de eso dio resultado. Ansiaba aquella extraña seguridad que a veces sentía y le decía qué debía hacer. Pero no le llegó. La seguridad había salido volando como un cuervo hacia lo alto.

¿Qué debía hacer?

Torak se sintió culpable. A causa de su despreocupación había perdido el Nanuak. Todo era culpa suya. En torno a él los árboles cargados de nieve arrojaban azules sombras de luna en el sendero.

«Es culpa tuya», parecían decirle.

—Más rápido —exigió Hord pinchándole la espalda.

Los Cuervos habían acampado en un claro junto a un arroyo de montaña. En el centro del claro, un fuego alargado, hecho a base de tres troncos de pino, refulgía con luz anaranjada. Apiñados a su alrededor se hallaban los inclinados refugios del clan, así como un anillo de hogueras más pequeñas y de zanjas de pinchos, custodiadas por hombres armados con lanzas. Daba la sensación de que el clan entero había viajado hacia el norte.

Hord se adelantó corriendo mientras Torak esperaba con Oslak junto a uno de los refugios. El chico vio a Renn y se animó. Estaba arrodillada a la entrada de un refugio al otro lado del claro, hablando apresuradamente. Pero ella no lo vio.

La gente se acurrucaba en torno al fuego alargado. El miedo se olía en el aire. Según Oslak, los exploradores habían encontrado señales del oso a sólo dos valles de distancia.

—Se está volviendo más fuerte —explicó—. Está despedazando el Bosque como si… como si anduviese en busca de algo.

Torak se echó a temblar. La marcha forzada impuesta por Hord le había hecho entrar en calor, pero ahora se estaba congelando, porque sólo llevaba las ropas de ante de verano. Confió en que no pensaran que estaba asustado.

Oslak le desató las muñecas y le apoyó una mano en el hombro para guiarlo a través del claro. Torak se olvidó del frío cuando entró tambaleante en el resplandor de la gran hoguera y en el zumbar de muchas voces, que parecía un panal de abejas airadas.

Vio a Saeunn, sentada con las piernas cruzadas sobre un montón de pieles de reno con la bolsa de piel de cuervo en el regazo; a Hord junto a ella, mordiéndose el pulgar, y a Dyrati que observaba a Hord con el rostro tenso.

Se hizo el silencio. La gente dejó paso a cuatro hombres que llevaban a Fin-Kedinn en una litera de pellejo de uro. El jefe de los Cuervos tenía el rostro demacrado y la pierna izquierda envuelta en vendajes de albura manchados de sangre. La cara se le contrajo levemente cuando los hombres lo dejaron junto al fuego. Fue el único signo de que estuviera padeciendo algún dolor.

Entonces apareció Renn haciendo rodar un pedazo de tronco de pino. Lo dejó detrás de Fin-Kedinn para que él se apoyara, y se acurrucó a su lado encima de una piel de reno. No miró a Torak, sino que mantuvo los ojos fijos en el fuego.

Oslak le dio a Torak un empujoncito en la espalda, y el chico avanzó con paso vacilante hacia la litera.

El jefe de los Cuervos clavó su mirada en la de Torak, sin apartarla, y Torak experimentó una oleada de alivio, puesto que los ojos azules de Fin-Kedinn eran tan intensos e impenetrables como siempre. Hord iba a tener que esperar mucho más para ser jefe de los Cuervos.

—Cuando encontramos por primera vez a este chico —dijo Fin-Kedinn con voz fuerte y clara—, no sabíamos quién era, o qué era. Desde entonces, ha hallado las tres partes del Nanuak y ha salvado la vida de una de los nuestros. —Hizo una pausa—. Ya no abrigo más dudas. Él es El Que Escucha. Pero la cuestión es: ¿le permitimos que lleve el Nanuak a la Montaña? ¿Permitimos que un chico tan joven vaya solo? ¿O enviamos al más fuerte de nuestros cazadores, a un hombre adulto con posibilidades mucho mayores que las suyas de vencer al oso? —Hord dejó de morderse el pulgar y se cuadró. Torak fue presa del desaliento.

»Queda poco tiempo —prosiguió Fin-Kedinn mirando el cielo nocturno, donde refulgía el Gran Uro—. Dentro de unos días, el oso será demasiado fuerte para vencerlo. Y no podemos convocar una reunión de los clanes; no hay tiempo. He de tomar una decisión yo, y ahora; en nombre de todos los clanes. —El único sonido era

el sisear y el restallar del fuego. Los Cuervos estaban pendientes de cada palabra—. Hay muchos entre nosotros —continuó Fin-Kedinn— que creen que sería una locura confiarle nuestros destinos a un chico.

—¡Y tanto que sería una locura! ¡Yo soy el más fuerte! ¡Dejadme ir a mí a la Montaña y salvar a mi gente! —exclamó Hord poniéndose en pie de un salto.

—Tú no eres El Que Escucha —dijo Torak.

—Pero ¿y el resto de la Profecía? —preguntó Saeunn con su voz de cuervo—. «El Que Escucha le entrega la sangre de su corazón a la Montaña.» ¿Podrías tú hacer eso?

—Si es eso lo que hace falta, sí —contestó Torak inspirando profundamente.

—¡Pero hay otra manera! —exclamó Hord—. ¡Lo matamos ahora y yo llevo su sangre a la Montaña! ¡Al menos así tendremos una posibilidad!

Se oyó un murmullo de aprobación entre los Cuervos.

Fin-Kedinn levantó una mano para pedir silencio y le habló a Torak.

—Antes negabas que fueras El Que Escucha. ¿Por qué estás tan seguro ahora?

—El oso mató a mi padre —repuso alzando la barbilla—. Fue creado para que lo hiciera.

—¡Esto es más importante que la venganza! —exclamó Hord con desdén.

—Y también es más importante que la vanidad —le espetó Torak. Después se dirigió a Fin-Kedinn—. A mí no me importa ser «el salvador de mi gente». Además, ¿qué gente? Si ni siquiera he conocido nunca a mi propio clan. Sin embargo, le juré a mi padre que encontraría la Montaña. Hice un juramento.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —exclamó Hord—. ¡Dadme el Nanuak, y yo lo haré!

—¿Cómo? —preguntó una pausada voz. Era Renn—. ¿Cómo vas a encontrar la Montaña? —quiso saber.

Hord titubeó.

Renn se puso en pie.

—Se dice que es el pico más lejano en el extremo norte de las Montañas Altas. Bueno, pues aquí estamos, en el extremo norte de las Montañas Altas. Así que, ¿dónde está? —Extendió las manos—. Yo no lo sé. —Se volvió hacia Hord—. ¿Lo sabes tú?

Hord hizo rechinar los dientes.

Renn se dirigió entonces a Saeunn.

—¿Lo sabes tú? No. Y tú eres la hechicera. —Confrontó entonces a Fin-Kedinn —. ¿Lo sabes tú?

—No —respondió él.

—Ni siquiera él sabe dónde está —afirmó Renn señalando a Torak—, y él es El Que Escucha. —Renn hizo una pausa—. Pero hay alguien que lo sabe. —Miró directamente a Torak y lo taladró con los ojos.

Torak entendió qué quería decir.

«Astuta Renn —se dijo—. Siempre y cuando salga bien, claro.»

Torak se llevó las manos ahuecadas a los labios y aulló.

Los Cuervos ahogaron un grito y los perros del campamento armaron gran revuelo.

Torak aulló una vez más.

De pronto un haz de color gris cruzó a toda velocidad el claro y se estrelló contra él.

La gente murmuró y señaló; los perros se volvieron locos, hasta que unos hombres los ahuyentaron. Un niño pequeño rió.

Torak se arrodilló y enterró el rostro en el pelaje de Lobo. Entonces le dio al lobezno un lametón agradecido en el hocico. A Lobo le había hecho falta un valor enorme para responder a su llamada.

Cuando el revuelo se fue calmando, Torak levantó la cabeza.

—Únicamente Lobo puede encontrar la Montaña —le dijo a Fin-Kedinn—. Nos ha traído hasta aquí. Es sólo gracias a él que hemos encontrado el Nanuak. —El jefe de los Cuervos se acarició la oscura barba roja—. Dadme el Nanuak —rogó Torak—. Dejad que se lo lleve al Espíritu del Mundo. Es nuestra única posibilidad.

El fuego restalló y escupió. De un abeto cercano cayó nieve con un ruido sordo. Los Cuervos esperaron la decisión de su jefe.

Fin-Kedinn habló al fin.

—Te daremos comida y ropa para el viaje. ¿Cuándo partirás?

Torak espiró aliviado.

Renn le dirigió una leve inclinación de cabeza.

Hord profirió una protesta, pero Fin-Kedinn lo silenció con una mirada. Una vez más le dijo a Torak:

—¿Cuándo partirás?

Torak tragó saliva.

—Pues… ¿mañana?

29



Al día siguiente, Torak y Lobo partirían hacia el Bosque donde rondaba el oso, y Torak no tenía ni idea de lo que iban a hacer.

Aunque consiguieran llegar a la Montaña, ¿qué harían entonces? ¿Debía dejar sencillamente el Nanuak en el suelo? ¿Pedirle al Espíritu del Mundo que destruyera al oso? ¿Tratar de luchar con la fiera por su cuenta?

—¿Quieres unas botas nuevas, o te arreglamos las tuyas? —preguntó con irritación la compañera de Oslak, que le estaba tomando medidas para darle ropa de invierno.

—¿Cómo? —preguntó Torak.

—Botas —repitió la mujer. Tenía ojos de cansancio y marcas de arcilla de río en las mejillas, y estaba furiosa con él. Torak no sabía por qué.

—Estoy acostumbrado a mis botas —dijo—. Quizá podrías…

—¿Remendarlas? —La mujer soltó un bufido—. Creo que puedo apañármelas.

—Gracias —respondió Torak con humildad. Dio un vistazo a Lobo, que estaba encogido en un rincón con las orejas hacia atrás.

La compañera de Oslak cogió un pedazo de tendón y le dio la vuelta a Torak para medirle los hombros.

—¡Oh, sí! Te irá bien —murmuró—. Bueno, siéntate. ¡Siéntate! —Torak se sentó y la observó hacer nudos para marcar las medidas. La mujer tenía los ojos húmedos y parpadeaba rápidamente. Lo pilló mirándola—. ¿Qué estás mirando?

—Nada —contestó Torak—. ¿Debo quitarme la ropa?

—No, a menos que quieras congelarte. Tendrás las prendas nuevas cuando amanezca. Ahora dame las botas. —Torak obedeció, y la mujer las miró como si fueran un par de salmones podridos—. Tienen más agujeros que una red de pescar —dijo. Fue un alivio cuando salió ruidosamente del refugio.

No hacía mucho que se había ido cuando entró Renn. Lobo se acercó y le lamió los dedos. Ella le rascó detrás de las orejas.

Torak quería darle las gracias por haberlo defendido, pero no estaba seguro de cómo empezar. El silencio se prolongó.

—¿Qué tal te ha ido con Vedna? —preguntó de pronto Renn.

—¿Vedna? ¡Ah! ¿La compañera de Oslak? Me parece que no le gusto.

—No es eso. Es por tu ropa nueva. La estaba haciendo para su hijo, y ahora tiene que acabarla para ti.

—¿Su hijo?

—Lo mató el oso.

—Vaya.

«Pobre Vedna —se dijo—. Y pobre Oslak.»

Eso explicaba la arcilla de río. Debía de ser la forma de llevar luto de los Cuervos.

La magulladura en la mejilla de Renn se había vuelto de un tono violeta. Torak le preguntó si le dolía, y Renn negó con la cabeza. El supuso que la avergonzaba lo que había hecho su hermano.

—¿Cómo se encuentra Fin-Kedinn? —preguntó—. ¿Está muy mal su pierna?

—Está mal. Le ha llegado al hueso. Pero no hay indicios de la enfermedad que ennegrece.

—Eso está bien. —Torak titubeó—. ¿Estaba… muy enfadado contigo?

—Sí. Pero no he venido por eso.

—¿Por qué has venido entonces?

—Por lo de mañana. Voy a ir contigo.

—Me parece que tenemos que ir tan sólo Lobo y yo —repuso Torak mordiéndose el labio.

—¿Por qué? —Renn lo fulminó con la mirada.

—No lo sé. Simplemente, me lo parece.

—Eso es una estupidez.

—Quizá. Pero así están las cosas.

—Hablas como Fin-Kedinn.

—Ésa es otra razón. Él nunca lo permitiría.

—¿Desde cuándo he dejado que eso me detenga?

Torak esbozó una amplia sonrisa.

Ella no se la devolvió. Aparentemente furiosa, Renn se acercó al fuego que había en la entrada del refugio.

—Vas a tomar la comida de la noche con él —dijo—. Es un honor, por si no lo sabías.

Torak tragó saliva. Le tenía miedo a Fin-Kedinn, pero de un modo extraño también deseaba su aprobación. Comer con él sonaba inquietante.

—¿Estarás tú también? —quiso saber.

—No.

—¡Oh!

Se hizo otro silencio. Luego Renn se ablandó un poco.

—Si quieres, me quedaré a Lobo conmigo. Es mejor no dejarlo solo con los perros.

—Gracias.

Renn asintió con la cabeza, y entonces advirtió los pies desnudos de Torak.

—Veré si puedo encontrarte un par de botas.

Un rato después Torak se dirigió al refugio de Fin-Kedinn tropezando, con unas botas prestadas que le iban grandes.

Encontró al jefe de los Cuervos charlando acaloradamente con Saeunn, pero se interrumpieron cuando él entró. Saeunn tenía un aspecto temible. En cambio, el rostro de Fin-Kedinn no revelaba nada.

Torak se sentó con las piernas cruzadas en una piel de reno. No vio nada de comida, pero había gente afanándose con los pellejos de cocinar junto a la hoguera. Torak se preguntó cuánto tardarían en comer. Y qué pintaba él allí.

—Ya te he dicho lo que creo —dijo Saeunn.

—Ya me lo has dicho —repuso Fin-Kedinn sin alterarse.

No hicieron ningún intento por incluir a Torak en la conversación, lo cual le dio la libertad de estudiar el refugio de Fin-Kedinn. No era más ostentoso que los otros, y del poste del techo colgaban las pertenencias habituales de un cazador, pero la cuerda del gran arco de tejo estaba rota y la pelliza de piel de reno blanco estaba salpicada de sangre seca: crudos recordatorios de que el jefe de los Cuervos se había enfrentado al oso y había sobrevivido.

De pronto Torak advirtió que un hombre lo observaba desde las sombras. Tenía el cabello castaño corto y unas facciones tristes y apergaminadas.

—Éste es Krukoslik —dijo Fin-Kedinn—, del Clan de la Liebre Alpina.

El hombre se llevó ambos puños al corazón e inclinó la cabeza.

Torak hizo lo mismo.

—Krukoslik conoce estos parajes mejor que nadie —explicó Fin-Kedinn—. Habla con él antes de partir. Si no puede ofrecerte otra cosa, al menos te dará un par de indicaciones de cómo sobrevivir en las Montañas Altas. No me impresionó precisamente el estado en que te hallabas cuando te apresamos: sin ropa de invierno y con un solo odre de agua y sin comida. Tu padre te enseñó algo más que eso.

Torak contuvo el aliento.

—Así pues, ¿lo conociste?

Saeunn se mostró irritada, pero Fin-Kedinn la silenció con una mirada.

—Sí —contestó—. Lo conocí. Hubo un tiempo en que fue mi mejor amigo.

Furiosa, Saeunn giró la cara.

—Si eras su mejor amigo, ¿por qué me condenaste a morir? —inquirió Torak al tiempo que se percataba de que él también se enfadaba—. ¿Por qué me dejaste luchar con Hord? ¿Por qué me mantuviste atado mientras la reunión de los clanes decidía si sacrificarme o no?

—Para ver de qué madera estabas hecho —repuso tranquilamente Fin-Kedinn—. No le sirves de nada a nadie si no eres capaz de utilizar tu ingenio. —Hizo una pausa —. Si te acuerdas, no te mantuve bajo una guardia rigurosa. Hasta te dejé tener

contigo al lobezno.

—¿Quieres decir que… que me estabas sometiendo a una prueba? —reflexionó Torak.

Fin-Kedinn no contestó.

Llegaron dos hombres, que venían de la hoguera grande, llevando cuatro humeantes cuencos de madera de abedul.

—Come —dijo Krukoslik, y le tendió uno de ellos a Torak.

Fin-Kedinn le arrojó una cuchara de cuerno, y durante un rato Torak se olvidó de todo mientras devoraba la comida. Era un caldo ligero hecho con cascos de alce y unas cuantas tajadas de corazón seco de ciervo, acompañados de serbas y de esos hongos duros e insípidos que los clanes llaman orejas de uro. Además, tomaron una única torta plana de bellota asada, que era muy amarga, pero no estaba mal si la rompías y la mojabas en el caldo.

—Siento no poder ofrecerte nada mejor —se disculpó Fin-Kedinn—, pero las presas escasean. —Fue la única referencia que hizo al oso.

Torak tenía demasiada hambre para preocuparse ahora por eso. No obstante, cuando hubo lamido su cuenco, advirtió que Fin-Kedinn y Saeunn apenas habían tocado el suyo. Saeunn devolvió el contenido al pellejo de cocinar y regresó a su sitio. Krukoslik se colgó su cuchara del cinturón y se alejó para arrodillarse junto a la pequeña hoguera a la entrada del refugio, donde musitó una breve plegaria de agradecimiento.

Torak nunca había visto a nadie como él. Llevaba una gruesa túnica de pellejo de reno marrón que le llegaba hasta las pantorrillas y un ancho cinturón de gamuza roja. La piel distintiva de su clan era un manto de pelaje de liebre, teñido de un rojo furibundo, que llevaba sobre los hombros, y su tatuaje de clan consistía en una banda roja en zigzag en la frente. Sobre el pecho le colgaba un fragmento de cristal de roca ahumado de un dedo de largo.

Vio que Torak lo estaba mirando, y sonrió.

—El humo es el aliento del Espíritu del Fuego. Los clanes de las montañas adoran el fuego por encima de todo.

Torak recordó el consuelo que el fuego les había ofrecido a Renn y a él en la cueva de nieve.

—Comprendo que sea así —dijo.

La sonrisa de Krukoslik se tornó más amplia.

Una vez concluida la comida de la noche, Fin-Kedinn les pidió a los demás que los dejaran para poder hablar a solas con Torak. Krukoslik se levantó e inclinó la cabeza. Saeunn soltó un siseo airado y salió furibunda del refugio.

Torak se preguntó qué pasaría entonces.

—Saeunn —explicó Fin-Kedinn— no cree que deba decirte nada más. Cree que podría distraerte mañana, si lo hago.

—¿Nada más sobre qué? —preguntó Torak.

—Sobre lo que quieres saber.

—Quiero saberlo todo —dijo Torak considerándolo.

—Eso no es posible. Inténtalo de nuevo.

Torak hurgó en un desgarrón en la rodilla de las calzas.

—¿Por qué yo? ¿Por qué soy El Que Escucha?

—Es una larga historia —repuso Fin-Kedinn mientras se acariciaba la barba.

—¿Es a causa de mi padre? ¿Porque era el hechicero de los Lobos? ¿El enemigo del vagabundo tullido, el que creó al oso?

—Eso… forma parte de la historia.

—Pero ¿quién era ese hombre? ¿Por qué eran enemigos? Pa nunca lo mencionó siquiera.

El jefe de los Cuervos removió el fuego con un palo, y Torak observó que tenía más acusado el rictus de dolor a ambos lados de la boca. Sin girar la cabeza, Fin-Kedinn dijo:

—¿Mencionó alguna vez tu padre a los Devoradores de Almas?

—No. Nunca he oído hablar de ellos. —Torak estaba desconcertado.

—Entonces debes de ser el único en el Bosque que no lo ha oído. —Fin-Kedinn guardó silencio mientras el fuego le arrojaba sombras sobre el rostro—. Los Devoradores de Almas —prosiguió— eran siete hechiceros, cada uno de un clan distinto. Al principio no eran malos. Ayudaban a los clanes. Cada uno contaba con una destreza particular: uno era tan sutil como una serpiente, y siempre investigaba sobre hierbas y pociones tradicionales; otro era fuerte como un roble y deseaba conocer las mentes de los árboles; había otra cuyos pensamientos volaban más rápido que un murciélago, y le encantaba hechizar a pequeñas criaturas para que cumplieran los deseos que tenía, y otro era orgulloso y poderoso, le fascinaban los demonios y siempre andaba tratando de controlarlos. Se decía que había otro que podía hacer acudir a los muertos. —Revolvió el fuego una vez más.

Como no prosiguió, Torak hizo acopio de valor.

—Ésos sólo son cinco. Has dicho que… había siete.

—Hace muchos años, hicieron causa común en secreto —prosiguió Fin-Kedinn sin hacerle caso—. Al principio se llamaban a sí mismos los Sanadores. Pero se engañaban creyendo que deseaban tan sólo hacer el bien curando la enfermedad o protegiendo de los demonios. —Hizo una mueca de desprecio—. No tardaron en decantarse hacia el mal, pervertidos por sus ansias de poder.

Torak se clavó los dedos en la rodilla.

—¿Por qué se llamaban Devoradores de Almas? —preguntó apenas moviendo los labios—. ¿Podían realmente devorar almas?

—¿Quién sabe? La gente estaba asustada, y cuando la gente se asusta, los rumores se vuelven realidad. —El rostro de Fin-Kedinn se ensimismó al recordar—. Por encima de todo, los Devoradores de Almas deseaban poder. Es por lo que vivían:

para gobernar el Bosque, para obligar a todo el mundo a hacer lo que se les antojara. Pero, hace trece años, sucedió algo que echó por tierra su poder.

—¿Qué? —musitó Torak—. ¿Qué ocurrió?

Fin-Kedinn suspiró.

—Todo cuanto necesitas saber es que hubo un gran fuego y que los Devoradores de Almas se dispersaron. Algunos quedaron malheridos, y todos procedieron a esconderse. Creímos que la amenaza había desaparecido para siempre, pero nos equivocamos. —Partió en dos el palo y lo arrojó al fuego—. El hombre al que tú llamas el vagabundo tullido, el hombre que creó al oso, era uno de ellos.

—¿Un Devorador de Almas?

—Lo supe en cuanto Hord me habló de él. Sólo un Devorador de Almas habría atrapado a un demonio tan grande. —Clavó su mirada en la de Torak—. Tu padre era su enemigo. Era el peor enemigo de todos los Devoradores de Almas.

Torak no conseguía apartar la mirada de aquellos intensos ojos azules.

—Nunca me contó nada.

—Tenía sus razones. Tu padre… —dijo Fin-Kedinn—. Tu padre se equivocó en muchas cosas en su vida. Pero hizo cuanto pudo por detener a los Devoradores de Almas. Por eso lo mataron. Y también por eso te crió aparte de los demás. Para que jamás supieran que existías.

Torak se lo quedó mirando.

—¿Yo? ¿Por qué?

Fin-Kedinn no lo escuchaba. Una vez más, miraba fijamente las llamas.

—No parecía posible —murmuró—. Nadie sospechó jamás que existiera un hijo. Ni siquiera yo.

—Pero… Saeunn lo sabía. Pa se lo dijo hace cinco años en la reunión de los clanes junto al mar. ¿Ella no…?

—No —interrumpió Fin-Kedinn—. Nunca me lo dijo.

—No lo comprendo —se quejó Torak—. ¿Por qué no podían los Devoradores de Almas saber de mi existencia? ¿Qué tenía yo de malo?

—Nada —repuso Fin-Kedinn mientras estudiaba el rostro del chico—. No debían saber de ti porque… —Negó con la cabeza, como si hubiera demasiado por decir—. Porque algún día quizá fueras capaz de detenerlos.

—¿Yo? ¿Cómo? —Torak se sintió horrorizado.

—No lo sé. Sólo sé que si hubieran descubierto tu existencia, habrían ido por ti. —Una vez más los ojos del jefe de los Cuervos se clavaron en los de Torak—. He aquí lo que Saeunn no quería que supieras. Y lo que yo creo que es preciso que sepas: si sobrevives, si consigues destruir al oso, no será el final. Los Devoradores de Almas descubrirán quién lo hizo. Descubrirán tu existencia. Y tarde o temprano irán a buscarte.

Restalló una brasa.

Torak dio un respingo.

—Lo que quieres decir es que… aunque mañana sobreviva, estaré huyendo toda mi vida.

—Yo no he dicho eso. Puedes salir corriendo o puedes luchar. Siempre hay una opción.

Torak alzó la mirada hacia la pelliza salpicada de sangre. Hord tenía razón: ésa era una lucha para hombres, no para jóvenes.

—¿Por qué Pa nunca me contó nada? —preguntó.

—Tu padre sabía lo que se traía entre manos —repuso Fin-Kedinn—, aunque hizo algunas cosas mal; ciertas cosas por las que yo nunca lo perdonaré. Pero creo que actuó correctamente contigo. —Torak era incapaz de hablar—. Hazte esta pregunta, Torak: ¿por qué la Profecía habla de «El Que Escucha» y no de «El Que Habla» o «El Profeta»? —Torak hizo un gesto negativo—. Porque la cualidad más importante de un cazador es saber escuchar: escuchar lo que le están diciendo el viento y los árboles, escuchar lo que otros cazadores y las presas dicen acerca del Bosque. Ése es el don que te dio tu padre. No te enseñó hechicería ni la historia de los clanes. Te enseñó a cazar, a utilizar tu ingenio. —Hizo una pausa—. Si mañana has de tener éxito, es así como lo conseguirás: utilizando el ingenio.

Ya era pasada la medianoche, pero Torak seguía sentado junto al fuego grande en el claro, con la mirada fija en la imponente oscuridad de las Montañas Altas.

Estaba solo. Lobo se había ido a una de sus expediciones nocturnas, y los únicos indicios de vida en el campamento eran los silenciosos Cuervos, que custodiaban las defensas, y el ruido sordo de los ronquidos procedentes del refugio de Oslak.

Torak deseó despertar a Renn y contárselo todo. Pero no sabía dónde dormía. Además, no estaba seguro de que fuera capaz de hablarle de Pa, de las cosas malas que Fin-Kedinn decía que había hecho.

«Si sobrevives… no será el final. Los Devoradores de Almas… irán a buscarte… Puedes salir corriendo o puedes luchar. Siempre hay una opción…» Imágenes terribles se arremolinaban en la mente de Torak como en una tormenta de nieve: los ojos asesinos del oso, los Devoradores de Almas, como sombras vislumbradas a medias en una pesadilla, la cara de Pa cuando yacía moribundo…

Para quitárselas de la cabeza, se levantó y empezó a caminar de aquí para allá. Hizo un esfuerzo por pensar.

No tenía ni idea de qué iba a hacer al día siguiente, pero sabía que Fin-Kedinn tenía razón. Si había de tener alguna posibilidad contra el oso, sería utilizando el ingenio. El Espíritu del Mundo tan sólo lo ayudaría si trataba de ayudarse a sí mismo.

Una vez más, repasó los versos de la Profecía: «El Que Escucha lucha con aire y habla con silencio… El Que Escucha lucha con aire…»

El germen de una idea empezó a darle vueltas en la mente.

30



A Torak le temblaban tanto los dedos que no conseguía quitarle el tapón al cuerno de los remedios curativos.

¿Por qué había dejado eso para el último momento? Lobo se paseaba inquieto de un lado para otro ante el refugio, y los Cuervos esperaban para despedirlo, y él seguía sin poder quitar el tapón del…

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Renn desde el umbral. Tenía el rostro pálido y los ojos tristes.

Torak le tendió el cuerno de los remedios, y Renn arrancó el tapón de roble negro con los dientes.

—¿Para qué sirve? —preguntó mientras se lo devolvía.

—Para las Marcas de la Muerte —respondió Torak sin mirarla.

—¿Como el hombre del río de hielo? —preguntó Renn con voz entrecortada, y Torak asintió—. Pero él sabía que iba a morir. Tú puedes sobrevivir.

—Eso no lo sé. No quiero arriesgarme a que mis almas queden separadas. No quiero correr el riesgo de convertirme en un demonio.

Renn se agachó para acariciarle las orejas a Lobo.

—Tienes razón.

Torak miró más allá de donde estaba Renn, hacia el claro, hacia el lugar en que despuntaba el amanecer de color azul oscuro. Durante la noche, las nubes habían descendido suavemente de las Montañas Altas para cubrir el Bosque de un grueso manto de nieve. Se preguntó si eso lo ayudaría o sería un obstáculo.

Se vertió un poco de ocre rojizo en la palma y escupió sobre él. Pero tenía la boca demasiado seca y no consiguió hacer una pasta.

Renn se inclinó y le escupió en la palma a Torak. A continuación cogió un poco de nieve, la calentó en las manos y se la añadió.

—Gracias —murmuró Torak. Tembloroso, se trazó círculos en los talones, en el pecho y en la frente. Cuando terminó el de la frente, cerró los ojos. La última vez que había hecho eso había sido para Pa.

Lobo se apretó contra él, y le transmitió su olor a las calzas nuevas. Después puso una pata en el antebrazo de Torak.

«Estoy contigo.» Torak se inclinó y le frotó el hocico con la nariz.

«Ya lo sé.» —Toma— dijo Renn tendiéndole la bolsita de piel de cuervo—. He añadido más ajenjo y me he ocupado de que Saeunn le echara un vistazo. El hechizo de encubrimiento debería funcionar. El oso no captará el Nanuak.

Torak se ató la bolsita al cinturón. Ya notaba cómo las Marcas de la Muerte se le endurecían sobre la piel.

—Será mejor que te lleves esto también. —Renn le tendía un pequeño bulto envuelto en albura.

—¿Qué es?

—Lo que me pediste. —Renn parecía sorprendida—. Lo que me he pasado la mayor parte de la noche preparando.

Torak estaba horrorizado. Casi lo había olvidado. Si se hubiera marchado sin eso, ¿qué habría sido de su plan?

—Te he puesto también unas cuantas hierbas purificadoras —dijo Renn.

—¿Por qué?

—Bueno… es que si… si matas al oso, quedarás impuro. Lo que quiero decir es que no deja de ser un oso, no deja de ser otro cazador, aunque lleve un demonio dentro. Necesitarás purificarte después.

¡Qué propio de Renn prever esas cosas y qué tranquilizador le resultaba a Torak que creyera que él tenía alguna probabilidad!

Lobo soltó un gañido impaciente, y Torak inspiró profundamente. Había llegado la hora de marcharse.

Cuando empezaban a cruzar el claro, Torak recordó que había dejado el cuerno en el refugio y corrió a buscarlo. Cuando salió, al abrir la bolsa de los remedios con dedos temblorosos, el cuerno se le cayó de entre las manos.

Fue Fin-Kedinn quien lo recogió.

El jefe de los Cuervos caminaba con la ayuda de unos palos ahorquillados. Al examinar el cuerno de los remedios que tenía en la mano, el rostro de Fin-Kedinn palideció intensamente.

—Esto era de tu madre —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Torak parpadeando.

Fin-Kedinn guardó silencio y se lo devolvió.

—No lo pierdas nunca.

Torak se guardó el cuerno en la bolsa. Le pareció un comentario muy raro, teniendo en cuenta adónde se dirigía. Cuando se daba la vuelta para marcharse, Fin-Kedinn lo llamó otra vez.

—Torak.

—¿Qué?

—Si sobrevives, hay un sitio para ti entre nosotros. Si lo quieres.

Torak estaba demasiado sorprendido para hablar. Para cuando se hubo recuperado, el jefe de los Cuervos ya se alejaba con el rostro tan impenetrable como siempre.

Las Montañas Altas estaban ribeteadas de oro cuando Torak avanzó haciendo crujir la nieve hacia los Cuervos. Oslak le tendió el saco para dormir y el odre de agua; Renn le dio el hacha, el arco y el carcaj. Le sorprendió que Hord lo ayudara a ponerse el fardo. Tenía aspecto demacrado, pero parecía haber aceptado que no era él quien iría en busca de la Montaña.

Saeunn hizo la señal de la mano sobre Torak, y luego sobre Lobo.

—Que el guardián vuele con los dos —dijo.

—Y que también corra con vosotros —añadió Renn tratando de sonreír.

Torak le hizo una leve inclinación de cabeza. Sólo deseaba marcharse.

Los Cuervos lo observaron en silencio emprender el camino a través de la nieve mientras Lobo trotaba sobre las huellas del chico.

Torak no miró atrás.

El Bosque estaba silencioso, pero cuando Lobo se puso a la cabeza, pareció entusiasmado y nada temeroso. Torak avanzaba lentamente y con dificultad tras él, formando nubecillas con el aliento. Hacía mucho frío, pero gracias a Vedna él no lo sentía. Mientras Torak dormía, ella le había dejado las prendas nuevas en el refugio: un jubón interior de piel de pato, cuyos suaves plumones le tocaban la piel; una pelliza con capucha y calzas hechas con el cálido pellejo invernal del reno; mitones de pelo de liebre sujetos con una cinta que pasaba por las mangas; y sus viejas botas, hábilmente remendadas con parches de resistente piel de pata de reno, rellenas de pelo de marta, y con unas tiras de piel de cazón cosidas a las suelas para mejorar la adherencia.

Vedna hasta había desprendido la piel de clan del viejo jubón de Torak y se la había cosido en la pelliza. La banda de pelaje de lobo estaba raída y sucia, pero era muy preciada para él. La había preparado Pa.

Lobo se desvió para investigar algo, y Torak se puso instantáneamente en guardia. Se trataba de unas huellas de ardilla minúsculas, como si tuvieran forma de manos. Torak siguió el sendero mientras la ardilla brincaba entre matorrales de enebro cubiertos de nieve para acabar dando unos cuantos saltos asustados y desaparecer hacia lo alto de un pino.

Torak se echó atrás la capucha y miró alrededor.

En el Bosque reinaba una calma absoluta. Fuera lo que fuese lo que había asustado a la ardilla, había desaparecido. Pero Torak estaba enfadado consigo mismo. Él también debería haber advertido esas huellas.

«Permanece alerta.» Un arrendajo los siguió de árbol en árbol al tiempo que avanzaban. El sol se elevó en un cielo sin nubes. Torak no tardó en empezar a jadear a causa de su trabajoso andar, pues iba hundido hasta la rodilla en la deslumbrante nieve. Había decidido no llevar raquetas porque, aunque con ellas se caminaba más fácilmente, serían una molestia si tenía que moverse con rapidez.

Lobo se las apañaba mejor, pues su estrecho pecho cortaba la nieve como una

canoa que atraviesa el agua. A media mañana, sin embargo, incluso el lobezno se estaba cansando. El terreno ascendía de manera regular, como Krukoslik había dicho que sucedería.

—Mi abuelo llegó una vez cerca de la Montaña —había explicado cuando Torak lo había despertado en plena noche—. Tan cerca que pudo sentirla. Desde aquí, sigue el arroyo hacia el norte y verás que el terreno asciende, hasta que te hallarás a la sombra de las Montañas Altas. Hacia el mediodía llegarás a un abeto rojo, alcanzado por un rayo, en la entrada de un barranco, que es demasiado escarpado para trepar por él, pero hay un sendero que asciende por su flanco occidental…

—¿Qué clase de sendero? —había querido saber Torak—. ¿Quién lo abrió?

—Nadie lo sabe. Sencillamente, síguelo. Ese árbol del rayo… tiene el poder de proteger. Defiende el sendero de cualquier mal. Quizá te proteja a ti también.

—¿Qué hago entonces? ¿Hacia dónde voy?

—Sigue el sendero. —Krukoslik había extendido las manos—. En algún lugar, al final del barranco, se alza la Montaña.

—¿A qué distancia?

—Nadie lo sabe. Mi abuelo no llegó muy lejos antes de que el Espíritu lo detuviera. El Espíritu siempre detiene a la gente. Tal vez… tal vez tú seas distinto.

«Tal vez», se dijo Torak avanzando penosamente por la nieve.

Si su plan funcionaba, si el Espíritu del Mundo atendía a su ruego, el oso quedaría destruido y el Bosque sobreviviría. Si no, no habría una segunda oportunidad. Ni para él ni para el Bosque.

Delante de Torak, Lobo levantó la cabeza, olisqueó y se le erizó el pelo del lomo. ¿Qué habría captado?

Unos pasos más allá, Torak advirtió que algo había arrancado la nieve de las puntas de las ramas que estaban más o menos a la altura del hombro. Encontró entonces un arbolillo de enebro con varias ramitas mordisqueadas.

—Un ciervo —murmuró.

Un revoltijo de huellas se lo confirmó. Por el aspecto que tenían se trataba de un solo ciervo, probablemente un macho, porque los machos no levantan las patas tan alto como las hembras, y Torak vio indicios en la nieve de que las había arrastrado.

Pero si no era más que un ciervo, ¿por qué se le había erizado el pelo del lomo a Lobo?

Torak miró alrededor. Percibía cómo el Bosque contenía el aliento.

Las huellas del oso atrajeron su atención hacia la nieve.

No las había visto antes por lo espaciadas que estaban, pero en ese momento distinguió las huellas del descenso del ciervo, presa del pánico, por la ladera que quedaba más abajo, mientras las huellas del oso se precipitaban tras él. La distancia de las zancadas era aterradora.

Haciendo un esfuerzo por tranquilizarse, Torak se obligó a examinar el rastro. El oso había corrido al galope, pues las huellas estaban dispuestas al revés, es decir, las

de las patas de atrás, parecidas a las humanas, iban por delante de las de las patas delanteras, que eran más anchas. Cada una de ellas era tres veces el tamaño de su cabeza.

«Son recientes —se dijo—, pero los bordes están un poco redondeados. Aunque con este sol no estarán así mucho tiempo…» Lobo saltó por encima de las huellas, ansioso de proseguir.

Torak lo siguió más despacio. Cada arbusto y cada peñasco tenían forma de oso.

A medida que ascendían con dificultad por la ladera, Lobo se fue excitando más y más: se adelantaba dando brincos, para luego retroceder de nuevo hasta Torak, y emitiendo pequeños sonidos que estaban a medio camino entre el gruñido y el gañido, lo instaba a seguir. Quizá por fin se estaban aproximando a la Montaña. Quizá por eso Lobo estaba más impaciente que asustado. Torak deseó poder compartir esa impaciencia suya, pero todo cuanto sentía era el peso del Nanuak en el cinturón y la amenaza del oso.

Un rugido distante hendió el Bosque.

El arrendajo soltó un graznido y levantó el vuelo.

Torak aferró la empuñadura del cuchillo con tanta fuerza que se hizo daño. ¿Estaba muy cerca? ¿Dónde se encontraba? No supo decirlo.

Lobo estaba esperando a que lo alcanzara; tenía el pelo del lomo erizado, pero llevaba la cola alta. El significado de esa actitud estaba claro: «Todavía no.»

Al vadear a través de la nieve, Torak se preguntó qué les habría pasado a las almas del oso. Después de todo, como había dicho Renn, seguía siendo un oso; antaño debía de haber pescado salmones y se habría alimentado de bayas, y habría dormido profundamente durante el invierno. ¿Estarían aún las almas dentro de su cuerpo, con el demonio? ¿Atrapadas, aterrorizadas?

Torak rodeó un peñasco, y ahí estaba el abeto alcanzado por un rayo.

Le flaquearon los ánimos.

Por encima de él, las Montañas Altas se erigían hacia el cielo, cegadoramente blancas. El barranco las cortaba cual tajo de cuchillo y se internaba más y más en las Montañas Altas, cuyos extremos se perdían en una nube impenetrable. Un angosto sendero, que arrancaba serpenteante desde donde se hallaba Torak, se aferraba al lado occidental de las montañas. ¿Quién había abierto ese sendero? ¿Y con qué propósito? ¿Quién se atrevería a poner un pie en él y se aventuraría en ese paraje hechizado?

De pronto las nubes que había al final del barranco se desgarraron, y Torak vio qué había más allá: la Montaña del Espíritu del Mundo, en cuyas faldas se arremolinaban nubes de tormenta, y de cuya cima, inimaginablemente alta y que se erigía hasta perforar el cielo, emanaba un frío intenso pero sin viento.

Torak cerró los ojos, pero aún fue capaz de notar el poder del Espíritu que lo obligaba a arrodillarse. Sintió su rabia. Los Devoradores de Almas habían conjurado un demonio del Otro Mundo y habían liberado a un monstruo en el Bosque. Habían roto el pacto. ¿Por qué iba el Espíritu a ayudar a los clanes, cuando alguien entre ellos

había sido tan malévolo?

Torak agachó la cabeza. No podía continuar. Estaba de más en ese lugar. Ésa no era la morada de los hombres, sino la de los espíritus.

Cuando abrió los ojos, la Montaña había desaparecido, una vez más envuelta en nubes.

Torak se sentó sobre los talones.

«No puedo hacerlo —se dijo—. No puedo subir ahí arriba.» Lobo se sentó delante de él, con sus ojos en forma de lágrima tan claros como el agua.

«Sí puedes. Estoy contigo.»

Torak negó con la cabeza.

Lobo continuó mirándolo fijamente.

Torak pensó en Renn, en Fin-Kedinn y en los Cuervos, y en todos los demás clanes que ni siquiera conocía. Pensó en las incontables vidas en el Bosque. Pensó en Pa, no cuando yacía moribundo en los restos del refugio, sino en Pa como había estado justo antes de que el oso los atacara: riéndose de las bromas de Torak.

Una profunda pena despertó en el pecho del chico. Sacó el cuchillo de la vaina y se quitó el mitón para posar la mano sobre la fría pizarra azul.

—No puedes detenerte ahora —dijo en voz alta—. Hiciste un juramento. Se lo juraste a Pa.

Se quitó el arco y el carcaj y los apoyó contra el árbol. Hizo lo mismo con el fardo, el saco para dormir, el odre y el hacha. No los necesitaría; sólo el cuchillo, el Nanuak en su bolsita de piel de cuervo, y el pequeño bulto de albura de Renn que llevaba en la bolsa de los remedios.

Con una última mirada hacia el Bosque, siguió a Lobo sendero arriba.

31



En cuanto Torak puso un pie en el sendero, el frío se tornó intenso. El aliento le crujía en las fosas nasales, y se le habían pegado las pestañas. El Espíritu le advertía que retrocediera.

A Torak se le resquebrajaba el hielo bajo las botas, y cada paso que daba resonaba en el barranco. En cambio, las mullidas patas de Lobo no producían sonido alguno. El lobezno, que tenía el hocico relajado y meneaba levemente la cola, se dio la vuelta y esperó a que Torak lo alcanzara. Era como si le alegrara hallarse allí.

Jadeando, Torak llegó a su altura. El sendero era tan estrecho que apenas disponían de espacio para estar uno al lado del otro. Torak miró hacia abajo… y deseó no haberlo hecho. El fondo del barranco estaba ya muy por debajo de ellos.

Treparon todavía más. El sol iluminó el otro flanco del barranco y el resplandor se tornó cegador. El hielo se volvió traicionero. Cuando Torak se acercó demasiado al borde del sendero, el hielo se desprendió, y el chico estuvo a punto de caer al vacío.

Unos cuarenta pasos más adelante, el sendero se volvía ligeramente más ancho bajo un saliente rocoso. Éste era poco profundo para convertirlo en cueva, pues no era más que una hondonada en la que se veía el basalto negro del flanco del barranco. Al verla, Torak se animó porque había confiado en encontrar alguna clase de refugio. Lo necesitaba si su plan iba a…

Junto a él, Lobo se puso tenso.

El animal miraba hacia las profundidades del barranco, con las orejas hacia delante y todos los pelos del lomo erizados.

Protegiéndose los ojos con la mano, Torak escudriñó desde el borde. Nada. Troncos de árboles negros. Peñascos cubiertos de nieve. Perplejo, estaba a punto de darse la vuelta para marcharse cuando el oso apareció de repente, como lo hacen los osos. Primero se produjo un movimiento en el fondo del barranco… y luego apareció.

Incluso desde aquella distancia, a unos cincuenta o sesenta pasos debajo de donde estaba Torak, se veía enorme. Mientras el chico permanecía paralizado en su sitio, el oso se meció de un lado a otro, olfateando.

No detectó ningún olor. Torak estaba demasiado arriba. El oso no sabía que estaba allí. Torak observó que la fiera se daba la vuelta y descendía por el barranco, en dirección al Bosque.

Ahora Torak tenía que hacer algo impensable. Tenía que lograr que volviera.

Pero sólo había una manera segura de conseguirlo. Se quitó los mitones y sopló para calentarse los dedos; luego se soltó la bolsita de piel de cuervo del cinturón. Tras desatar la cuerda de pelo que la sujetaba, abrió la cajita de corteza de serbal, y el Nanuak lo contempló. Los ojos del río, el diente de piedra, la lámpara.

Lobo profirió un sonido grave, entre el gruñido y el gañido.

Torak se lamió los labios cortados por el frío. De la bolsa de los remedios, sacó el pequeño bulto de albura de Renn. Se embutió las hierbas purificadoras y el envoltorio de albura en el cuello de la pelliza y contempló lo que Renn había hecho para él durante la noche. Era un saquito de hierba trenzada y anudada, de una malla tan fina que sostendría hasta los ojos del río, pero permitiría que la luz de la lámpara pasase a través; esa luz que Torak no podía ver, pero el oso sí.

Teniendo buen cuidado de no tocar el Nanuak con las manos desnudas, volcó la lámpara, el diente de piedra y los ojos del río en el saquito de hierba trenzada, lo cerró y se pasó el cordón por la cabeza. Llevaba el Nanuak colgando al descubierto sobre el pecho.

Los ojos de Lobo reflejaron una levísima luz dorada y resplandeciente: si Lobo la veía, también lo haría el demonio. Torak contaba con que así fuera.

Se dio la vuelta para enfrentarse al oso, que se hallaba a cierta distancia del barranco, moviéndose sin esfuerzo a través de la nieve.

—Aquí lo tienes —dijo Torak sin alzar la voz para no provocar la ira del Espíritu del Mundo—. Esto es lo que andabas buscando: lo más brillante de esas almas brillantes a las que tanto odias, a las que ansias apagar para siempre. Ven a cogerlo.

El oso se detuvo. Un estremecimiento recorrió la maciza mole que era su lomo. La gran cabezota giró. El oso se volvió y empezó a dirigirse de nuevo hacia Torak.

Torak experimentó una feroz oleada de júbilo. Ese monstruo había matado a Pa, y él había estado huyendo desde entonces. Ahora ya no iba a huir más. Iba a luchar contra él.

El oso era más rápido de lo que Torak había esperado y no tardó en estar debajo de él. A la manera de los hombres, se alzó sobre las patas traseras. Aunque Torak estaba cincuenta pasos más arriba, lo vio con la misma claridad que si pudiera tender la mano y tocarlo.

El oso levantó la cabeza y clavó su mirada en la de Torak… y éste olvidó al Espíritu, olvidó su juramento a Pa. Ya no estaba de pie en un gélido sendero de montaña, sino en el Bosque. Del refugio destrozado le llegó el grito desesperado de Pa: «¡Torak! ¡Corre!»

No pudo moverse. Quiso correr, quiso ascender a toda velocidad el sendero hasta el saliente, como sabía que debía hacer, pero no pudo. El demonio estaba sorbiéndole la voluntad, atrayéndolo hacia abajo, hacia abajo…

Lobo gruñó.

Torak consiguió liberarse y ascendió tambaleante el sendero. Mirar fijamente esos

ojos había sido como mirar el sol: su imagen bordeada de verde le había quedado estampada en la mente. Oyó el crujir del hielo cuando el oso empezó a trepar con las garras por la falda del barranco. Torak imaginó que subía con letal facilidad. Tenía que llegar al saliente, o no le quedaría la más mínima oportunidad.

Lobo ascendió a saltos el sendero. Torak resbaló y cayó sobre una rodilla. Luchó por ponerse en pie. Echó un vistazo por encima del borde. El oso había trepado un tercio del camino.

Torak siguió corriendo. Llegó al saliente y se dejó caer en el hueco rocoso, doblado en dos y jadeando para recuperar el aliento. Ahora debía poner en marcha el resto del plan: había que llamar al Espíritu para pedirle ayuda.

Esforzándose en ponerse derecho, se llenó el pecho de aire, echó atrás la cabeza y aulló.

Lobo se sumó al aullido, y sus gritos desgarradores sacudieron el barranco para resonar una y otra vez por las Montañas Altas.

—Espíritu del Mundo —aullaba Torak—. ¡Te traigo el Nanuak! ¡Escúchame! ¡Envía tus poderes para aplastar al demonio que asola el Bosque!

Debajo de él, el oso se estaba acercando… y el hielo caía con estrépito al barranco.

Torak aulló una y otra vez hasta que le dolieron las costillas. «Espíritu del Mundo, oye mi súplica…» No ocurrió nada.

Torak dejó de aullar. El horror lo invadió. El Espíritu del Mundo no había respondido a su ruego. El oso venía por él…

Se dio cuenta de pronto de que Lobo también había dejado de aullar.

«Mira detrás de ti, Torak.» Se dio la vuelta y vio a Hord que blandía el hacha hacia él.

32



Torak se agachó, y el hacha le pasó siseando junto a la oreja para hacer añicos el hielo donde él había estado un momento antes.

Hord la arrancó otra vez.

—¡Dame el Nanuak! —exclamó—. ¡Tengo que llevarlo a la Montaña!

—¡Apártate de mí! —chilló Torak.

Desde el borde del barranco les llegó el rechinar del hielo. El oso se acercaba a la cima.

El demacrado rostro de Hord se retorció de dolor. Torak no pudo imaginar cómo se las había apañado para seguirles el rastro a través del Bosque en que rondaba el oso, y para hacer frente a la ira del Espíritu al aventurarse sendero arriba.

—Dame el Nanuak —repitió Hord.

Lobo avanzó hacia él profiriendo un estremecedor gruñido con todo su cuerpo. Ya no era un lobezno; era un lobo, joven y feroz, que defendía a su hermano de carnada.

Pero Hord lo ignoró.

—¡Tengo que conseguirlo! ¡Lo que está pasando es culpa mía! ¡Tengo que conseguir que termine!

De repente Torak lo entendió todo.

—Fuiste tú —dijo—. Tú estabas allí cuando crearon al oso. Estabas con el clan del Ciervo Rojo. Ayudaste al Devorador de Almas tullido a atrapar al demonio.

—¡Yo no lo sabía! —protestó Hord—. Dijo que necesitaba un oso. Yo cacé uno joven para él. ¡No sabía qué iba a hacer!

Entonces ocurrieron varias cosas a la vez: Hord blandió el hacha hacia el cuello de Torak. Torak se agachó. Lobo saltó hacia Hord y le hincó los dientes en la muñeca. Hord gritó a voz en cuello y soltó el hacha, pero con el puño libre empezó a descargar una lluvia de golpes sobre la cabeza desprotegida de Lobo.

—¡No! —gritó Torak al tiempo que sacaba el cuchillo y se abalanzaba hacia Hord. Hord agarró a Lobo del pescuezo y lo arrojó al basalto; después se dio la vuelta rápidamente y arremetió contra el Nanuak que pendía del cuello de Torak.

Torak se apartó de un tirón fuera de su alcance. Hord se abalanzó entonces hacia las piernas del chico y lo hizo caer de espaldas contra el hielo. Pero al caer, Torak se arrancó el saquito del cuello y lo arrojó sendero arriba, lejos del alcance de Hord.

Lobo se puso en pie con una sacudida, y saltando hacia el saquito lo cogió en pleno vuelo, pero cayó peligrosamente cerca del borde del barranco.

—¡Lobo! —gritó Torak forcejeando debajo de Hord, que se le había montado a horcajadas en el pecho y le sujetaba los brazos con las rodillas.

Las patas traseras de Lobo escarbaron desesperadamente en el borde. Exactamente desde debajo de Lobo les llegó un rugido amenazador, y en ese momento las negras garras del oso hendieron el aire y casi rozaron las patas de Lobo…

El lobezno logró izarse con un esfuerzo enorme y volver al sendero. Pero, por primera vez, decidió devolver lo que Torak le había tirado y dio brincos hacia él con el Nanuak entre los dientes.

Hord se estiró para alcanzar el saquito. Torak liberó una mano y arrastró por el suelo el brazo para apartarlo. Si no tuviera el brazo que sostenía el cuchillo sujeto bajo la rodilla de Hord…

Un rugido sobrenatural desgarró el barranco. Horrorizado, Torak vio que el oso se alzaba por encima del borde del sendero.

Y en ese momento final, en que el oso se elevaba imponente sobre ellos, en que Lobo se detenía con el Nanuak entre los dientes, en ese momento final, mientras Torak forcejeaba con Hord, captó el verdadero significado de la Profecía: «El Que Escucha le entrega la sangre de su corazón a la Montaña.»

La sangre de su corazón.

Lobo.

«¡No!», gritó Torak mentalmente.

Pero sabía qué tenía que hacer. De modo que le gritó en voz bien alta a Lobo:

—¡Llévalo a la Montaña! ¡Uff! ¡Uff! ¡Uff! —La dorada mirada de Lobo se clavó en la suya—. ¡Uff! —jadeó Torak. Le dolieron los ojos.

Lobo se dio la vuelta y salió disparado sendero arriba hacia la Montaña.

Hord gruñó de furia y se tambaleó en su persecución… pero resbaló y cayó hacia atrás, chillando, en brazos del oso.

Torak se puso en pie precipitadamente. Hord aún estaba gritando. Tenía que ayudarlo…

Desde lo alto les llegó un crujido ensordecedor.

El sendero tembló. Torak cayó de rodillas.

El crujido fue aumentando hasta convertirse en un estruendo. Torak se arrojó bajo el saliente… y unos instantes después llegó la avalancha: un mortífero alud de nieve que hizo desaparecer a Hord, que hizo desaparecer al oso, y se los llevó a ambos aullando hacia su muerte.

El Espíritu del Mundo había escuchado el ruego de Torak.

Lo último que vio Torak fue a Lobo, con el Nanuak aún entre los dientes, corriendo bajo la nieve atronadora hacia la Montaña.

—¡Lobo! —gritó. Pero entonces el mundo entero se volvió blanco.

Torak nunca supo cuánto tiempo había pasado agazapado contra la pared rocosa, con los ojos firmemente cerrados.

Por fin adquirió conciencia de que el retumbar se había transformado en ecos, y que los ecos se estaban tornando más débiles. El Espíritu del Mundo se alejaba a grandes zancadas hacia las Montañas Altas.

Y el sonido de sus pisadas disminuyó hasta convertirse en un siseo de nieve que se asentaba…

Luego en un susurro…

Y por fin en silencio. Torak abrió los ojos.

Veía más allá del barranco. No había quedado enterrado en vida. El Espíritu del Mundo había pasado sobre el saliente y le había permitido vivir.

Pero ¿dónde estaba Lobo?

Se puso en pie y fue tambaleándose hasta el borde del sendero. El frío mortal había disminuido. Vio las Montañas Altas a través de una bruma de nieve que se asentaba. A sus pies, el barranco había desaparecido bajo un caos de hielo y rocas, y enterrados en él yacían Hord y el oso.

Hord había pagado con su vida, y el oso no era más que una carcasa vacía, pues el Espíritu había desterrado al demonio al Otro Mundo. Quizá las almas del oso estarían ahora en paz, después de su largo encarcelamiento con el demonio.

Torak había cumplido el juramento que le hiciera a Pa: había entregado el Nanuak al Espíritu del Mundo, y el Espíritu había destruido al oso.

Sabía que era así, pero no lograba sentir todo eso. Lo único que sentía era un dolor en el pecho. ¿Dónde estaba Lobo? ¿Habría llegado a la Montaña antes de la avalancha de nieve? ¿O yacía él también enterrado bajo el hielo?

—Por favor, que esté vivo —musitó Torak—. Por favor. Nunca en mi vida volveré a pedir nada más.

La brisa le movió el pelo, pero no trajo respuesta alguna.

Un cuervo joven sobrevoló las Montañas Altas graznando y bailando, disfrutando del placer de volar. Del este le llegó un retumbar de cascos. Torak supo qué significaba. Significaba que los renos estaban descendiendo de los montes. El Bosque volvía a la vida.

Al darse la vuelta, vio que la senda hacia el sur seguía despejada; sería capaz de encontrar el camino de regreso hasta Renn y Fin-Kedinn y los Cuervos.

En ese instante, desde el norte, desde más allá del torrente de hielo que bloqueaba el sendero, desde detrás de las nubes que ocultaban la Montaña del Espíritu del Mundo, le llegó el aullido de un lobo.

No era el agudo y tembloroso aullido de un lobezno, sino la auténtica canción de un lobo joven que le desgarraba a uno el corazón. Y aun así seguía siendo la inconfundible voz de Lobo.

El dolor en el pecho de Torak se liberó para volar libremente.

Mientras escuchaba la música del canto de Lobo, otras voces de lobo se unieron a

él y se trenzaron unas con otras, pero sin llegar a ahogar nunca aquella voz clara y tan querida. Lobo no estaba solo.

Las lágrimas nublaron los ojos de Torak porque comprendió de qué se trataba. Lobo estaba aullando su despedida. No iba a regresar.

Los aullidos cesaron, y Torak inclinó la cabeza.

—Pero está vivo —dijo en voz alta—. Eso es lo que importa. Está vivo.

Ansió aullar en respuesta, decirle a Lobo que no era para siempre, que algún día encontraría alguna forma de que pudieran estar juntos. Sin embargo, no se le ocurría cómo decirlo porque en la lengua de los lobos no existe el futuro.

En lugar de aullar, lo dijo en su propia lengua. Sabía que Lobo no le entendería, pero también sabía que se estaba haciendo la promesa tanto a sí mismo como a Lobo.

—Algún día —exclamó, y su voz resonó en el aire radiante—, algún día estaremos juntos. Cazaremos juntos en el Bosque. Juntos… —Se le quebró la voz—. Te lo prometo, hermano lobo.

No le llegó respuesta alguna. Pero Torak no la esperaba. Había hecho su promesa.

Se agachó para coger un puñado de nieve con que refrescarse la cara que le ardía. Le sentó bien. Cogió un poco más y se la frotó en la frente para quitarse la Marca de la Muerte.

Entonces se dio la vuelta y echó a andar de regreso al Bosque.

Nota de la autora

Si pudieras regresar al mundo de Torak, una parte de él te resultaría asombrosamente familiar, y otra absolutamente extraña. Habrías retrocedido seis mil años, hasta un tiempo en que el Bosque cubría todo el noroeste de Europa. La Edad de Hielo habría concluido varios miles de años antes, de forma que los mamuts y los tigres diente de sable se habrían extinguido; y aunque la mayor parte de los árboles, plantas y animales serían los mismos que hoy en día, los caballos de bosque serían más fuertes, y te sorprendería ver por primera vez un uro: un enorme toro salvaje con cuernos hacia el frente que medía unos dos metros de alto desde el lomo hasta el suelo.

La gente del mundo de Torak tendría el mismo aspecto que tú o que yo, pero su modo de vida te sorprendería de lo distinto que era. Los cazadores vivían en pequeños clanes y se trasladaban constantemente: unas veces permanecían en un campamento sólo unos días, como Torak y Pa del Clan del Lobo, y otras se quedaban durante una luna entera o una estación, como los clanes del Cuervo o del Jabalí. Aún no habían oído hablar de la agricultura ni habían descubierto la escritura, los metales o la rueda. No los necesitaban. Eran magníficos supervivientes. Lo sabían todo sobre animales, árboles, plantas y piedras del Bosque. Cuando querían algo, sabían dónde encontrarlo o cómo fabricarlo.

Gran parte de lo que aquí cuento he podido aprenderlo de la arqueología, es decir, de los restos de armas, alimentos, ropas y refugios que los clanes dejaron tras de sí en el Bosque. Pero eso es sólo una parte. ¿Cómo pensaban? ¿Qué creencias tenían sobre la vida y la muerte, y de dónde procedían éstas? Para ello he estudiado las vidas de cazadores más cercanos en el tiempo, incluidas algunas tribus de indios americanos, los inuit (esquimales), los san del África meridional y los ainu de Japón.

Y aun así queda todavía la cuestión de qué se sentía en realidad al vivir en el Bosque. ¿A qué sabe la resina de abeto rojo? ¿O el corazón de reno, o el alce ahumado? ¿Cómo era dormir en uno de los refugios abiertos del Clan de los Cuervos?

Por suerte, es posible averiguarlo, al menos hasta cierto punto, porque hay partes del Bosque que aún se conservan. Yo he estado en ellas. Y hay veces en que se tarda sólo unos tres segundos en retroceder seis mil años. Si oyes bramar al ciervo rojo a medianoche o encuentras huellas recientes de lobo que se cruzan con las tuyas; si de pronto tienes que convencer a un oso muy irritado de que no eres ni amenaza ni presa… entonces has retrocedido hasta el tiempo de Torak.

Quisiera dar las gracias a varias personas. Gracias a Jorma Patosalmi por guiarme a través de los bosques de la Finlandia septentrional, por permitirme probar un cuerno de madera de abedul, por enseñarme a transportar el fuego en un pedazo de hongo

humeante, y por montones de otros trucos de caza y consejos prácticos en el Bosque. También quiero darle las gracias al señor Derrick Coyle, alabardero y maestro encargado de los cuervos de la Torre de Londres, por presentarme a algunos cuervos extremadamente augustos. Por lo que respecta a los lobos, les debo mucho a las obras de David Mech, Michael Fox, Lois Crisler y Shaun Ellis. Y por fin quisiera darles las gracias a mi agente Peter Cox y a mi editora Fiona Kennedy por su entusiasmo y su apoyo constantes.

Michelle Paver, 2004